

CIC

E. GREVILLE

LEOPATRA

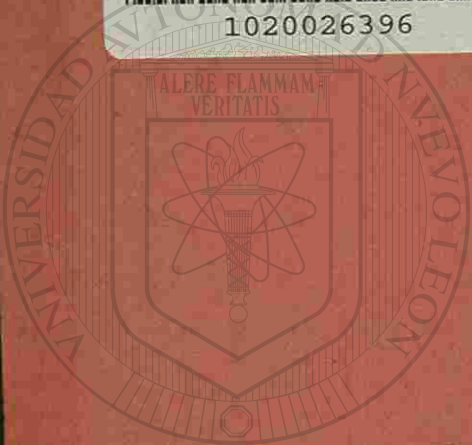
PQ2235

.D6

G5



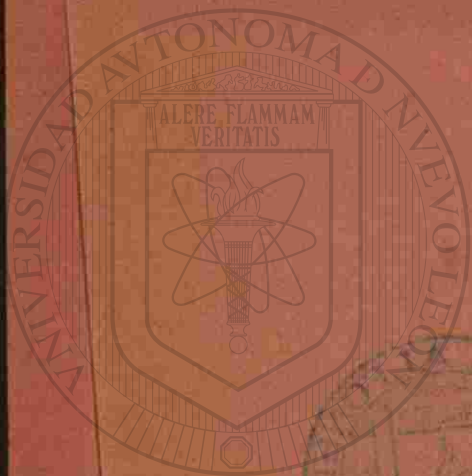
1020026396



FONDO
RIGARDO GÓVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CLEOPATRA

Num. Clas. *Doble*
Num. Autor *30291*
Num. Adq. *-8-*
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificación *169*
Catálogo



EDICION DE "LA PATRIA"

CLEOPATRA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
H. GREVILLE

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE

099198

MEXICO

IMP., LIT. Y ENCUADERNACION DE I. PAB,
Callejon de Santa Clara núm. 6

1890

30231

843

6

P87225

S. D. 6

c5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPITULO I

Apagábanse rápidamente las luces en la iglesia de San Sergio, en San Petersburgo, y los últimos invitados á la boda no habían aún montado en sus carruajes; pero nada desaparece tan pronto como estas iluminaciones de encargo; diríase que sacristanes y bedeles tratan de haceros notar cuán fugitivas son las alegrías del matrimonio.

Ya estaban léjos los recién casados; habiéndose ido los primeros al trote de sus caballos en la carroza nupcial, habían dejado

á la espalda á todo el cortejo. Según costumbre, fueran recibidos á la puerta de la señorial morada por la dama distinguida que desempeñaba en esta circunstancia el papel de «madre de honor.» Acompañada de su sobrino, mozo de diez años, que vestía una icona suntuosamente guarnecida de oro y pedrería, les dió á los nuevos esposos la indispensable bendición, y les ofreció sobre una bandeja de oro el pan y la sal, emblemas de la prosperidad; luego los héroes de la fiesta entraron en sus habitaciones, y durante sesenta segundos el príncipe Charamirof pudo contemplar á su jóven esposa.

Era, en verdad, muy jóven, rubia, delgada, linda, y en una palabra, parecía nacida para ser festejada.

—¡Al fin, Irene, ya eres mía! dijo el afortunado marido.

La linda esposa sonrió dichosa á par de tímida. Ya en el carruaje que los había traído á su casa, el esposo la había dicho mil cosas tiernas y turbadoras; pero aquí, en el hogar propio... ¿era cierto que estaban en el hogar de ambos? Ella se sacrojó hasta la punta de sus menuditas orejas; más ántes que hubiera podido responder, se oyó ya en

el vestíbulo el roce de las faldas de seda y el sonido de las espuelas de los oficiales. Los recién casados se presentaron en la puerta del primer salón y recibieron á sus invitados.

Era una noble mansion, digna del nombre histórico que llevaba; los Charamirof pertenecían á la antigua nobleza y poseían también una antigua fortuna. ¿Por qué causa el último miembro de la raza se había enamorado de una muchacha sin un cuarto, linda, sin duda, pero torpe y provinciana, salida apenas del Instituto de señoritas nobles de Kazan? ¿Si á lo menos se hubiera educado en San Petersburgo! Pero no señor; se había criado en una provincia, y ¿en qué provincia! en la provincia más vieja, y además el despreocupado Charamirof ¡pues no había aprovechado la amistad que le dispensaba el gran duque Boris, de quien era ayudante de campo, para solicitar que la hermana de su nueva esposa, la bella Cleopatra, fuese nombrada inmediatamente dama de honor de la Emperatriz! ¡Y lo había obtenido! Hay gentes que no dudan de nada!

—Precisamente porque no dudan de nada obtienen todo—dijo una voz tartajosa de

trás de la condesa Baroussief, que era quien acababa de pensar en alta voz, subiendo las gradas de la escalera.

La condesa se volvió: era su antiguo enemigo Tredine, el que subía detrás de ella. La dama alzó ligeramente los hombros, no teniendo por costumbre alentar las familiaridades, y la ola lujosa, relumbrante, de las vistosas faldas de seda, de los inestimables encajes, salpicada de agujetas, rociada de brillantes, que rotampagueaban, ya en el pecho de los hombros, ya en la cabeza de las mujeres, esa ola de amigos que escolta toda boda, entró en los salones iluminados y tapizados de flores raras.

Palabras, saludos, sonrisas, burlas discretas ó impúdicas, frases de una exquisita galantería, insolencias provocadoras de bofetones, todo esto anegado en una cortesía oficial y dicho en tono humorístico, en tono tal que no se sabe dónde concluye el cumplimento y dónde comienza la sátira; en suma, el acompañamiento ordinario de una reunión numerosa y brillante en un salón puesto en moda en San Petersburgo, en el reinado del emperador Nicolás; tal fué la recepción de boda del príncipe Oharamirof.

El gran duque Boris hizo una breve aparición y se retiró en seguida; unos aprobaron su conducta, otros la criticaron, y una hora despues de su salida, la suntuosa mansión se encontraba desierta. Solamente la señora Bakhtof y su sobrina Cleopatra, se habian quedado con la nueva princesa.

— ¡Gracias, tía! dijo ésta quitándose los guantes; nos ha servido usted de madre desde que Pacha y yo quedamos huérfanas, le doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Esté usted segura que no lo olvidaré.

La señora Bakhtof miró á su sobrina con alguna sorpresa. Este tono desembarazado era muy diferente de la ordinaria dureza de la joven.

— Y tú, Pacha, sabes, tendrás siempre una habitación en nuestra casa; cuando volva viaje de novios, si quieres pasar aquí un mes, esty segura que se alegrará el príncipe, y yo por de contado.

Cleopatra no se sorprendió como su tía, sino que respondió con un movimiento de cabeza, á lo ménos tan altivo como las palabras que acababa de escuchar.

— ¡Querida cuñada! dijo el príncipe que volvía despues de haber acompañado al últi-

mo de sus invitados, no tengo necesidad de recordarte que esta casa es tuya, y que soy el más devoto de tus servidores.

—Yo te lo agradezco, príncipe, dijo, Cleopatra, cuyo hermoso rostro se cubrió de rubor á estas palabras, semejantes, en el fondo, al de su hermana, aunque diferente en la forma.

—¿Príncipe? No; dime hermano, querida hermana. ¿Se va usted, tía?

—Que Dios os bendiga, hijos míos! dijo la señora Bakhtof conmovida.

—Gracias querida tía, respondieron al mismo tiempo los recién casados.

Cambiaron un beso las dos hermanas; el príncipe depositó galantemente uno, primero, sobre la mano de la tía, otro, después, sobre la de Cleopatra; en seguida las dos se dirigieron hácia la escalera. Una última ojeada que echaron atrás, las permitió ver á los esposos: con un brazo rodeado al talle de su mujer, el príncipe se la llevaba dulcemente por medio de los salones hasta las habitaciones interiores, situadas en un extremo de la vasta morada.

La señora Bakhtof lanzó un suspiro. Ella también había sido amada en su juventud.

el día de su boda fué para ella un florecimiento completo, una alegría divina, compartida, tanto como le había sido posible con sus parientes y amigos..... Ahora, por lo visto, eran otras las costumbres; no estaba quizás de moda ser tierna y buena cuando es una dichosa. El carruaje del príncipe la condujo á su casa, lo mismo que á Cleopatra, quien, esperando el regreso del viaje de boda, debía continuar viviendo con su tía.

Quando los vivarachos caballos llegaron á la puerta de la correcta casa, en cuyo tercer piso habitaban aquellas damas, la bondadosa tía dijo á su sobrina:

—Espero, Cleopatra, que pronto harás una boda tan ventajosa como la de tu hermana. Entonces podré morir en paz.

—No se cuide usted de eso, tía, respondió la hermosa jóven.

falta de tiempo; tenia por consiguiente la dama el derecho, despues de cada ceremonia nupcial, de reavivar sus recuerdos con un poco de melancolía.

Cleopatra habia entrado en la vasta pieza, que desde hacia seis meses próximamente habia compartido con su hermana, y que desde ahora habitaria sola.

Eran una habitacion grande, recibiendo la luz de dos ventanas, protegidas por cortinas de muselina blanca, feas, por otra parte y perfectamente inútiles; pero las costumbres de la época eran que una habitacion de soltera tuviese cortinajes blancos. Dos transparentes de indiana, tan blancos como inevitables, remediaban un poco la crudeza de la claridad exterior y garantizaban la habitacion, por la noche, contra la curiosidad eventual de los vecinos de la casa de enfrente. Sobre el poyo interior de las ventanas, de dobles vidrieras, algunas plantas verdes dibujaban curvas caprichosas. Una mesa de lavabo, cubierta de muselina superpuesta sobre clásica indiana de color de rosa, sostenia un espejo ovalado bastante grande. Diferentes objetos de un neceser de tocador, de plata y cristal, de forma antigua, arrojaban algun

La señora Bakhtof, retirada á su habitacion, se habia tendido en su cama, no para dormir, sino para llorar. Es sabido que cuando se tiene el corazon apretado, la idea de recostarse sugiere espontáneamente como el refugio natural y el lugar predestinado, en que las lágrimas pueden correr con mayor libertad. Esta señora habia amado á su marido, le habia perdido bastante jóven, no habiéndola dado ningun disgusto, quizás por

brillo en esta sala casi pobre. Dos pequeños lechos de hierro, sin jergones, con solo colchones delgados colocados sobre tablas puestas á lo largo, ocupaban las dos paredes principales; una mesa redonda de caoba, de estilo imperio, en medio de la habitacion, y algunas sillas revestidas de aquella tela de crin luciente y tiesa que fué, durante mucho tiempo, la desesperacion de nuestras madres, completaban el mobiliario.

Los ojos de Cleopatra, aún llenos de los esplendores del hotel Charamirof, se detuvieron con un disgusto completo sobre estos objetos tristes y desagradables; aquí era, no obstante, donde habia pasado tres años, pobre, desconocida, á pesar de su elegante belleza. Aquí era donde, acostada en su duro lecho, formado para quebrantar otro cuerpo que no fuera el de una rusa acostumbrada desde la infancia á esta rudeza higiénica, habia escuchado, por espacio de dos meses, en horas avanzadas de la noche, los sueños en alta voz de su hermana Irene, que no podia dormir desde que fué la prometida del más hermoso, del más rico, del más noble de los ayudantes de campo.

¡Cuánto habia oido sobre estos proyectos

del porvenir! Trajes, puntillas, alhajas, caballos, viajes al extranjero, viviendas suntuosas en los alrededores de San Petersburgo; todo lo que da el rango y la fortuna... y además las expansiones de una muchacha enamorada.

Cleopatra se sentó delante del espejo ovalado, después de haberse quitado su vestido de ceremonia, que arrojó sobre el lecho, desierto desde ahora, de la recién casada, y lenta, maquinalmente, se puso á soltar y peinar los cabellos.

Eran magníficos, largos, pesados, de un color rubio pardo, que recordaba el pelo de los leoncillos; por más que los separaba en porciones menudas para desenredarlos, se enmarañaba y atascaba el peine, velándola como un ligero vapor que envolviera toda su espléndida persona. Dos bujías iluminaban su rostro pensativo, que se miraba muy despacio en el espejo, levemente inclinado hacía atrás; el rostro aparecia luminoso en su blancura nacarada, que á veces se sonrosaba con el sonrojo que encendia en su frente algun ardoroso pensamiento... y mientras que toda la casa, toda la calle, toda la ciudad dor-

mia, bajo la nieve, Cleopatra resucitaba su pasado antes de interrogar su porvenir.

Educada en San Petersburgo, en el Instituto de Santa Catalina, con las hijas de la aristocracia rusa más linajuda, la señorita Bakhtof se había distinguido por sus brillantes facultades, que le conquistaron las mejores notas en todos los exámenes.

No echaba en olvido que era pobre, si bien de muy pura nobleza, y esta nobleza, que no la resarciría de su pobreza en el mundo en que tenía que vivir, le daba en el Instituto un lugar entre las más brillantes de sus compañeras. El uniforme, igual para todas, no admitía otra distinción, que la de la belleza y en este terreno, Cleopatra sabía que no podía ser derrotada por nadie.

Fué un destumbramiento el día en que se reanudaron las clases, cuando la señorita Bakhtof tuvo diecisiete años, en el momento en que la entrada del profesor fué la señal de la desaparición de las pelerinas de percal, que durante las horas de recreo completaban el traje de lana de las colegialas.

Los hombros y los brazos desnudos de Cleopatra aparecieron de repente en tal perfección de formas, tal brillo de epidermis,

que toda la clase se quedó sorprendida; hasta el profesor, aunque viejo y aunque acostumbrado á andar, hacia veinte años entre los hombros y los brazos de sus discípulas, no pudo ménos de notar que la señorita Bakhtof era una muy hermosa muchacha. Terminada la lección, la alumna fué el asunto de las conversaciones en los vastos corredores que sirven de paseos. Cuando habían llegado las vacaciones, Cleopatra, algo flacucha, no prometía nada de lo que acababa de verse. El encanto de su rostro, discutido aún durante algunos meses, recibió en seguida una clasificación definitiva, y el emperador, en una de sus visitas, habiéndose detenido para hablar un instante, Cleopatra fué declarada «la beldad del Colegio».

¡Muy noble y muy bella! ¡La hubiera venido también alguna fortuna! Pero el general Bakhtof había devorado la suya propia en las mesas de juego; valiente hasta despreciar su vida—como lo había probado en Varna—jamás había tenido la menor noción de ningún equilibrio; su cuñada, que le había querido como á un hermano verdadero, recogió sus dos hijas; la mayor fué educada en Petersburgo, la segunda en Kazán, una y

otra á expensas del Estado, y esto fué una dicha, porque las dos juntas apenas tenían tres mil francos de renta.

Mil quinientos francos de renta no constituyen un porvenir en una sociedad brillante y pródiga; Cleopatra no dudó un instante de que, seis meses despues de su aparicion en el mundo, tan misero pedazo de pan no fuese reemplazado por la brillante fortuna que le trajera un marido.

Pasaron los seis meses, luego un año, despues dos. Nadie se fijaba en la jóven. Su belleza, tan renombrada en el colegio, no producía efecto en el mundo, los vestidos, ya de color rosa, ya azules, que la ponía su tia, no convenian á su rostro. El brillo de su tez se amortiguaba entre las muselinas blancas, el peinado de moda no la sentaba bien. Cleopatra comprendía todo esto y se llenaba de despecho ante su espejo; ¿pero, qué remedio?

Irene salió al fin del Instituto de Kazán y vino á Petersburgo á ocupar un sitio en el gran banquete de las señoritas hambrientas de matrimonio. Irene era absolutamente el polo opuesto de su hermana, á la cual se parecía, no obstante, como una muñeca se parece á

una estátua. Endeble, menuda, de facciones pequeñas, de brazos delgados, de ojos risueños, hizo casi de repente la conquista de Charamirof, que era hombre que contaba cerca de seis piés de altura. Despues de su primera entrevista, si se lo hubieran permitido, se la hubiera llevado sentada en la palma de la mano. Tia Bakhtof exigió la ceremonia preliminar del matrimonio, y el enamorado Charamirof dió su consentimiento á todo lo que se quiso, con tal que se concluyera pronto. Hasta obtuvo, como habia dicho una de sus mejores amigas, que su futura cuñada fuese nombrada señorita de honor de la emperatriz, cosa que hizo gritar á todos, á unos de satisfaccion, á otros de rabia.

En la salida de corte del día de Navidad fué donde la señorita Bakhtof se reveló al universo tal y lo que era realmente; la mujer más hermosa que hubiese aquel año en Rusia. Cuando la vieron aparecer en su traje de terciopelo rojo bordado de oro con el tradicional *Kakochnik* sobre sus cabellos peinados en forma de corona, fué fuerza reconocer que las señoritas del Instituto habian tenido razon en encomiar la belleza de su

compañera; lo que convenia á esta altiva estatua era, no los trapos vaporosos de las muchachas, sino las pesadas y sombrías telas de las soberanas.

A Charamirof debia Cleopatra aquella situacion nueva que la colcaba sobre un pedestal, donde desde ahora estaria expuesta á la admiracion de todos. El corazon de la jóven tributaba cierta gratitud á Charamirof; pero ahora, cuando arrojó para atrás las dos trenzas de sus cabellos, dispuestos para el sueño, pensó, con sonrisa irónica, que des pues de todo no tenia mucho que agradecersele á su cuñado; no era por ella por quien lo habia hecho, y á estas horas, ¿no estaba él suficientemente pagado, puesto que ya poseia la mujer con tanto ardor deseada?

Ningun sonrejo tiñó las mejillas de Cleopatra al pensar en los nuevos esposos; habia leído todos los libros prohibidos, y no bajaba la vista delante de ningun cuadro; pero no sentia hácia estas cosas, ni atractivo, ni repugnancia; á lo más las consideraba como un medio... un medio, en efecto, puesto que esta debilidad de la carne la habia llevado á ser señorita de honor, y á su hermana princesa de Charamirof.

— Cuando yo me case. — pensó.

Apoyó los codos sobre el pico de la mesa de lavabo y se miró en los ojos para leer en lo más profundo de su alma.

— Cuando yo me case. — continuó su pensamiento, terriblemente inclinado hácia este punto aun oscuro—no haré como mi hermana, que se casó porque estaba enamorada de un hombre guapo, y porque iba á tener trapos y joyas. Yo no me enamoraré; es una debilidad que estorba. y que impide que se vea claro. Yo me casaré para ser algo, para tener una posicion. para desempeñar un papel en la sociedad. ¡Princesa! ¡valiente cosa es un título! ¡Rica? . . . ya es algo, pero no basta. Lo que hay que tener es una posicion superior, que nadie pueda quitaros, algo que quede despues de que se haya perdido la belleza. Aún se puede ser algo más que princesa.

El pudor, encendiéndole el rostro, la prestó durante un segundo, un esplendor extraordinario. Fijó entonces su mirada con más atencion sobre su rostro.

— Más que princesa. . . . Hay mujeres que suben más arriba, tan arriba que ya no pue-

den bajar, ni en la vida, ni en la eternidad. . . . Tienen un puesto en la historia.

Cleopatra no se atrevió á terminar su pensamiento. Por muy audaz que fuese, comprendió que ciertos sueños tocan en los límites de la locura. Se desnudó rápidamente, se echó en su lecho y se durmió, como duermen los guerreros la víspera de una batalla.

III

En general, cuando una mujer está en posesión de su belleza, reconocida por todos, un escuadrón de admiradores se agrupa á su derecha, otro de enemigos se sitúa á su izquierda, y ámbos partidos no cesan de hacer escaramuzas á expensas de la hermosa mujer. No sucedía esto con Cleopatra; habia conquistado una situación extraordinaria, que era imposible negársela, imposible—á lo ménos por ahora—disputársela. Quedaba,

pues, á los espíritus inquietos el sólo recurso de alistarse en la bandera de la bella del día, cosa que no dejaron de hacer.

El príncipe y la princesa Charamirof pasaban la luna de miel en sus tierras. Cleopatra sólo llamó la atención durante el carnaval de aquel año, que fué muy brillante. Era muy bien recibida en la corte, cuando la reclamaba su servicio; pero no podía decirse que la emperatriz la distinguía particularmente. Afable y correcta, la soberana no daba testimonio, á la nueva señorita de honor, de aquellas bondades, ya de ademan, ya de palabras, que indican un favor especial. Evidentemente Cleopatra ocupaba muy bien su puesto, como un prototipo de belleza deslumbradora, pero nadie creía que estuviese tan solamente provista de dones intelectuales.

No era uno de esos solapados mosquitos que saben meterse allí donde nadie los llama. Sus maneras simples y dignas habían tranquilizado, desde luego á aquellas compañeras, que hubieran podido temer el que se captara los favores de los augustos amos. Al cabo de muy corto tiempo, fué declarada tonta; tan tonta como bonita, decía un anti-

guo visitante de palacio, que desde hacia 30 años, venía clasificando á todas las damas de la corte con una nomenclatura que en seguida era adoptada en todas partes. Con la galantería anticuada, que se había coservado allí, la apodó "la bella indiferente," y le quedó puesto el nombre.

Un hombre, sin embargo, no se había equivocado respecto á lo que era Cleopatra. Era el tal un oficial de guardias, tan feo como espiritual, cuya espantosa malicia no respetaba nada ni á nadie, y á quien sus frases, á veces sobrado escandalosas, le habían, en diferentes ocasiones, proscrito de la corte. Pero siempre era llamado al cabo de algunas semanas, porque se morían de fastidio cuando él no se hallaba presente.

Juan Kamoutzine fué uno de los primeros que fueron sorprendidos por la fisonomía grave y notable de la señorita Bakhtof; en diferentes ocasiones, en la sociedad donde se encontraba á menudo, había hablado con ella, y se había convencido que el tribunal del Instituto de Santa Catalina, no se había equivocado al conferirla el puesto de honor. El propio era hombre raro, mucho más instruido que la mayoría de las gentes

de su clase, donde un barniz brillante hace las veces de una educacion real. Habia hecho estudios especialmente fuertes, y tenia una firmemente trazada, jóven aún fué un notable ministro de la Guerra. Pero su gusto irresistible por las farsas, su temible habilidad en el arte de las mistificaciones, le cerraron pronto todo porvenir de hombre serio. Todo lo habia sacrificado al placer de hacer víctimas grotescas, y por más que hiciese, quedaría desde ahora toda su vida unido á la corte como una especie de bufón.

Una fortuna importante, sabiamente administrada, le hubiese quizás creado, á pesar de todo, una situacion independiente: Kamoutzine era casi pobre, y contraía deudas á todas las horas del dia. De vez en cuando; siempre que la suma de estas deudas llegaba á ser sobrado exorbitante, iba á confesar sus apuros al gran duque Boris, que sentia por él una indulgencia verdaderamente paternal; entonces recibía un sermón, y un vale contra la caja del gran duque. A veces estaba desterrado ocho dias; pero esto era consecuencia de la reprimenda, y Kamoutzine decia que habia estado cumpliendo la penitencia.

Fué este hombre extraño, á quien su familia natural hacia particularmente perspicaz, el único de toda la corte que comprendió qué personalidad inteligente se ocultaba detrás de la frialdad marmórea de la bella Cleopatra. Una admiracion furiosa surgió de súbito en su corazon como un cohete.

—¡Qué mujer! decia, ¡qué cosas se podrian hacer de ella!

La ofreció sus homenajes; primero, cubiertos con sus bromas habituales; luego, con más insistencia; pero acostumbrado á toda clase de mistificaciones, la opinion pública habia enseñado á Cleopatra á desconfiar de las palabras del jóven. Comprendió él entonces que un lenguaje absolutamente claro le era necesario si queria ser comprendido; y resolvió hablar de modo que se cortara toda retirada.

Era, de su parte, un sacrificio heróico, porque este hombre, que pasaba la vida ridiculizando á los demás, tenia un miedo horrible al ridículo: pero la admiracion que experimentaba por la jóven señorita de honor, no le permitía obrar de otro modo. Admiracion es el nombre exacto del sentimiento que le agitaba, y en el cual habia mucha más admi-

ración quizás que ternura. Le parecía superior á todas las otras mujeres y por eso deseaba que le perteneciera. Un resto de prudencia le aconsejaba no obstante escoger un momento tal, que pudiese, en caso de derrota, atrincherarse detrás del pretexto de alguna farsa algo fuerte, y juró que durante el Carnaval haría su declaración.

Desde la fundación del Instituto de Santa Catalina, era costumbre que, durante la semana de Carnaval, los carruajes de la corte fueran en largas filas con las pensionistas y las pasearan en medio de la fiesta popular que se celebraba entonces en la plaza situada entre los edificios del Santo Sínodo, la iglesia de Isaac, no acabada en esta época, el Almirantazgo y el Palacio de Invierno. Este espacio considerable, cortado ahora por jardinillos abiertos al público, se extendía en una longitud de cerca de mil ochocientos metros y en una latitud algo más variable. Allí se construían, desde el mes de Enero, teatros-pantomimas, circos, montañas rusas, mil diversiones diversas, designadas colectivamente con el nombre de *halaganes*, adonde no se desdenaba de asistir la más alta nobleza; unos, en pretexto de divertir á sus

hijos, otros, más francos, para divertirse ellos mismos. Las carrozas de la corte, tiradas de cuatro caballos, servidas por un cochero y dos lacayos con la librea imperial, roja con galones de oro y águilas negras, daban repetidas veces y al paso la vuelta á estas construcciones; cinco ó seis señoritas y una de las profesoras ocupaban cada carruaje, cuyas portezuelas eran muy solicitadas, porque las personas conocidas podían ir á saludar allí á las jóvenes del desfile. Más de una novela se bosquejaba de este modo, mientras que el pueblo sencillo formaba filas, abriendo tanto ojo como en otras épocas los aldeanos al paso de las carrozas del rey.

Las señoritas de honor tomaban así parte en este inocente placer, y los carruajes les eran concedidos por turno; pero Cleopatra había encontrado como más distinguido obtener el permiso de acompañar á su antigua profesora, que seguía en el instituto, hasta terminar sus años de servicio, y obtener en seguida su retiro. La joven no pedía nunca nada. No habían podido rehusarle este pequeño favor, y descontentando á todas las jóvenes, se había instalado en una de las carrozas. Esta calaverada le divirtió extraordinaria-

mente; y así como había deseado antes salir de lo que llamaba su jaula, así ahora se complacía en encontrarse como en la época en que, cuatro años atrás, había llegado al colegio como alumna. . . . Charlaba y reía, cosa que no siempre le sucedía, y sus compañeras de aventura, seducidas por su gracia, estaban con la boca abierta delante de la señorita de honor, tan alegre y tan bonachona.

Una pausa se hizo en el desfile; y el carruaje permaneció estacionario durante algunos minutos. Kamoutzine, á caballo, detrás de otros veinte oficiales jóvenes, pasaba revista á la multitud de coches de toda especie, y no economizaba sus cuchuffetas, dirigidas á los que los ocupaban, ya fueran hombres, ya fueran mujeres, sus miradas se detuvieron sobre el rostro de Cleopatra, que asomada á la portezuela, examinaba también á los paseantes.

— ¡La señorita Bakhtof, la bella indiferente! dijo á media voz. Creo que se está riendo. ¡Cosa más rara!

Una idea fantástica, irrealizable se le ocurrió; lanzando su caballo con destreza, á pesar de las protestas de la gente, á despecho de los gritos de los agentes de policía, en-

cargados de cuidar del mantenimiento del orden, llegó cerca de la carroza y se inclinó ante la señora profesora, á quien conocía algo.

— ¡Sigue usted bien, señorita? le dijo cortesmente. Me admiro de hallarla en este jaleo. Pero ahora que caigo en ello, ¿no es esta nuestra linda señorita de honor? Buenos días, camarada. . . . perdon, quise decir, señorita; deposito á sus piés mi homenaje más respetuoso. ¿Ha vuelto usted al Instituto?

— Ya lo ve usted, respondió ella riendo. Todo la divertía aquel día.

— Apuestó á que jamás ha visto usted el interior de uno de esos teatrillos.

— Lo confieso, dijo Cleopatra.

— Pues es muy singular. Podríamos ir.

— ¡Jesus! ¡Qué idea!

— Pues, sí. ¿Quiere usted que sea mañana con su tía Bakhtof? Harémos todos juntos una excursión; hay una docena de damas que se mueren por ir. ¡Vaya! ¿Está usted conforme? Pasaré por su casa esta noche despues de comer, para que señalemos hora.

La carroza se puso en marcha; el caballo

de Kamoutzine cejó, y Cleopatra apenas tuvo tiempo para hacer una seña que el joven oficial interpretó como un consentimiento.

—¡Qué aplomo! pensó ella. Y así se consigue todo. Esto es lo que hay que hacer, si se quiere obtener todo lo que se desea. Haciendo imposible la negativa....

Por la noche, á las ocho, entonces comían las familias más aristocráticas á las cinco, Kamoutzine se presentó en casa de la señora Bakhtof.

—Mi tia se está vistiendo para salir, dijo Cleopatra al visitante.

—Pues bien, señorita; está convenido que sea mañana, dijo él sentándose.

De ninguna manera, caballero. Ni mi tia ni yo deseamos formar parte en esa excursión.

Kamoutzine enarcó las cejas, con aire extremadamente admirado.

—Ya se lo hubiera dicho antes si me hubiera dado tiempo, continuó Cleopatra con una malicia grave, que no aflojó ninguno de los músculos de su rostro.

—No siento, sin embargo, haber venido, dijo el joven oficial inclinándose, el honor de

ser admitido en su casa, me recompensa ampliamente....

—Del trabajo que se ha tomado, concluyó Cleopatra siempre impasible.

—Señorita, señorita, le ruego que me escuche sin burlarse. Es usted la mujer más hermosa de San Petersburgo, y yo el más feo de los oficiales de la guardia.

—¡Oh, no! interrumpió Cleopatra, Razoumof es más feo que usted.

—¿Lo cree usted así? No lo sabía.

—Le doy las gracias, repuso Kamoutzine con la misma cortesía. En fin, entre usted, que es Venus, y yo, que podría ser Vulcano, hay un abismo; pero la mitología nos enseña que este abismo fué asaltado.... Aunque mi comparacion.... En fin.....

—Dispéñeme que no sepa la mitología, interrumpió la joven.

—Es usted adorable, exclamó Kamoutzine entusiasmado. No soy sino un bruto á su lado. Pero oígame; si usted permite, reproduzcamos aquella vieja historia de *la Bella y la Bestia*; mi amor me dará todas las facultades que me faltan si usted quiere aceptar mi mano.....

Cleopatra experimentó una emoción pro-

funda. ¿Era verdad que deseaba casarse? Había ya pasado de los veintinueve años, y por primera vez en su vida un hombre la solicitaba por esposa. Concibió por este joven cierta gratitud.

—No tengo fortuna, continuó Kamoutzine, usted tampoco la tiene; pero si su belleza la hace indispensable en la corte, mi ¿cómo diré? mi labia hace de mí un personaje, de que tampoco se pueden pasar allá. Usted y yo, ya ve, ¡seríamos tan poderosos juntos coligados! ¿Qué dice usted? ¿No podríamos los dos, realizar cosas extraordinarias? Yo, por amor á usted, me siento con fuerzas para ello.

—¡Es singular! pensó Cleopatra, ya no me parece tan feo ahora. ¿Es cierto que el amor transfigura á los que inspira?

Ella le miraba con tal atencion que él se creyó aceptado.

—¿Consiente usted, no es eso? continuó el joven más animado. ¡Removeremos el mundo! Los viejos visitantes del palacio verán cosas nuevas! Tienen necesidad de que se les rejuvenezca, y en el fondo, usted sabe, no desean otra cosa que divertirse. Les vamos á abrir tanto ojo! Porque usted es muy fuerte

¿usted sabe? No es solo porque es usted bella como el día, sino tambien porque tiene una energía prodigiosa, de la que estoy entusiasmado.

—¿Ha adivinado usted eso? dijo Cleopatra con una sonrisa orgullosa. Los demás me consideran idiota.

—Tanto peor para ellos, repuso vivamente Kamoutzine; ya verán lo que les costará el no haber sabido comprenderla. Con que, me dice usted que sí?

—Digo que no, dijo la joven alzando sobre él sus ojos magníficos, donde brillaba la fría mirada de una decision absoluta.

—¡Cómo que no! balbuceó Kamoutzine, detenido de pronto en la exuberancia de su alegría.

—No y no. Compréndame usted, caballero: si yo le doy esta respuesta, no es porque es usted feo y pobre, como acaba usted de manifestar; es porque es usted una potencia; usted quiere reconcer que yo soy otra, y creo que cada uno de los dos será más fuerte aisladamente.

El la miró estupefacto. Cierta que la había creído por cima de lo vulgar, pero no hasta ese grado.

La joven se levantó y se irguió imperceptiblemente, desarrollando su gracia soberana y su belleza sin igual.

—La estorbaría y me estorbaría sin duda. ¡Oh! no se engañe, añadió, notando un gesto inmediatamente retenido por su adorador; yo no llegaré sino por medios honrados; la menor falta, ¿qué digo? una torpeza, me haría perder todas mis ventajas. Viviré señor Kamoutzine, por cima de toda sospecha, hasta el día en que el matrimonio que yo merezco me pondrá en el lugar que debo ocupar; en seguida seré una mujer irreprochable. Kamoutzine, desconcertado un momento, tuvo tiempo de recobrar su equilibrio.

—Ea usted muy fuerte, le dijo con un respeto no exento de burla; ¿pero la debilidad humana no tiene relacion con usted?

—Sí, pero me sirve á maravilla.

—La de los demás sí, pero ¿y la suya?

—Ella sonrió y pasó sobre el brazo del joven oficial sus dedos blancos y suaves.

—Yo, dijo, no estoy hecha para amar.

El tomó aquella mano que venia á su encuentro, y se sorprendió de sentirla tan tranquila, tan impasible. Despues de haberla besado, la dejó caer.

—Se puede usted equivocar, dijo el oficial, creo que se ama siempre, más ó menos. Pero la cuestion no es esa. Usted se hará amar sin que usted ame; está eso muy bien imaginado, y en efecto, eso ha sucedido conmigo....

—Usted no me ama, dijo tranquilamente Cleopatra.

—¿Cómo, que yo no la amo?

—No, le gusto simplemente.

El se echó á reir, aunque con alguna amargura.

—En el fondo es posible que tenga usted razon, y he aquí lo que salva mi amor propio.

—Y despues, note usted que yo no he procurado que usted me ame. No soy coqueta.

—No, es verdad, pero es usted cien veces peor.

La joven siguió sonriendo con su sonrisa altiva, que la volvía tan irritante.

—Veamos, dijo ella, no perdamos el tiempo en discreteos. No seré su mujer, pero puedo ser su amiga, una amiga segura, siempre muy resignada, que le podrá ser útil más de una vez. Usted es el enemigo más peligroso que se puede tener aquí; ríndame las

armas, sea para mí un amigo fiel, y la juro no olvidarlo.

—Ya se cree en la cumbre, pensó Kamoutzine. ¡Tendrá acaso algunos proyectos?... ¡Bah! ya lo sabré. Acepto, dijo en alta voz, pero no me haga traiciones.

—Le doy mi palabra, como si fuera un hombre, respondió ella tendiéndole la mano.

El estrechó esta mano, fluida, por decirlo así, y la sintió firme, robusta, casi viril.

—Amigos, pues, concluyó el oficial, pero he hecho la tontería de amarlo un poco.

—Continúe, dijo la joven con otra clase de sonrisa, con una sonrisa de sirena, alentadora, atrayente, más allá de toda descripción.

—¡Ahl mujer, mujer, exclamó él no pudiendo contener la risa. Y dice usted que no es coqueta!

Ella sonrió en su interior, esta vez como para sí misma.

—Está dicho, no iremos mañana á los teatrillos.

—Como guste, señorita.

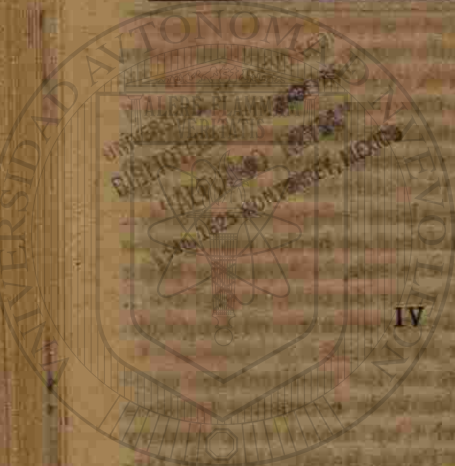
La saludó con la más perfecta cortesía y se retiró.

—Tiene, por Dios, razon, dijo él en su

adentros, haciendo sonar sus espuelas sobre el pavimento de la Pequeña Morskaja; no la amo ni siquiera una pizca. Me deslumbró y en verdad que no había soñado con encontrar estas tenacillas de acero bajo la envoltura exquisita de su piel satinada.... ¡Vaya! me hace estremecer, ahora que pienso en ello... Es igual, no hubiéramos hecho malas cosas juntos.... Pero ella sola es capaz de hacer mucho más... A pesar de todo, la vigilaré... En el fondo, allá muy adentro, no tengo absoluta confianza en ella....

Siguió el curso de las meditaciones en el teatro Mignel, donde la compañía francesa daba aquella noche un drama de d'Ennery y un sainete del Palais Royal. Llegado tarde para el sainete, siguió el drama con interés, preguntándose durante este tiempo, por qué, en los dramas, no se dá siempre el papel de traidor á las mujeres.

—¡Son más malvadas que nosotros! decía entre sí, mientras que su espíritu vagaba lejos de la escena.



IV

Las devociones de la cuaresma arrojaron su velo ordinario de fastidio sobre San Petersburgo y especialmente sobre la corte imperial. No se jugaba con las prescripciones de la iglesia en aquel tiempo; la cuaresma comprendía sus siete semanas de abstención completa de todos los placeres. No más bailes; reuniones severas, donde los trages descolados, por otra parte, eran de rigor para consolar sin duda á las que no bailaban; no

más teatros, ni el más pequeño; sólo algunos conciertos; pero estos no son una compensación para quienes no les gusta y tienen afición marcada por los bailes, dos inclinaciones que van casi siempre juntas. Se aburría, pues, la gente, en la corte imperial más que en otra parte, pero se aburría dignamente, noblemente.

Las noches de servicio no eran siempre divertidas, los guardias jóvenes pretendían que los días en que la señorita Bykhtof estaba de turno, había menos diversiones que de ordinario. La gente joven la detestaba, á decir verdad; en lugar de reírse y bromearse como sus compañeras, de hacer pequeñas coqueterías infantiles, que no conducían á nada malo, pero que distraía á los espectadores, dicha señorita escuchaba en silencio, con un aspecto que no denotaba ni desden ni fastidio, pero acaso un poco de compasión muy cortés, por lo que la detestaban más que si les lanzara alguna acerba crítica.

A veces, algun gran duque pasaba á esta vasta sala, especie de antecámara de las habitaciones de la Emperatriz, donde la servidumbre esperaba órdenes que no llegaban casi nunca. Segun su edad, lanzaba una mi-

CLEOPATRA.—4

BIBLIOTECA DE "LA PATRIA"

"ALEJANDRO GONZALEZ"

MEXICO, MEXICO

30291

rada ó hablaba un instante con algún favorito; luego este astro desaparecía, dejando á su espalda una estela de celos mudos ó habladurías, segun lo que habia dicho. Se reanudaban de nuevo las conversaciones, con una libertad que hubiera despertado envidia en otra corte. En suma, este servicio fácil y dulce que trata sucesivamente á los jóvenes más distinguidos del imperio á presencia de sus soberanos, era para los hombres una escuela de diplomacia más importante que le parecia á primera vista.

En cuaresma era menester ser discreto, no reir demasiado alto; en su consecuencia se ahogaban las risas. Sólo los pajes de cámara, que tenían ménos de dieciocho años, contenían á veces con gran trabajo su juvenil hilaridad, cuando pasaba algun personaje importante, de aspecto ridículo. Y sabe Dios que para no ser ridículo á sus ojos, era necesario ser irreprochable.

Un miércoles por la noche, día de ayuno para la Iglesia, de vigilia estricta y anti-higiénica para la Rusia entera, la juventud presente en palacio, así señoritas de honor como guardias y pajes, habian comido muy medianamente. Es sabido que las cocinas de

los príncipes no son las mejores; pero en esta circunstancia, el cocinero ortodoxo parecia haber tratado de mostrarse más ortodoxo que el Santo Sinodo, porque los convidados habian salido de la mesa casi con hambre.

Hay que confesar que eso era exclusivamente culpa suya. La iglesia rusa, proscribiendo de la mesa, como cosa de carne, la manteca, la leche y los huevos, todo pescado, por muy apetitoso que sea, no gana nada si se le frie con aceite, no aceite de oliva, muy raro en Rusia en esta época, sino un aceite cualquiera, al cual los procedimientos imperfectos no habian quitado nada de su gusto primitivo, de cañamo por ejemplo. Además, el miércoles y viernes los mismos pescados están igualmente prohibidos á los buenos cristianos ortodoxos.

Hacer una comida sin carne, sin caza, sin pescado. . . . puede hacerse sin duda; pero hacerla excelente, ó á lo ménos aceptable, eso es ya más difícil y por esta razon la antecámara no estaba contenta.

Algunos de los que pasaron promovieron cuchufletas; luego la maledicencia, quedándose ociosa por falta de alimento, comenzaron á aburrirse grandemente, cuando acertó á

pasar un grave personaje de aspecto extraño, desconocido de aquella generación de novicios.

—¿Quién es ese? dijo un paje.

—*Il signor Pulcinella*, respondió Kamoutzine acercándose.

—¿Qué nombre tiene? preguntó una señorita sentimental, que se peinaba con rizos á la inglesa y que se pagaba de conocer á todo el mundo.

—Es el general, conde Neoutof; altura cuatro piés y medio; anchura como un tonel, setenta y un años de edad; siete campañas, cinco heridas, el cordón de San Andrés, cien mil rublos de renta y un humor de perro. Salúdente, señoritas, es célibe; es un hombre casadero.

—Oh! casadero.

Una risa ahogada circuló entre los jóvenes oficiales, la que se comunicó á algunas señoritas. Estos, severamente reprendidos por la dama de servicio, se sonrojaron, fingieron no haber reído, pero rieron entonces con más fuerza.

—No hay para qué burlarse, repuso Kamoutzine con su aire grave. ¿Está casado, sí ó no?

Las risas comenzaron de nuevo entre los hombres, pero esta vez se abstuvieron las señoritas. Miraban con aspecto distraído ya sus joyas, ya los pliegues de sus vestidos.

—No está casado, luego es célibe, luego es casadero. ¡Ah! señorita Gleopatra, lo he comprendido todo; ese es mi rival; ese es quien le impide que acepte mis humildes homenajes.

Kamoutzine, para mantenerse en comunicación fácil y constante con Cleopatra, había imaginado representar el papel de suspirante sin fruto, en el cual ponía á veces un poco de ardor casi real. Con gran sorpresa suya, en vez de contestarle, como de ordinario, con algunas de esas indulgentes bromas que se conceden á un enamorado tan perseverante como maltratado, la joven frunció imperceptiblemente el entrecejo y guardó silencio.

—¿La he molestado? preguntó el joven acercándose á ella.

—Hay bromas que encuentro inconvenientes, respondió la señorita Bakhtof.

—¡Bah! el conde ha oído otras burlas. Y además ¿qué puede importarle á nadie que sea tan perfectamente feo, tan completamente ridículo, puesto que por otra parte,

está colmado de honores y de riquezas, y hasta si se quiere, de virtudes?

Cleopatra se sobrojó casi; palideció, lo cual en ella era señal de cólera.

—No es usted prudente, señor Kamoutzine, se hace enemigos por culpa suya, y luego se admira de tenerlos. Deje á ese viejo en paz.

—No deseo otra cosa, respondió él con indiferencia; pero convenga usted en que es muy feo.

—Es valiente, repuso ella en alta voz.

Se habian acercado á ellos solapadamente, por detrás, porque siempre que Kamoutzine la tomaba con alguno, habia seguridad de divertirse. La respuesta de Cleopatra fué oída de muchos.

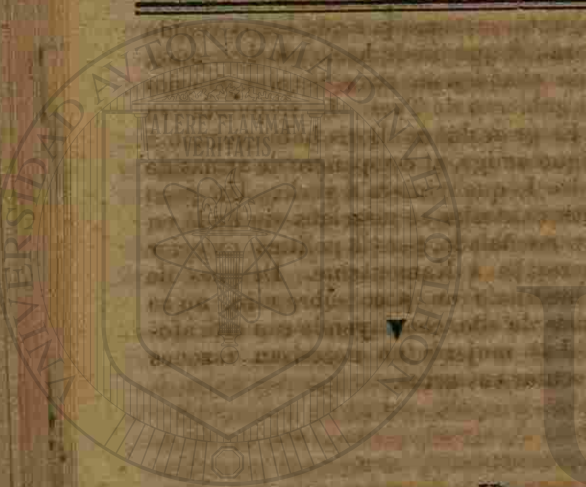
—¿De quién se habla? preguntaron.

—Del general, conde Neutof, respondió ella con cierta altivez.

El general conde no interesaba á nadie, y ya no se ocuparon más de él.

Kamoutzine trató de averiguar durante uno ó dos dias, qué motivo podia haber tenido Cleopatra para tomar tan vivamente la defensa de aquel viejo, de aquel veterano de provincias, tan poco visto en San Petersbur-

go. Pero no halló ninguna razon plausible. Se preguntó entonces por qué habia venido el general, él que desde hacia muchos años, no habia abandonado sus soberbias posesiones del gobierno de Tver. La respuesta era fácil. El gran duque Boris habia rogado á su antiguo amigo, al compañero de armas de Alejandro I, que viniera á verle. Un poco de política exterior se mezclaba sin duda en este favor señalado, pero la política exterior no interesaba á Kamoutzine. Despues de haber meditado un poco sobre esto, no se ocupó más de ello, concluyendo con este aforismo: Las mujeres no necesitan razones para ejecutar sus actos.



Aún seguía la cuaresma. Una recrudescencia del frío imponía á este tiempo una apariencia retrospectiva de invierno más triste y desoladora. Sólo el teatro Miguel presentaba de tarde en tarde cuadros vivos, especie de compromiso con las conciencias timoratas. Era aquello un espectáculo, pero no una comedia; las personas piadosas se abstentían, las señoras americanas sobre todo; los hombres por el contrario, gustaban mu-

cho de este género de diversión que les permitía admirar á las actrices bonitas, desde un punto de vista distinto que el de la declamación.

Este gusto, por lo demás, no había para qué ocultarlo; el gran duque Boris acababa de tomar súbitamente bajo su protección los cuadros vivos; hasta se dignaba indicar algunos al director de los teatros imperiales, quien mandaba ejecutarlos exactamente; y la verdad obliga á declarar que en ninguna parte jamás se vieron cuadros vivos presentados con tanta perfección artística. Para distraer los ojos durante sesenta segundos, no era raro gastar una semana de ensayos, de cuidados, de trabajo esforzadísimo. Si el resultado obtenido era en realidad poco importante, puesto que bajado el telón nada quedaba de él, la cosa en sí misma era con frecuencia bella y grandiosa, á menos que no fuese elegante y caprichosa.

Desde el momento en que el gran duque Boris los patrocinaba, los cuadros vivos tenían que ser el punto de cita á la moda. La señorita Bakhtof no faltó á ninguno; había seguridad de verla con su tía en un palco á que se habían abonado para estas represen-

taciones, en primera fila, cerca de la escena, á la derecha. Los amigos venían á hacerle visita allí durante los entreactos largos y numerosos, y Kamoutzine era uno de los más asíduos.

Una noche los entreactos se prolongaron más que de costumbre, y el gran duque no parecía sacar de su diversion favorita el placer ordinario; se apoyó en la pared del palco que ocupaba todas las noches; era una ancha y profunda platea de proscenio, precedida de un salon. Con su binóculo en la mano se puso á pasar revista á la sala donde se escalonaban las diversas clases de la sociedad, perfectamente separadas.

Muy cerca de él, los sillones de orquesta, ocupados por hombres de viso: oficiales con uniformes brillantes, ó funcionarios civiles con levita negra por cima, los palcos de primera fila, ó primeros palcos.

Allí, la aristocracia auténtica, sólo majeres, porque una dama perteneciente al gran mundo no podía entonces, bajo ningun pretexto, mostrarse en los sillones de orquesta; en los palcos segundos, los advenedizos, la damas del comercio frances, que se enconstraban allí como en su casa; más arriba un

pueblo de empleados y de peluqueros parisienses. En suma, un público mezclado, pero perfectamente clasificado, que se divertía ó se fastidiaba sin ruido, como conviene á la buena sociedad.

Los gemelos del gran duque bajaron de las alturas adonde fueron dirigidos por la curiosidad, y en este movimiento de descanso se detuvieron en el primer paleo del primer piso, casi enfrente.

—Kamoutzine, dijo á su ayuda de campo, sentado detrás de él á una distancia respetuosa. ¿Quién hay en aquel palco? ¿No es la bella Cleopatra?

—Ella misma, si no lleva á mal su Alteza Imperial.

La mirada del gran duque se dirigió hácia el palco de la corte, vacío y triste, vasto agujero abierto, suntuosamente iluminado, que no tenía casi otro empleo, durante todo el año, que estorbar prodigiosamente á los actores en escena; la Emperatriz no protegía al teatro Miguel.

—¿Por qué esa jóven no había de estar en ese palco. ¿Sería un acto de caridad enviar ahí gratis á esas pobres muchachas, en vez de hacerles pagar su localidad?

Esta reflexión, no estando destinada á recibir respuesta, Kamoutzine se quedó en una actitud digna á par de respetuosa.

—Es muy hermosa esa Cleopatra Bakhof no me había figurado que con su aspecto de diosa pudiera distraerse con estas diversioncillas que nos dan esta noche.

—Quizás no se distrae, se atrevió á decir Kamoutzine con esa timidez propia del que quiere decir grandes atrevimientos.

—¿Para qué viene entonces? dejó caer de sus labios el gran duque distraído.

Un relámpago mental iluminó la situación á los ojos de Kamoutzine. Comprendió el sentido de las palabras que le habían parecido oscuras otras veces en la boca de Cleopatra; comprendió mil detalles misteriosos que había encontrado infantiles; la defensa del antiguo amigo de Boris, tomada por la señorita de honor en medio de las burlas de los pajes que se divertían, no le pareció ya ilógica. . . .

—¿Por qué viene? repitió el astuto cortesano. Su Alteza Imperial viene también y sin embargo no siempre se divierte.

Callaron despues de esto, y el telon se alzó poco despues.

El gran duque Boris era, como todos los hombres de su familia, uno de los más hermosos caballeros que puede verse. De alta estatura, el continente digno y firme, paseaba en torno sus ojos azules, cuyo brillo se atenuaba á menudo con un rayo de bondad muy dulce, ó se alegraba con una sonrisa discreta. Esta sonrisa era todo lo que veían los profanos. Pero las raras personas elegidas, que eran aceptadas en su intimidad, sabían que, libre de la máscara oficial, el gran duque Boris era aficionado á la risa y aún hasta las carcajadas.

Como todos los de su raza, se había casado muy joven, y despues de pocos años de una union muy dichosa, se había quedado viudo sin hijos. Refractario á toda insistencia de nuevo matrimonio, hacia una vida algo particular, diferente en más de un punto de las otras pequeñas cortes de sus hermanos, tíos ó primos. En la corte imperial decían que era un tipo original.

De edad de treinta y ocho años se mostraba amable con todas las damas, sin distinguir por lo demás á ninguna. Esta reserva, así como su negativa á casarse, habían provocado muchos comentarios; se decía secre-

tamente que alimentaba una gran pasión hacía una persona desconocida, lo que quizás sería verdad. Habían tratado de averiguar algo, más no se atrevían á indagar mucho, temiendo estrellarse contra alguna cólera ó en alguna venganza temible, y terminaron por no ocuparse ya de ello.

Kamoutzine no entraba en el número de los dos ó tres confidentes indispensables, y en el fondo se cuidaba muy poco de los amores de su imperial protector. Pero el relámpago que le había abierto horizontes nuevos le hizo comprender todo el interés que podía consagrar Cleopatra á los cuadros vivos del teatro Miguel.

— Ahora me explico sus promesas de amistad, dijo entre sí; me necesitará para el logro de sus pequeños proyectos. ¿Pero qué puede querer? ¿Ser una La Valière por aproximación? Sería una combinación lisonjera, pero sin gran porvenir. ¿Una esposa legítima? ¡oh! señorita, no es usted ambiciosa á medias.

Mientras que se perdía en estas reflexiones, el gran duque se levantó para salir. Antes de dejar el palco, lanzó como de costumbre, una última mirada al patio, y una par-

tecilla de esta mirada cayó sobre Cleopatra. Ella se la devolvió tan francamente, que fingir no haberlo visto hubiera sido grosero. Le envió con la cabeza una seña imperceptible, una especie de réplica por decirlo así, y se volvió para evitar el saludo ceremonioso que estaba obligada á devolver la joven.

— ¡Hola! pensó Kamoutzine; se hace usted saludar, señorita. ¡Vaya!... si es gentil eso, y no al alcance de todo el mundo.

Aunque tenía un palacio en San Petersburgo el gran duque habitaba con preferencia, hasta en invierno, su espléndida residencia de verano, situada en la isla Krestovsky, una de esas islas cubiertas de verdura, que dibujan, en la desembocadura del Neva, un delta magnífico. Una reciente nevada había transformado el camino en un tapiz liso, sobre el cual los trineos volaban como durante los grandes fríos de Enero. El gran duque regresó á su casa en su pequeño carruaje, con dos caballos rápidos, con su cocheró y un solo criado por toda escolta. La noche era clara, el frío bastante vivo para parecer delicioso despues de la atmósfera caldeada del teatro. Su Alteza encendió un cigarro tan pronto como llegó al Neva, pa-

sando sobre la nieve, y se dió el placer de saborearlo sin infringir el reglamento, que prohibe fumar en las calles, á causa del peligro de incendio de que estaba incesantemente amenazada la ciudad, entonces más de la mitad construida de madera. Era otra de las originalidades del gran duque Boris, la manía de someterse á los reglamentos, como si se hubieran hecho para las Altezas imperiales. Pero jamás le habian podido corregir de esta manía.

Algunos días despues Kamontzine, encontrándose de servicio en la residencia de Krestovsky, su augustó protector le mostró unas armas preciosas que acababa de recibir de Asia, y pasaron juntos algunas horas examinándolas.

Ordename eso sobre una mesa—dijo el gran duque.—Me voy al teatro Miguel. Quiero encontrarlas en órden cuando vuelva.

—Tardaré cinco minutos—replicó prontamente Kamoutzine.—¿Desea su Alteza que le acompañe?

—No, quédate aquí; casi no estaré fuera más de una hora ó dos; te ocuparás en esto durante mi ausencia, y acabaremos la inspeccion cuando vuelva.

Dicho esto, Boris entró en su cuarto para dar un vistazo á su traje.

La resistencia era imposible, y sin embargo, Kamoutzine ardía por ver con sus propios ojos por qué el gran duque iba al teatro Miguel esta noche. Gruñendo aparte por los caprichos de la gente de alto nacimiento, salió diestramente y dió una orden en vez baja á su fiel criado, que estaba de planton en la antecámara.

Cinco minutos despues, reapareció Boris con sus guantes en la mano.

—Hasta luego, dijo en voz amable á su ayuda de campo. Tomaremos juntos el té.

El repique ligero de las campanillas del trineo advirtió á Kamoutzine que su amo habia partido.

Coger su capote de ordenanza, caliente mente forrado de astrakan, y sentarse en un trineo de alquiler tirado de un caballo rápido, siempre dispuesto en los alrededores para las carreras imprevistas, fué para Kamoutzine asunto de un instante. Los trotones del gran duque eran buenos, pero eran dos, y un doble tiro no puede casi obtener la velocidad de un solo caballo bien llevado.

Antes que Su Alteza Imperial hubiera llegado á las últimas casas del arrabal, Kamoutzine estaba ya en el Neva, calculando las distancias de ambos, y diciéndose que tenía por lo ménos dos minutos de delantera.

Era empresa arriesgada, porque el gran duque podía verlo y tomar muy á mal su desobediencia, pero la necesidad de saber, de removerse, de dañar ó de servir, en ocasión que formaba el carácter de Kamoutzine, unido á sus instintos aventureros, le hacían considerar el asunto como una farsa excelente de la que saldría con fortuna. Entró en la sala, se colocó no lejos de la platea del gran duque, en el mismo lado, y examinó tranquilamente á su aliada.

Allí estaba, y parecía consagrar un vivo interés á lo que le contaba un jóven; la música misma, que tocaba despiadadamente valeses ó polkas entre los cuadros, no podía distraer su atención; ella sonreía por momentos, y Kamoutzine, que tenía ojos excelentes, veía brillar sus dientes blancos.

Un pequeño rumor hubo entre los espectadores: el gran duque Borisa acababa de en-

trar en su palco. Cuidándose poco de ser visto se sentó en la sombra y miró distraídamente á la sala, esperando que se levantara el telon, que no tardó en alzarse.

Debidamente aplaudido el cuadro, comenzó la música, y todos se pusieron á mirar á su alrededor. La señorita Bakhtof seguía riéndose; los gemelos de su angusto admirador se dirigieron hácia ella, quien aparentó no notarlo.

Aquí hay intringalis, pensó Kamoutzine, he hecho bien en venir; creo que voy á divertirte. Jamás creería mi amo que me encuentro aquí. Me cree allá, en coloquio con sus armas. En verdad que era un hermoso trabajo para mí.

Mientras hacía estas reflexiones, alguien le saludó desde lejos. El le respondió con un gesto de pillo que le era peculiar y que todos sus amigos conocían bien. Los gemelos del gran duque se volvieron maquinalmente hácia aquel que había hecho reír á Razoumof, que era quien había saludado á Kamoutzine, y ¿quién fué quien apareció ante los anteojos de Su Alteza? Kamoutzine en persona, que debería estar en otra parte, entretenido con las armas asiáticas,

Boris era tan bonachon como es posible serio cuando se pertenece á una familia reinante; pero esto pasaba los límites de lo permitido. Creyendo haberse engañado, lo miró sin anteojos, para ver mejor, y reconoció perfectamente á su ayudante de campo. No le habían engañado los gemelos.

Un movimiento de cólera sacudió á su Alteza desde la cabeza á los pies. Algo de inexplicable, acaso un gesto asustado de Cleopatra, que lo había adivinado todo, porque todo lo había visto, advirtió á Kamoutzine, quien miró á su señor, y vió que se preparaba á salir.

—¡Me ha visto! ¡estoy perdido!—fué su primera idea.—¡Estoy salvado!—fué la segunda, tan rápida como la primera.

Abriéndose pasó entre la gente que estaba en pié, que un vals de Schubert balanceaba plácidamente en sus asientos, columpiando ligeramente la cabeza, llegó al peristilo reservado á la familia imperial. El criado de Boris esperaba á este, vestido de su pesado manto de reglamento, con pelerina de paño gris ornada de tres bandas de paño rojo. Esta era la sencilla librea que llevaba todo cria-

do de un general, y era la que adaptaban los altos personajes para su servidumbre cuando querian salir sin ser notables.

—¡Por orden superior!—dijo Kamoutzine al criado aturdido, quitándole de los hombros el manto, mientras que le tomaba de la mano su casco—vé á buscar mi peliza, y vuelve á palacio en mi trineo; ¡pronto!

El criado, aún aturdido, salió presuroso en el momento en que el gran duque aparecía.

—¡Mi trineo!—dijo en voz breve.

Kamoutzine, handiéndose el casco hasta los ojos, se precipitó hácia adelante, y treinta segundos despues, el trineo volaba sobre la nieve hácia la residencia de Krestovsky.

El trayecto se recorrió en un tiempo increíblemente corto; una sola dificultad hizo perder algunos instantes: no siendo esperado tan pronto el gran duque, se hallaba cerrada la verja grande. El criado bajó presuroso, llamó al guarda, y tomando la delantera, en vez de subir detrás del trineo, corrió al castillo por un corto camino de peatones, que representaba la cuerda del arco trazado por el camino.

Los caballos, envueltos en una nube de va-

por, se detuvieron delante del ancho pórtico, relampagueantes de finas partículas de nieve; el gran duque bajó rápidamente; saltó las cinco ó seis gradas de mármol, y bajo la luz de las linternas suspendidas en la bóveda, vió á Kamoutzine que, con la cabeza descubierta, en uniforme, esperaba respetuosamente su llegada.

Este encuentro era tan imprevisto; que el gran duque se quedó parado, como clavado de sorpresa.

—¿Eres tú? le dijo candorosamente.

—Yo mismo, Su Alteza Imperial.

Boris entró en el palacio, dejó caer su capa y penetró hasta el fondo de su gabinete de trabajo. Las armas estaban sobre la mesa, tales como las había dejado; el té humeante aguardaba en una bandeja. Se quitó los guantes y en pie, frente á su ayuda de campo:

—Escuche, le dijo, tú has estado en el teatro Miguel al mismo tiempo que yo. Me has desobedecido, y además me has engañado; ¿sabes lo que cuesta jugar conmigo? Te perdonaré, no obstante, porque la superchería es graciosa; pero es menester que me digas cómo has llegado aquí antes que yo.

Kamoutzine había escuchado con la cabeza baja; recobró por insensibles grados su actitud ordinaria mientras hablaba:

—Es muy sencillo. Su Alteza Imperial ha sido detenido un momento en la verja cerrada; eso me ha permitido tomar la delantera.

—¡Me engañas! dijo el gran duque con impaciencia. No venía ningún carruaje detrás de mí por el camino; me he vuelto diez veces para ver....

—Lo sé muy bien, Su Alteza.

—Pero ¿dónde estabas?

—Dentro de la librea de su lacayo, Alteza..... Estaba de pie, á su espalda. Su Alteza mismo me ha traído aquí.

El gran duque no pudo contenerse, y tumbándose en un sillón, se puso á reír con todas sus ganas. Después de haber reído, tomó un aspecto grave.

—Está bien, dijo, no hablemos más; pero acuérdate que has pasado una vez dos meses en tus tierras por una farsa....

—Jamás Vuestra Alteza tendrá corazón para enviarme allá en invierno....

— ¡Ya lo veremos como vuelvas á las andadas! Te permito que te diviertas con los demas, pero cuando se trata de mí... ¿Qué empeño tenias en ir al teatro Miguel esta noche?

— Kamoutzine tomó un aire de turbacion muy cómica.

— Ese es secreto mio que tendré que confesar, dijo, sea; lo sacrificio. Era por ver el objeto de mi pasion desgraciada.

— ¿Tú sufres una pasion desgraciada, pobre Kamoutzine mio? dijo Boris, que se divertia decididamente más que en el teatro.

— Su Alteza es el único que lo ignora.

— ¿Y se puede saber quién es la dama?

— Nada es posible ocultarle, monseñor: es la bella Cleopatra.

— ¿La señorita Bakhtof?

— Precisamente. Es bella y la adoro desde lejos. No se ocupa de mí.

El gran duque lanzó una mirada amistosamente desdeñosa sobre su aynda de campo.

— ¿En quién piensa, pues? preguntó volviendo la cabeza, para llenar una taza de té.

— Eso, monseñor, es el secreto de los dioses.

El tono en que esta frase fué pronunciada dejaba el campo libre á todas las conjeturas.

Boris lo comprendió quizás, porque guardó silencio, y cuando habló, fué de sus armas de Asia.



Charamirof había vuelto con su mujer, y Cleopatra, como habían convenido, se instaló en su casa por algun tiempo.

Fué un difícil tiempo de prueba para ella. Aquel lujo que ella soñaba para sí más magnífico aún formaba un penoso contraste con las necesidades estrechas de su atavío parsimonioso, é Irene tenía un modo de tenerla á distancia, sin manifestarlo, extremadamente penoso para un alma quisquillosa y altiva.

El príncipe era un buen muchacho que no tenía malicia para nada; era un singular espectáculo ver á aquel coloso llevado por el hilo de oro de un cabello de su mujer, y empuñado por causa de ella en más de una aventura delicada.

Irene había nacido para las intrigas.

En la época de Valois, en Francia, hubiera removido toda la corte; los tiempos actuales no le ofrecían un campo de batalla tan brillante, pero ella sabía arreglarse para complicar las cosas más sencillas, á fin de tener el placer de desenredarlas ó de atraer á los demás para embrollarlas más todavía.

Por más que resolvió en su pensamiento las intenciones secretas y los proyectos matrimoniales que podía acariciar su hermana, no pudo adivinarlos á punto fijo. Hay que confesar, por otra parte, para hacer justicia á su perspicacia, que la ambición de Cleopatra era tan extraordinaria que nadie la hubiera adivinado; era menester para presumirla, estar como Kamoutzine enredado en la trama.

Este silencio sobre sus miras, hacia que Cleopatra impacientara á su hermana. A pesar de que Irene era tres años más joven que

ella su rango de mujer casada con el mejor partido de la corte, le daba á sus ojos una gran importancia, que servia para contrabalancear las ventajas de la hermana mayor; así no podía perdonar á la señorita de honor ni su mutismo; ni su aire de superioridad; habiendo sido inútiles sus intrigas, montó en cólera contra la esfinge á que habia ofrecido hospitalidad.

En general, nada hay tan irritante como tener á su lado en la vida ordinaria, ó en especiales relaciones de amistad, una esfinge, por muy amable que sea, que no diga jamás nada de lo que sienta, que no delate en nada el secreto de sus reflexiones, que os trate siempre con la misma afabilidad sonriente y muda.

Es todavía más exasperante ver sufrir á esta esfinge callada siempre, y en el momento en que se le va á ofrecer su ternura y sus consuelos, verla recobrar su aspecto impenetrable y risueño. No hay paciencia ni amistad que se sostenga ante el propósito de poner á la puerta de su vida íntima.

Irene no había sufrido ninguna herida moral; pero su amor propio había sido ofendido cruelmente. Se había figurado que en

cuanto volviera á San Petersburgo, llegaría á ser la confidente de su hermana, en reciprocidad de las confidencias que ella había incesantemente depositado en los celos complacientes de Cleopatra, durante su noviazgo. Cuando vió que su hermana no le comunicaba ninguna de sus impresiones, sobre cosa alguna, se sintió ofendida.

Una barrera moral, primeramente frágil, se levantó insensiblemente entre las dos hermanas. La señora B. khtof, llamada á provincias por imperiosos deberes de familia, partió, dejando á Cleopatra en casa de su cuñado su ausencia debía ser corta; pero circunstancias imprevistas la prolongaron, y en breve, casi amenazaron hacerla definitiva.

—Y bien, dijo el príncipe Charamirof, ¿en qué puede perjudicar eso á Cleopatra? Vivirá con nosotros hasta que se case.

Irene no hizo ninguna objecion, ántes dió su consentimiento, diciendo sonriente:

—Tendré mucho gusto en ello.

Pero en el fondo de su alma, esperó que Cleopatra tuviese la amabilidad de casarse pronto, á fin de no molestarla mucho tiempo con su enigmática

Habían llegado mientras tanto las Pascuas con su brillante séquito de fiestas de invierno. La princesa Charamirof dió en su casa dos bailes en extremo brillantes, á donde acudió la flor y nata de la nobleza de San Petersburgo. Kamoutzine fué naturalmente invitado á ellos y el general conde Neoutof se encontró tambien entre los habituados de las *soirées* de la linda princesita.

Neoutof era absolutamente parecido al retrato que trazó de él Kamoutzine: *Il signor Pulcinella*, parecia ser su verdadero nombre; sin embargo, tenía tal aire de grandeza que mirándolo de cerca, nadie estaba tentado de reirse de él. No se podía llevar con más dignidad y nobleza un exterior más ridículo.

Pronto advirtieron en el círculo de la princesa, que Neoutof no quitaba la vista del rostro admirable de la bella Cleopatra.

—¿No es verdad, le dijo un día Kamoutzine, que es prodigiosamente bella?

—Tan bella, respondió Neoutof en su vengutural, tan completa y tan audazmente bella, que querria obtener el permiso de hacerla reproducir en mármol, para tenerla siempre bajo mis ojos.

¿Qué homenaje nodia ser más delicado? Súpolo Cleopatra y bien pronto el general tuvo la alegría de verla sentarse cuando él le hablaba, á fin de no tenerle mucho tiempo derecho en sus pies gotosos. Era humanidad pura por parte de la jóven, pero era tambien la autorización para hablar con ella un rato más largo que lo que permite un simple encuentro en un salon. Neoutof se sorprendió de hallar en ella un espíritu grave, casi sobrado grave, una instruccion extensa y mucho buen sentido. Por lo que habia oído entre las camarillas, se habia resignado á no verla más que bella; pero ahora la encontraba inteligente y fina..... Fué como un deslumbramiento.

Cleopatra le prodigaba sin cuento los tesoros de su espíritu. Coqueteaba con él con todas sus gracias interiores ocultas á las miradas vulgares. Era tanto más coqueta, cuanto que en su pensamiento, esta confianza pasaba por cima del viejo que le escuchaba para ir al gran duque.

Sabíase que una intimidad estrecha se habia anudado entre Boris y el antiguo amigo de su padre; el hombre de treinta y ocho

años gustaba un placer delicado con la compañía del viejo combatiente de 1812, cuyo espíritu vivo y claro, fecundo en observaciones mordaces, caracterizaba, á las personas y á las cosas con una frase del mejor gusto. Cuando los hombres de edad tan avanzada se han conservado sanos de corazón y de espíritu, ofrecen un inapreciable conjunto de cualidades; el general conde de Neoutof, que había sido paje de la gran Catalina, lo sabía todo, y jugábalo todo con una sencillez, fruto, no de su candor, sino de la prudencia más exquisita. Había practicado tanto la diplomacia, que había vuelto á la franqueza, según un axioma célebre. Era para el gran duque Boris la revelación de un mundo nuevo, con el cual, por otra parte, su propio espíritu se encontraba en perfecta simpatía. Ageo él mismo á la política, la toleraba por cortesía ó por necesidad de conveniencia, pero en realidad hacia poco caso de ella; el general Neoutof le hubiese casi reconciliado con ella si hubiera querido; pero encontraba más interesante hablar de ella como aficionado con este hombre de razón soberana, nacido más bien para gustar de la vida como un artista, y que no pudiendo realizar á su gus-

to este sueño inconsciente, tomaba todas las cosas como aficionado.

Cleopatra había calculado perfectamente; su nombre fué pronunciado más de una vez en todas sus conversaciones; el gran duque supo con sorpresa que aquella persona tan hermosa era superior cuanto que sentía el más vivo placer en hablar con un hombre viejo y algo anticuado, como el general Neoutof.

—¡Quién lo hubiera creído! dijo el gran duque con una sorpresa más profunda de lo que él pensaba.

—Kamoutzine tenía ya alguna idea respondió Neoutof.

—¡Kamoutzine!... En efecto.... ya me había dicho algo..... Pero es insensible, según parece.

—Eso se dice, pero no es así; replicó el general brevemente.

Mas de una vez Boris interrogó al veterano sobre su hermosa joven amiga. Poco á poco se complació en picarle, fingiendo dudar del talento y de la belleza de Cleopatra; y mientras que se divertía en este juego, Neoutof se irritaba en extremo.

—Pero, ¡Dios me perdone! exclamó un día el gran duque; usted está enamorado.

El viejo miró al príncipe como hubiera mirado en otro tiempo á su enemigo; sus ojos oscuros brillaron bajo las enmarañadas cerdas de sus cejas blancas.

—¿Enamorado yo, monseñor? Si place á su Alteza Imperial burlarse de los sentimientos de un hombre de mi edad, estoy enamorado efectivamente. Pero teneis otros bufones.... no estoy tan decrepito para que se me pueda ridiculizar tan fácilmente.

—Vamos, dijo Boris, —no te enfades,— abuelo.

Este tuteo en la boca de un Czar ó pariente de Czar era un favor especial; una prueba de amistad soberana; el tono en que acababa de hablarle era en verdad sentido y respetuoso; el viejo conde bajó los ojos.

—He hecho mal, dijo, en tomar por lo serio una inocente broma. Dignaos perdonarme.....

El gran duque puso afectuosamente la mano sobre el hombro que había recibido cinco heridas en servicio de su familia reinante.

—Es Kamoutzine quien me corrompe, dijo riendo, Ese animal se burla de todo, en

tal grado, que yo mismo pierdo á veces la nocion de las conveniencias.

—Espero que jamás se haya permitido burlarse de la señorita Bakhtof.

—No.... jamás.... Y es hasta sorprendente. Diríase que le tiene miedo.... Por lo demas, se proclama públicamente como enamorado desdeñado.

—¡El! dijo el general con un gesto indecible de desprecio. ¿Se permite acaso?..... Pero deciais hace un momento que no respecta nada.

Se puso, dicho esto, á hablar de otra cosa y la conversacion giró sobre asuntos más serios; pero cuando se quedó sólo, el gran duque dio algunos pasos por su gabinete repitiendo.

—¿Quién lo hubiera creído?

Y no se refería ahora á la inteligencia de Cleopatra, sino á la extraña pasion que había brillado en los ojos de Neoutof, y á su altiva respuesta, que no era una negativa...

Kamoutzine y Neoutof.... ¡Qué abismos entre estos dos hombres: el uno en el más alto escalón del valor moral, el otro en el más bajo.... Y ámbos amaban ambos respe-

taban á la singular Cleopatra.... ¿A quién amaba ella?

—Es el secreto de los dioses....—había dicho Kamoutzine.

Un movimiento de cólera tan vivo como una lanzada atravesó el corazón del príncipe. ¿Por qué se permite Kamoutzine hablar de aquella jóven? Una persona tan respetable no debería ni siquiera ser nombrada por semejantes labios.

¡El secreto de los dioses!.... Y de pronto recordó Boris cómo le había mirado ella la última vez que se encontraron. ¿Era posible que amase á alguno, cuando alzaba hácia él aquellos ojos llenos de turbacion y de una dulzura exquisita?....

Comprendió de repente que ya más de una vez, sin darse cuenta, había pensado que quién le amaba ella.

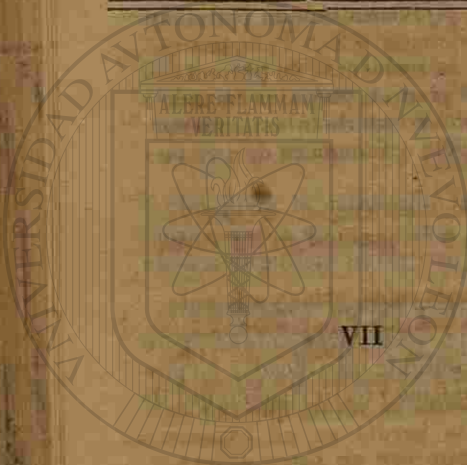
¿Cuántas veces, un príncipe, miembro de una familia reinante, puede jactarse de haber sido amado, cuando llega á la edad de treinta y ocho años? Por poco guapo que sea ¿cuál es la jóven, de las que le rodean, que no haya sentido latir su corazón un tantico por él? Boris no se conmovía por estos accidentes, ordinarios en la vida de los de su

clase; una mirada amable, una sonrisa hacían dichosos á los jóvenes, que no pensaban en otra cosa.

Pero esta vez la aventura se presentaba de otro modo, y el gran duque permaneció un instante pensativo, atormentando un cortapapeles cincelado, compañero de sus meditaciones.

—¡Qué locura! dijo entre sí, arrojando á aquel confidente mudo.—¿Voy á devanarme los sesos, porque una jóven distinguida tiene los ojos bonitos?

Pidió un caballo y dió un largo paseo, escoltado por el inevitable Kamoutzine; pero la compañía del notable misticador no produjo sobre él el mismo efecto risuño que de costumbre.



No hay que tener prisa, cuando se quiere conseguir un objeto oculto, seguramente y por caminos torcidos, Cleopatra no tenía prisa. Poco le importaban las semanas y los meses; la vida es larga, sobre todo cuando se sabe no perder ningún minuto. Por momentos creía avanzar en el camino que se había trazado; otros días parecía que de repente había retrocedido mucho, y que jamás llegaría a su objeto.

Una noche (era próximamente la época en que la corte abandonaba a San Petersburgo para instalarse en la residencia de verano de Tsarskoe-Selo), el gran Duque, atravesando, para ir á las habitaciones de la emperatriz, un salón desierto, vió á Cleopatra que venia hácia él.

Con una vacilación rara en su carácter, retardó su marcha, y hallándose en fin, cerca de ella, se detuvo.

Por la larga fila de salas, atrás y adelante, iban y venían una cantidad de personajes de toda especie, que no se ocupaban de ellos. El no pudo resistir al placer de mirar de cerca á aquella admirable joven, que por un privilegio raro nada perdía en un examen atento. El sentía también un deseo extraño de oírle hablar; el timbre de su voz rica y grave, que él había oído poco hasta entonces tendría otra sonoridad al dirigirse á él, en persona?

—¡Sola, señorita! ¿perdida en las vueltas de este laberinto?—dijo él con una ligera sonrisa.

Estoy cansada, monseñor. He tenido permiso para irme.

La voz de terciopelo temblaba imperceptiblemente al pronunciar estas palabras banales, y los ojos magníficos se habían bajado, mientras que una rosa ideal subía á las mejillas de mármol y las volvía más humanamente bellas.

Boris comprendió que hiciera esclavos á quienes ella se dignara sonreír.

—¿No está enferma, espero?—dijo el gran duque esforzándose por permanecer dentro de la fría cortesía que le convenía.

—¡Oh! no, monseñor un ligero dolor de cabeza. Por otra parte, desde hace un momento, me hallo mejor.

Y le miró, á fin de que su mirada clara y tranquila desmintiese la audacia de sus palabras.

Y casi se irritó de que ella le mirase de aquel modo, y si ella hubiese obrado de otra manera, él la hubiese despreciado.

—Deseo que no sea nada grave,—dijo saludándola con aire ceremonioso.

—Buenas noches, señorita.

Le hizo una reverencia oficial, y se alejó sin volver la cara.

Cleopatra había triunfado en este encuentro, á pesar de su aparente derrota, porque

el gran duque se volvió para verla, y la miró desaparecer al fin de la fila de salones. Des pues de lo cual, atusándose los bigotes, continuó su camino.

El hielo estaba roto; luego se encontraron numerosas veces, y casi siempre Boris cambió algunas palabras con la "bella indiferente."

La corte se trasladó á Tsarskoe. Selo, y las entrevistas fueron más contadas, por más que Boris se mostró aquel verano más asiduo visitante de la corte imperial. Venía con gusto á pasar el día y aun la noche en el castillo, tomando una parte más activa que de costumbre en las pequeñas reuniones alegres del martes ó del juéves. Los sitios no eran completamente iguales; y por otra parte, podrian encontrarse en los jardines. Jardines peligrosos, donde los árboles tenían tantos ojos como hojas; ¿pero quién podía encontrar malicia en los encuentros fortuitos en un príncipe y de una señorita de honor, de el puente de mármol ó cerca del embarcadero, en una palabra en los lugares más frecuentados y más vistos de todo el parque?

Charamirof, con su mujer y sus cuñada había alquilado una de las má suntuosas,

plantas de aquella elegante poblacioncilla quintada como una decoracion, con el único objeto de servir como de dependencia al castillo. Polvorienta, mal sembrada, Tsarskoe-Selo no tendria ninguna razon de ser sin la residencia imperial: sus anchas calles de ángulos rectos están hechos para dar paso á un torrente de carruajes; difícilmente se encontrará donde comprar un pañuelo de bolsillo; en cambio, los artifices y joyeros son numerosos; ¿no es de necesidad que se pueda componer en una hora un brazaletes, algun medallon roto?

Era en esta residencia artificial donde Kamoutzine podia ejercer más ámpliamente su talento burlon. Sus bromas no eran siempre dictadas por el mejor gusto, pero ¡en el campo!..... La etiqueta, era menos severa, se reia con más ganas y el dia en que imaginó embrollar todos los cuadernos de las piezas que habian de tocarse bajo las ventanas del palacio, produciendo ante el inexplicable espanto del director de orquesta, la más horrible cacofonia que se hubiese oido jamás, la familia imperial no hizo mas que reir.

El gusto de Irene se había vuelto muy de-

licado desde que era princesa, y las farsas de Kamoutzine tenían el don de ponerla furiosa.

—Este hombre tiene bromas de hortería—dijo un dia á su marido.—No comprendo por qué le recibes. Y Cleopatra, á quien yo creía más difícil goza con él extraordinariamente. Cleopatra hizo un ligerísimo movimiento en el sillón donde se hallaba medio sepultada; pero Charamirof estalló con su risa bonachona.

—¡Kamoutzine! No hay hombre que me haga reir tanto, ¿Qué haríamos sin él? Nos moriríamos de aburrimiento.

Irene alzó desdenosamente los hombros.

—¡Sois todos los hombres iguales! dijo aquella Minerva de diecinueve años.—Lo comprendo en vosotros, porque todos, en general, teneis gustos poco delicados; pero en tí, Cleopatra.....

—A mí no me divierte—dijo esta en voz tranquila—solamente es un buen muchacho y como tiene gracia, no veo, en realidad, por qué yo había de ser más difícil de humor que la familia imperial, que lo tolera.

—¡Oh! tu eres una cortesana, dijo Irene en acento maligno. Espero que sustituirán á la primera favorita cuando presente su dimi-

sión ¡No faltaba más sino encontrar bueno todo lo que viene de arriba!...

—¡Irene! eres sediciosa—dijo Charamirof engrosando la voz.

—Ahí tienes otra de tus deplorables bromas—replicó ella en tono airado.

Pero no era fácil montar en cólera á su marido; Irene no obtuvo sino carcajadas como respuesta á sus salidas agrídulces. Tomó ojeriza, no al príncipe, quien despues de todo era dueño de la casa y de ella misma, sino á su hermana, á quien hacia moralmenté respetable de todas aquellas pequeñas reyertas.

Aunque la quinta que habitaba era vasta, no lo era tanto como el hotel de Charamirof, y tenían que vivir forzosamente en ella más cerca unos de otros. La habitación de Cleopatra, si no le hubieran dado este destino, hubiese sido el ropero más cómodo y más agradable para Irene. La princesa hubiera pedido instalar allí todos sus vestidos, toda su ropa blanca, y hubiera ido allí á conferenciar diariamente con la hábil modista francesa, que estaba encargada de la confección de sus trajes de verano.

Charamirof, habiendo escogido esta pieza

para su cuñada, Irene se habia visto obligada á relegar á la señorita Luisa á una vasta sala, mal iluminada, que daba al patio, cerca de la cochera. La modista no cesaba de quejarse de "las malas luces" que la impedían coser, y de la vecindad que la obligaba á cerrar la ventana cuando se lavaban los carruajes. Estas quejas cotidianas habian terminado por exasperar á la jóven; en vez de imponerle silencio, se dejaba invadir de un creciente mal humor contra su hermana. Si no hubiera vivido con ellos, no hubiera habido este inconveniente.

Poco á poco llegó á concebir una verdadera antipatía contra Cleopatra y no pensó al fin sino encontrar el medio de desembarazarse de ella.

Pero no habia más que un medio; era menester que se casara. Así es que Irene empleó toda su inteligencia para decidir á su hermana á este objeto. Pero Cleopatra tenia un modo de dejar decir y de dejar hacer, sin oír ni ver lo que le desagradaba, que no habia medio de insinuarle nada; era preciso explicarse claramente.

Irene estuvo á pique de hacerlo en más de una ocasion; pero retrocedió siempre en úl-

tima hora. ¡Como decir en la cara á su hermana sin fortuna: "Me incomodas, me molestas, vete; y como no puedo echarte á la calle, cástate para desembarazarme de tu persona!"

Decididamente era imposible. Irene renunció á un ataque directo, pero se prometió en cambio, no perdonar ocasion de hacerlo si esta se presentaba alguna vez.

Nentof iba á Tsarskoe-Selo, como habia ido á San Petersburgo. Este hombre que no salia jamás de su castillo de provincia, que habia vivido doce años sin pensar casi en tomar el aire de las grandes capitales, se habia vuelto tan mundano como un chambelan. Muy amado en Palacio, allí pasaba con frecuencia la noche, y durante el día, veíanlo haciendo una série de visitas que concluian invariablymente en casa de Charamirof.

Irene no podia sufrirlo. Desde que notó que iba por Cleopatra, le tomó odio y se lo demostró de la manera más evidente. El viejo general era tambien de esos que no ven sino lo que les conviene; continuaba siendo extremadamente amable con la princesa, y colmaba igualmente á las dos hermanas de ramos de flores y de frutas heladas,

Irene, que se moria por los regalos, acogía las flores y los bombones con una sonrisa y reservaba todas sus asperezas para su hermana, responsable de las asiduidades de aquel cortesano, venido en mal hora. Era un motivo más para reñir con ella.

Pero no era más fácil desembarazarse de Nentof que de Cleopatra. La cólera progresiva de la dama se agitaba, furiosa en su impotencia, cuando la casualidad la hizo vislumbrar un día la posibilidad de una solución.

Bajo los árboles endebles del jardín de Charamirof, la sociedad habitual de Irene hallábase reunida, serian las cuatro de la tarde. Los canteros de los geráneos detestaban el sol, y para impedir que á los visitantes les ocurriera lo mismo, un enorme toldo tendido entre cuatro árboles arrojaba sobre el césped una sombra harto necesaria. Nentof se despidió de Cleopatra, y segun su costumbre, le besó la mano, cuando una de las damas que se hallaban presentes dijo á Irene:

—Mire usted al general; ¿no es conmovedor el afecto que siente por su hermana de usted? Dijérase que la adora. No hay sino los viejos hidalgos que den estas pruebas de

respeto afectuoso á las damas. En nuestros días se ha perdido esta costumbre.

Cleopatra habia ido á despedir á su viejo amigo hasta la puerta, y volvía con paso lento; la mirada de Irene la inspeccionó de piés á cabeza.... Era en verdad muy bella, pero muy fría y muy impasible..... Sin embargo, ¿podríanla turbar haciéndolo con destreza?... ¡Quién sabe!,.... Acaso se le encontraría el punto vulnerable á esta coraza de orgullo.....

Irene dejó trascurrir dos días; un instinto secreto de perversidad le habia enseñado que es menester dar á las cosas un aspecto de verosimilitud, haciéndolas retroceder un poco hácia el pasado, aunque este pasado no comprendiera sino veinte y cuatro horas; así, pues, una noche al volver de Palacio, Cleopatra la encontró en su habitacion, sentada cerca del escritorio sobre el que habia dos revistas y una novela comenzada á leer.

La primera impresion fué desagradable. Es muy raro que guste á alguien encontrar á nadie en su habitacion, á menos que sea la persona amada; además, Irene no habia entrado quizás dos veces en el cuarto de su

hermana desde que le habia ofrecido su hospitalidad. Al verla Cleopatra tuvo el presentimiento de alguna desgracia.

—¿Me esperabas? le dijo con aquella impasibilidad que constituía toda su fuerza.

—Sí, durante todo el día estás de servicio ó rodeada de tanta gente, que no se te puede hablar. En las comidas, mi marido está entre nosotras, y lo que tengo que decirte requiere que sea sin testigos.

Irene habia tomado para pronunciar este discurso, un aspecto de dulzura compasiva, que inspiró en seguida á Cleopatra los más negros presentimientos. No manifestó nada, sin embargo, y se sentó con mucha calma frente á su hermana.

—Tu eres mayor que yo, comenzó Irene, pero yo estoy casada, lo cual me da una ventaja sobre tí, querida hermana. Yo oigo muchas cosas que no llegan á tus oídos, y luego hay conversaciones que no se tienen en presencia de las personas de que se habla....

—¿Te han dicho alguna cosa mala de mí? dijo tranquilamente Cleopatra, posando sus dos manos, una sobre otra, en el filo de la mesa.

—De tí, no. . . . sin embargo, se hablan de cosas que podrían perjudicarte, quiero decir si no se detuvieran á tiempo las habladurías, se dice. . . .

—Ya van muchos dicen, interrumpió el joven sin conmoverse. Presumo que no son las mismas personas las que hablan mal de mí y las que tienen la intencion de impedirlo. . . .

Herida en su diplomacia secreta, Irene apresuró el desenlace.

—En suma, puesto que eres tan incrédula, se dice que el general Neoutof te corteja con bastante intimidad. Le has concedido privilegios. . . .

—¡Irene! exclamó Cleopatra irguiéndose con altivez.

La princesa parecia bien endeble y hasta bien mezquina, al lado de aquella magnífica estatua de la Indignacion.

—Puedes echar tu reputacion por la ventana, si te agrada, repuso la malvada personalidad, pero se habla de tí, y yo añado que tienen razon. Vuestros coloquios perpétuos han sido advertidos de todos, y cuando ven

además besarte las manos con cualquier motivo. . . .

Pudo seguir hablando á su gusto; ya no le escuchaba su hermana. Las malignas palabras de Irene habian hundido en su corazón una punta que penetraba cada vez más y ya no atendia sino á su agudo dolor, que sentia más adentro cada segundo.

Luego no bastaba estar sin tacto, era necesario no aceptar los homenajes más respetuosos. . . . ¿Para agradar á quién? ¿Al mundo? El mundo no se ocupaba de esto y Cleopatra estaba bien segura que aquella pérfida insinuacion era únicamente obra de su hermana. ¿Qué quería aquella implacable hermana, á quien nada habia pedido, que la habia ofrecido su casa, y que ahora parecia reprocharle el que no la respetara?

—En fin, dijo alzando hácia su perseguidora sus ojos llenos de dignidad, pero donde á duras penas se sostenian las lágrimas; ¿qué quieres de mí?

—Que te cases, dijo brutalmente Irene, quien se levantó para salir.

—No quiero casarme ahora, repuso Cleopatra pesando sus palabras.

—Entonces comprenderás que las malas lenguas no están muy lejos de la verdad.

—¿Cómo puede ser eso? dijo la joven con la misma tranquilidad, aunque palideciendo.

—Podieran decir que encuentras más ventajas encadenando al viejo Neoutof que casándote con un hombre menos rico....

—Irene, tú pierdes la cabeza, dijo Cleopatra con gran nobleza.

—De ningún modo. Todos saben que Neoutof, á su edad ¿no es eso?.... y luego.... Si, es como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer en su huerta.... En fin, querida, al buen entendedor con pocas palabras basta. Quiero que mi casa sea respetable y respetada y pienso que me ayudarás á hacer que lo sea.

Hizo una salida muy magestuosa y dejó á Cleopatra aterraada ante tan profunda maldad.

Cuando se hubo asegurado que estaba sola y que su hermana no volvería, dejó caer su cabeza entre sus manos y lloró. Ella se preservaba de las lágrimas inútilmente, porque las lágrimas alteran la belleza; pero esta vez, su corazón estaba herido y la herida necesitaba derramar sangre.

Los coloquios de Neoutof eran una parte de su vida; deseábalos como la alegría cotidiana que esperan más ó menos todos los indigentes de este mundo; era para ella lo que la hora de libertad para el prisionero; el regreso á su casa del colegial; durante la hora que el viejo pasaba á su lado, ella era como una reina, festejada por un excelso paladin; y además, él la hablaba del gran duque.

Por primera vez Cleopatra descendió al fondo de su alma y se interrogó directamente. ¿Amaba al gran duque? En los comienzos de la aventura inverosímil en que se había metido, no le amaba ciertamente; quería llegar á lo menos á las gradas del trono, puesto que el trono ya estaba ocupado. Cleopatra no era de esas personas que turban sin escrúpulos un interior respetado; el respeto que tenía de su propia persona se lo hubiera prohibido por otra parte, y luego su empresa, siempre difícil, se haría imposible si hubiera sido necesario obtener un divorcio; pero no había visto desde luego en Boris sino á un príncipe libre, que podía darle el lugar deseado por su ambición.

Luego... Pues bien, sí; luego se turbó. La mirada que había inquietado al gran du-

que, no era una hábil comedia. Cogida en su propio lazo, á fuerza de desear inspirar el amor, habia sentido conmovirse su corazón. ¿Era en realidad su corazón? ¿O mas bien era su cabeza?

¡Ah! ¡qué importaba! Que la amase aquel hombre, cuyo nombre era pronunciado en los rezos públicos, delante del que se inclinaban todas las cabezas; aquel hombre que podia, si así lo decretaba el destino, llegar á su vez á ser soberano del inmenso imperio.

Que la amase, y en gratitud, le amaria de tal modo que ningún hombre sobre la tierra no habria recibido jamás una suma igual de felicidad.

Ya ella no despreciaba el amor, lo veneraba, no solamente como una potencia, sino como un dispensador de felicidades, ¿no lo era todo, puesto que podia darle todo?

Se levantó, bañó su rostro encendido en agua fresca y abrió la ventana para respirar. La noche estaba aun clara y casi dorada, por más que Julio estuviese ya á la mitad de su camino; el olor del heno venia de lontananza y el de los pinos del bosque calentado por el calor del dia se mezclaba á aquel

de un modo delicioso. Cleopatra tuvo la vision de un bosque donde se pasearia libremente á su antojo con el hombre que amara, durante una noche exquisita, parecida á aquella. La jóven seria amada y ella tambien amaria.

— ¡Oh príncipe mio! murmuró.

De pronto, parecia que algo se desmoronaba en sus adentros. No estaba segura de amar á Boris. No era en los bosques, en medio de una naturaleza salvaje, donde podia evocar aquella imágen! La imágen no queria aparecerse más que en los jardines ó en las salas iluminadas de un palacio.

— Es él sin embargo á quien quiero, dijo cerrando la ventana.



Al otro día Cleopatra, se levantó muy de mañana, á fin de estar cierta de ver á su hermana ántes de salir. Charamirof partía de ordinario hácia las ocho, é iba á dar una vuelta por los cuarteles de su regimiento, porque era un jefe muy concienzudo.

A las nueve la campanilla de la princesa advirtió que su doncella podía entrar á vestirla. Media hora despues Cleopatra se hizo anunciar.

Irene estaba ante su tocador y concluía de peinarse; al ver á su hermana despidió á su doncella.

—¿Para qué me quieres? dijo en un tono lo menos cariñoso que le era posible.

—Quiero saber lo que deseas que haga. Te has olvidado decírmelo anoche.

La princesa se mordió los labios.

—¿Lo que yo deseo? No necesito decírtelo: lo sabes tan bien como yo.

—Dímelo, te lo ruego, como si yo no lo supiera.

—Pues bien, quiero que ceses de alentar tan escandalosamente los amores ridículos de esa vieja momia.

—¿Es del general conde de Neoutof de quien hablas.

—Del mismo.

Cleopatra, que seguía en pie, apoyó un dedo en el hombro de su hermana.

—Irene, dijo, dile á mi cuñado que hoy mismo salgo de su casa.

La princesa se levantó llena de ira:

—¡Te lo prohibo! dijo rechinando los dientes de rabia.

—No tengo que obedecer órdenes tuyas.

—Quizás te engañes. Si dejas nuestra casa, le diré al mundo entero que es para entregarte sin obstáculo á tus liviandades...

Los dedos de Cleopatra rozaron la mejilla de su hermana con decidida dulzura; contentose con esto, aunque haciéndose un esfuerzo extremo.

—Si yo quisiera contar que acabo de dar te un bofetón, dijo Cleopatra, sería quizás cierto... y sin embargo, nadie lo creería...

Irene palideció, con una palidez extrema.

—¿Qué es lo que dices? dijo tan sorprendida que no sabía lo que le paraba.

—Quiero decir, hermana, que de tí á mí los insultos son inútiles. Si se quedan entre las dos, son como si no hubieran existido. Si el mundo lo sabe, ó bien no lo cree, lo que será hacernos mucho honor, ó bien el escándalo será espantoso... Créeme, hermana, evita en tí y en mí, palabras ó actos que nos harían un daño supérfluo.

Irene bajó la cabeza.

—No puedes, sin embargo, irte de aquí.

—¿Por qué?

—Porque te perjudicaría.

Esto era verdad; pero Cleopatra añadió lo siguiente, que no era asimismo menos cierto

—Además, tu marido no te perdonaría haber infringido hasta ese punto los deberes de la hospitalidad... Vaya, hermana, sepamos vivir juntas. Es un gran sacrificio que hacemos al mundo. Procuremos á lo menos que ésta nos recompense. Y por muy penoso que sea para tí, sabe que lo es mil veces para mí, porque soy pobre.

Ya estaba en la puerta.

—No olvides, Cleopatra, dijo Irene en vez compasiva, que sólo el matrimonio puede ser motivo para que salgas de esta casa.

Cleopatra cerró la puerta sin responder.

Habia hecho para contenerse un esfuerzo tan enérgico que todo su ser vibraba de cólera. Torciendo de prisa sus pesados cabellos bajo una toca de plumas, tomó una sombrilla y se dirigió hácia el parque.

Á esta hora matinal, el reloj del Palacio daba las diez, el parque estaba en toda su belleza real. La cúpula del pequeño baño turco brillaba como una piedra preciosa, y el puente de mármol parecía aéreo; tanta era la delicadeza con que se destacaba sobre el fondo de los árboles, entónces en todo el esplendor de su follaje. El olor de los tilos llenaba el ambiente como aroma de pebetesos;

el emperador tenía tal predilección por ese perfume que pisaba infaliblemente en Tsarskoe Selo el tiempo que duraban estas flores, á fin de gozar plenamente de su aroma suave. Los cisnes nadaban por el lago; no se estaba aislado en medio de este inmenso jardín inglés, y sin embargo se podía hallar en él la soledad.

Cleopatra tenía necesidad de paz y de silencio. Dejó las orillas del lago, donde algunos paseantes, ya aislados, ya en grupos, la amenazaban con encuentros ociosos, y se dirigió hacia una calle de árboles poco frecuentada de ordinario, del lado de la gruesa torre, falsa ruina, que forma una de las puntas del parque. Allí estaba bien segura de no ver más que niños, acompañados de sus nodrizas.

La sombra y la frescura eran ya apreciables á esta hora, porque el sol brillaba desde hacía largo rato en el cielo, suavemente azul. Un vientecillo hacía estremecer las hojas, trayendo por instantes el sonido de las campanas que tocaban á misa en todas las iglesias de la pequeña población.

A medida que avanzaba, Cleopatra sentía que se le apaciguaba la cólera y la invadía

la pena. ¡Qué desgracia era ser pobre! ¡Qué desgracia no estar por cima de aquella sociedad orgullosa, llena de preocupaciones, hinchada de ridiculeces, cuyos fallos eran más irrevocables que los de los jueces porque en los de estos puede el Emperador intervenir con su indulto! ¿Y quién se ha rehabilitado jamás de una sentenciapronunciada por el mundo?

¡Estar por cima de todo esto! ¡Desafiar los juicios inicuos, imponer la ley á su vez, y entonces, llegada al poder, ser buena, indulgente, tener piedad de los que se engañan, piedad sobre todo de aquellos que son condenados tender la mano á los calumniados, y decir orgullosamente: «¡Esto se hará, porque yo quiero! ¡No llegaría nunca el día en que una mujer de corazón, que hubiera sufrido mucho, se encontrara á su vezentre las dispensadoras de gracias y de beneficios!

—Camina usted de prisa, señorita, dijo cerca de ella una voz que la hizo entremecerse.

El estaba frente á ella, el que podía dárselo todo; escoltado de su fiel perro blanco, que se había detenido también, con el hocico olfateando su mano enguantada, él la miraba con singular expresion de interés.

Ella undió en aquellos ojos de señor sus ojos húmedos de vasalla enamorada, y se atrevió á posar la mano sobre la cabeza del lebré, que la miraba con dulzura.

—¡Parece usted muy conmovida le dijo el hombre, impelido por la necesidad de conocer la clave de aquel enigma viviente.

¡Quién sabe! acaso acababa ella de reñir con aquel á quien amaba en secreto... Boris queria saber si verdaderamente ella amaba ocultamente á algun hombre, cuyo nombre él ignorase.

—He tenido un disgusto esta mañana, respondió ella sin apresuramiento. Su Alteza Imperial es sobrado bueno por reparar en ello.

—¡Sus ojos han llorado! dijo él sonriendo. Y se puso á marchar lentamente en la direccion que ella traía. El perro blanco, bajando la cabeza, como los de su raza, los seguía, y parecía besar la huella de los pasos de la jóven.

—Hay un infortunio en mi vida, dijo de pronto Cleopatra.

Parecióle que jamás encontraría una ocasion parecida, y que era forzoso ir hasta el fin.

—Esta desgracia es la de ser pobre y depender de otros....

—No, monseñor, añadió con un movimiento muy noble y muy natural, respondiendo así á un gesto imperceptible del gran duque. No puedo ni quiero ser otra cosa que pobre y depender de otro; cambiar de dominio, sería descender; actualmente, á lo ménos, no dependo más que de mi familia.

El sonrió ligeramente, y un pequeño movimiento de su cabeza indicó que estaba satisfecho. E la continuó:

—Pero esta dependencia tiene á veces caracteres muy odiosos.

—¿La atormentan á usted?

—¿Pues no se han imaginado tomar en mal sentido el afecto completamente paterno, que me dispensa el general Neoutof?

El gran duque sonrió francamente esta vez.

—¡Neoutof! ¡Neoutof! ¿molesta á los parientes de usted? No creia á Charamirof tan necio.

—No es él, monsañor.

Boris comprendió, y cesó de reir. Sabia cuanto puede inventar la malicia femenina.

—Eso no es sério, dijo, Neoutof es el hombre más galante del mundo.

—Pues es precisamente por eso.

—La ama á usted mucho. . . . ¿Siente usted alguna amistad por él?

—Muchísima, monseñor. Su conversacion es una de las más interesantes que conozco.

El gran duque se acordó que Neoutof no le volvió á mentar á Cleopatra desde la escaramuza que habian tenido con motivo de ella. ¿Era pues posible que el viejo fuese tan susceptible de celos tratandose de su jóven amiga? En ese caso, el pobre hombre era digno de lástima, porque la señorita Bakhtof no era á propósito para representar el papel de coqueta, esto era evidente.

—Lo que me dice es en verdad muy triste, dijo el gran duque, despues de un silencio. Veo que casi no tiene usted más que un medio para salir de esa situacion difícil.

Los ojos de Cleopatra pedian tan claramente que se le dijera cuál era ese medio, que el gran duque se vió obligado á continuar, á pesar de su ligera turbacion:

—Ese medio es tan fácil que no puedo comprender cómo no lo ha empleado usted hace ya mucho tiempo.

En fin, ya se declaraba. Iba á pronunciar la frase que serviria de punto de partida á Cleopatra para las palabras definitivas. Sen-

tía palparle el corazón tan fuerte, que la jóven apenas podia respirar.

—Lo que la sustraeria á la dominacion arbitraria de. . . de su hermana, si he comprendido bien, seria un matrimonio.

Los ojos de Cleopatra se bajaron de repente; un carmin más vivo coloreó sus mejillas, y pareció en este instante tan bella, que Boris no pudo olvidarla jamás.

—¡Un matrimonio! dijo ella lentamente en aquella vez de terciopelo, potente y moderada á la vez, que completaba tan ricamente las dotes que la naturaleza le habia otorgado. Un matrimonio, seguramente, monseñor. Una muchacha pobre y altiva, como yo, no tiene otro recurso que venderse legítimamente al que le ofrezca más, aún cuando su inclinacion la lleve hácia otra parte.

Boris, á su vez, sintió un vuelco en el corazón.

—Entonces, se casa una con aquel á quien quiere, dijo él con una ligera sonrisa que ocultaba honda inquietud.

—Algunas veces, no se puede una casar con quien quiere, replicó Cleopatra pasando su hermosa mano sobre la cabeza del lebel,

que se puso entre los dos, para solicitar una caricia.

—Entonces es cuando, monseñor, se queda una pobre y dependiendo de otro, y con su secreto.

El gran duque debería haberse tenido por advertido; pero su instinto extraño de hombre á quien todo le sale bien, de casi soberano que apenas conoce obstáculos, le impelia á ir más adelante aún.

—Si es cuestion de inferioridad de fortuna, se puede arreglar, dijo él con bondad.

Ella sacudió la cabeza.

—Si es inferioridad de posicion social, hay tambien remedios para eso. continuó él, pero apenas puedo creer que haya usted puesto los ojos en algun inferior. . . . aunque seguramente no faltan jóvenes oficiales, aunque oscuros, llenos de méritos. . . . Me seria agradable hacer algo por su dicha.

Ella bosquejó uno de esos gestos semihumildes, con los cuales se dan las gracias á los soberanos por sus favores.

—Su Alteza imperial está lleno de bondad y de delicadeza. El general Neoutof me lo habia ya dicho, así lo sabia de antemano; pero su bondad nada puede hacer por mí. . .

El la miró perplejo. Aquel hermoso rostro cubierto de pudor, desmentia estas palabras modestas.

—Lo siento, dijo él turbado. Hubiera querido saber que era usted dichosa con el esposo que eligiera.

—¿Lo hubierais querido, verdaderamente, monseñor?

Su voz se velaba, como Cleopatra misma. El la miró y vió que palidecia mortalmente. Tuvo piedad de ella, al propio tiempo que una viva satisfaccion de amor propio que le penetraba de parte á parte.

—Lo hubiera querido, repitió él, si su dicha hubiera consistido en esa union; pero si no puede encontrarla. . . .

—Mi reino no es de este mundo, murmuró débilmente Cleopatra, cuyo orgullo no queria soltar presa ni aún en la hora decisiva.

El gran duque la miró durante un segundo con ojos de verdadero amante enamorado, y durante este segundo, la amó, en efecto, apasionadamente.

Ya ella estaba en su mano, estaba él seguro ahora de ella; una palabra, y seria de él. . . . Casi tuvo ganas de intentarlo. Mien-

tras que vacilaba, ella tuvo conciencia del peligro que corría, porque no estuvo segura de no sucumbir.

—Soy orgullosa, monseñor, dijo la jóven recobrando el dominio de sí misma; mi dignidad y mi honor son mi único patrimonio. Una y otro son inseparables. Yo sabré sufrir en silencio, como ya he sufrido, y ninguna humillación podrá alcanzarme, porque yo estoy por cima de las ofensas, como vos, monseñor, por cima de todos nosotros.

Le hizo una verdadera reverencia de corte y quiso alejarse, por más que esto fuese contrario á la etiqueta. El extendió la mano para detenerla.

—Espere, señorita, le dijo, quisiera en verdad saber que es usted dichosa, porque lo merece.

—¡Dichosa! exclamó ella con una sonrisa amarga; no sabeis lo que me desea, monseñor.

El tuvo unas ganas violentas de atraerla á sí y de besarle los labios desdeñosos. No hubiera sido hombre si no hubiese experimentado este impulso; pero era un hombre honrado, y esta loca idea no hizo más que atravesar su cerebro.

—Déjame, sin embargo, decirle, señorita, que siento por usted un afecto sincero; mi amigo Neontef es en parte constante de él sépalo bien; y si alguna vez tiene usted necesidad de poner á prueba este afecto, sabré manifestarme para con usted como un amigo verdadero....

—Es demasiado el honor que me dispensa Su Alteza Imperial, respondió Cleopatra inclinándose.

La saludó y la dejó, marchando con pasos breves. Su perro quedó un instante indeciso, no sabiendo si debía seguir á su amo ó permanecer bajo la hermosa mano que acababa de acariciarle; al fin volvió la cabeza hácia el gran duque, y se unió á él con su trote largo, la cabeza baja, como quien no camina completamente contento.

Tampoco Boris y Cleopatra estaban contentos. Ella veía con desesperacion que la ocasion se le iba; él se vituperaba de haber dicho tanto y tan poco. Pronto pensó en otra cosa; más ella no cesó de revolver en su cabeza los menores intidentes de su conversacion.

Poco á poco se hizo la luz en el espíritu de la orgullosa doncella. Despues de todo,

era ya prodigioso que él se hubiera mostrado tan afectuoso hasta aquel punto con ella. No había sido un fútil coloquio de corte, había sido una conversacion amistosa, muy íntima de un amigo que olvidaba voluntariamente las distancias.

Un amigo, era poco, sin duda; él no había comprendido, preocupado quizás por otros pensamientos, la declaracion velada de Cleopatra. La comprenderia mas tarde, ella sabria forzarlo á comprenderla, por aquel dia, era bastante que el la hubiera dado la seguridad de su amistad. . . . La jóven queria cesarse, y lo consiguió al cabo.

Volvió á su casa, con los ojos brillantes, los labios encendidos, fortalecida por la marcha, arrebatada, por decirlo así, á otros mundos. En efecto, ¿no se acababa de abrir ante ella la puerta de un mundo nuevo?

Irene había tenido tiempo de reflexionar, y la increíble accion de su hermana se le había aparecido en toda su claridad. Los dedos de Cleopatra rozando su mejilla, habían tenido intencion de insultarla, no podia dudarle; no era una caricia, sino un bofeton, y como sucede entre los hombres, basta con

indicar el ademán para que la ofensa sea considerada como sufrida.

Esta señorita pobre se había olvidado del respeto que debía á su hermana rica. Esto merecia un castigo. é Irene no retrocedia jamás ante la necesidad de hacer mal á otro. Mientras que su espíritu inventivo ó la casualidad le hubiesen sugerido el medio de hacer mucho mal á aquella enemiga, tanto más odiaba cuanto que la tenia más cerca, se contentó con guardar un silencio altivo cuando estaban solas, conservando, sin embargo, su actitud ordinaria en presencia de Charamirof, que nada sabia, y que hubiese vituperado grandemente á su mujer si hubiese podido sospechar la verdad.



Había terminado el almuerzo, y los tres convidados se habían sentado sobre el terrado de la casa, que daba por cima de la calle, cuando en esta se oyó un ruido singular. Un organillo tocaba el *Miserere* del *Trovador*, acompañado de una cornamusa de nacionalidad dudosa, resaltando sobre esta música, gritos lastimeros, semejantes á los de un niño, que resonaban á intervalos desiguales.

Charamirof, muy sencillo por naturaleza,

no pudo resistir al placer de inclinarse sobre la balaustrada, para ver la causa de estos sonidos tan extraordinarios. Al final de la calle, campesinos y criadas estacionaban delante de una panadería, rodando un pequeño carruaje tirado de un flaco caballo. La distancia y la multitud impedían al príncipe distinguir lo que llevaba el carruaje; pero las grandes carcajadas que salían por momentos del grupo de espectadores, le daban idea de que lo que allí pasaba sería muy chusco.

Kamoutzine apareció por la esquina, y se mezcló con la multitud, la que se separó respetuosamente ante un oficial de la guardia.

—¡Vaya! dijo Charamirof, si Kamoutzine toma parte, va á ser delicioso.

Lo que era causa de tanta espectación no se presentaba, sin embargo, bajo un aspecto cómico. Las gentes se dispersaron con un acatamiento triste, y el mistificador se quedó casi solo con las músicas y el propietario del cochecillo.

—¡Cómo! dijo Kamoutzine, ¿no os da vergüenza de atormentar á una desgraciada bestia?

—Señorita! observó el músico de la cornamusa, ¡si es para que hable!

—¡Para que hable! ¡qué bestias sois vosotros! ¡Si yo os pusiera desnudos ante la boca del horno de ese panadero! ¡berrearíais vosotros entonces?

Los tres hombres se miraron cortados. Mientras tanto, la víctima se retorcia en el polvo de la calle con gemidos lastimeros.

Era una foca pequeña, tamaño de un niño de dos años; sus ojos humanos, su simpática fisonomía, que expresaba el dolor y el temor, constituían un real objeto de compasión.

Kamoutzine no tenía piedad con los hombres, pero sí ternura y piedad con los animales. Se inclinó sobre la pobre bestezuela, que le miró con dulzura y abrió su boca, de donde no salió ningún sonido.

—¡Sois unos imbéciles! dijo tranquilamente Kamoutzine. Este animal ha debido costaros algo, á menos que lo hayais robado. Os produce dinero, y vais á dejarlo morir por falta de agua. ¡Vamos! Venga agua, pronto.

—Pero señorita, si la hay en su baño.

Era un baño de niño, con la capacidad para que el desgraciado animal pudiera volverse. Estaba apenas lleno hasta la mitad de una agua turbia y amarillenta.

—¡Eso es agua! merecíais que os la hicieran beber, dijo Kamoutzine sin perder su sangre fría. Cerca de aquí hay una fuente, pedid un cubo al panadero, que no os lo rehusará, y traédmelo lleno hasta los bordes; lavais el baño, y lo llenareis de agua limpia. ¡Vamos! pronto.

El agua fué traída inmediatamente; Kamoutzine vertió con precaucion el contenido sobre la bestia agonizante. A medida que el agua chorreaba sobre su cuerpo en delgados hilillos, la foca volvía á la vida y hacia movimientos de bienestar; cuando su cuerpo, lavado del polvo que le formaba un betún amarillo, apareció brillante, casi negro, se irguió sobre la cola, y ejecutó espontáneamente el balanceo que habia aprendido á palos.

—¡Oh! ¡vean ustedes como baila sola! dijo el hombre que tocaba la cornamusa. Es que está contenta.

—Hay que ser un atajo de imbéciles como lo sois, para que yo, un oficial de la guardia, me vea obligado a enseñaros como se cuida una foca. ¡Vamos, metedla en el baño!

Fué obedecido, y el animalejo manifestó su alegría enroscándose varias veces sobre sí

mismo en el agua clara, después de lo cual, posó su cabeza sobre el borde del baño, y fijó sobre Kamoutzine sus ojos inteligentes y buenos.

—Sí, dijo el oficial, querrias darme un beso. Dentro de un rato, cuando estés un poco más seca. Seguidme vosotros, ahora soy yo quien va á mostrar estas curiosidades.

—Pero, señoría, dijo el propietario retorciendo en sus manos una gorra grasienta, perdemos tiempo, y esto nos impide ganar dinero.

—Si decís una palabra, hago que os recojan la foca, porque la habeis robado, lo sé.

No dijeron ya nada, y le siguieron sin resistencia.

La calle estaba casi desierta, porque al ver que un oficial intervenia en aquel asunto, que ehaba á perder infaliblemente sus planes, los espectadores se habian metido en sus casas. Charamirof habia contemplado desde lejos con interés las idas y venidas en torno del carruaje, sin poder fijarse en la personalidad del héroe de la ventura. Cuando vió aproximarse á Kamoutzine, acompañado de su extraña escolta, soltó una carcajada.

—Te has hecho ahora domesticador de osos! dijo desde lo alto del terrado. No te faltaba más que eso.

—No es un oso, es una foca, respondió Kamoutzine deteniéndose. Empiece la música. Veamos lo que sabeis hacer.

Comenzó el terrible estruendo, pero al segundo compás, mandó el oficial que callara.

—Ya basta, estais juzgados. Y ahora, mi jóven amiga preséntate á la honorable sociedad, y manifiesta tambien lo que sabes hacer.

La foca, advertida por un ademán de su amo, sacó del baño su fina cabeza, y se irguió con un balanceo cómico.

El mal humor de Irene no pudo resistir. Era aquello de un mal gusto deplorable, pero Kamoutzine y su protegida eran verdaderamente muy chistosos. Cleopatra sonreia sin decir nada.

—¿Era por eso, dijo el príncipe, por lo que ya te veia revolver en torno de ese coche? ¿Qué ibas á hacer? ¿Pensabas comprar ese animal?

No, respondió Kamoutzine, le salvaba la vida haciéndola beber. Ya sabe que está escrito. Cada vaso de agua os será devuelto centuplicado; me preparo el paraiso, porque

es á cántaros como ha recibido este prójimo mis beneficios.

Esta broma irreverente hizo fruncir el entrecejo á Irene, que era muy religiosa; pero Cleopatra dejó caer sobre Kamoutzine una mirada más dulce que de costumbre. Se sentía ablandada; la coraza de indiferencia de que se había revestido ántes, se descomponía pieza á pieza; comprendía que no se podía vivir de desden y de ambicion, y que, á veces, es menester que se derrita el alma, aunque sea en lágrimas.

Sus ojos estaban verdaderamente húmedos cuando pensó que aquel farsante tan temido, tan detestado solamente porque divertía á las gentes, aquel payaso, acababa de hacer una cosa en la que hubieron pensado muy pocas de las personas que la rodeaban ordinariamente, y que ninguna quizás hubiera tenido el valor de hacerla.

—¿Está usted satisfecha, señorita? dijo Kamoutzine, cuya mirada perspicaz había ya leído en el rostro de Cleopatra.

—Sí, señor, respondió la jóven.

—¿Es lástima que el terrado esté tan alto! Hubiera subido para besarla la punta de su

guante, pero es un muro de ladrillos, y no hay donde agarrarse!

—¡Dios mío! pensó Irene ¡qué ridículos y desagradables son! Aquí esta ahora Cleopatra que se deja hacer la corte por ese pillo!

Pero su marido reía, y no se atrevía á pensar en voz alta.

—Finalmente, dijo Charamirof ¡qué vas á hacer con ese animal interesante, pero no muy á propósito para guardarlo en un salón?

—Voy á presentarlo á mis amigos y conocidos.

Y guiñaba el ojo en direccion á palacio.

—No irá usted á llevarlo allí, dijo Irene totalmente horripilada.

—¿Por qué no? Más vale dirigirse á Dios que á los santos. Tengo el pensamiento de darle una carrera; es mi hija adoptiva. Ya saben ustedes que estos seres hablan tambien como nosotros; solo que, más prudentes desconfían de todos y escogen muy bien sus confidentes. Es por eso por lo que nadie los oye jamás. Tengo una idea; voy á hacer que le nombren consejero privado y hacerle construir un baño especial detrás de las estufas. Dentro de ocho dias nadie pensará en él, y podrá filosofar á su sabor. Iré á verle,

y me dará consejos de la más alta sabiduría, porque no desconfiará de mí. ¿No es verdad pequeña?

La foca escuchaba esta mezcla de locura y de escepticismo con oído atento, la cabeza apoyada en el borde de su domicilio, y Kamoutzine, mirando aquellos ojos buenos e inteligentes como ojos de niño, se sentía algo más conmovido de lo que requerían las circunstancias. Se quitó de pronto su gorri-lla de ordenanza, y la tendió á los espectadores del terrado.

—Ahora, señores y señoras, no olviden á un pobre huérfano, que está desterrado además, aunque no por causa política....

Charamirof, riendose más que nunca, sacó de su bolsillo un puñado de monedas de plata, y lo arrojó á la gorrilla. Los propietarios de la foca contemplaron esta lluvia de plata con aspecto embobado, preguntándose con la vista si el oficial tenía intencion de guardarse el dinero para sí ó de darles parte.

—Esto, les dijo Kamoutzine, será para vosotros despues, si os portais bien; si no, yo lo guardo. Vamos, en marcha.

El cochecillo siguió su camino, y aquel singular cortejo desapareció en la primera

esquina. La locuacidad del jóven oficial habia decaído, y bruscamente dejó á su protegida sin dirigirle ni una palabra, despues de haber entregado á sus conductores el dinero que habia conservado en sus manos.

—Ese dinero le servirá para dárselo á sus acreedores, dijo maliciosamente Irene, que habia abandonado la balaustrada hacia un momento.

—¡Por Dios, hermana! exclamó Cleopatra indignada.

—¿Qué hay? Cuando se hace pagar sus deudas por el gran duque, es capaz de embolsarse lo que ha sacado á sus amigos so pretexto de caridad.

—Irene, creo á veces que eres mala, dijo el bueno de Charamirof, que era el mejor de los camaradas.—Sé que lo que has dicho es una broma; pero hay bromas que perjudican....

La dama no disputaba jamás con su marido; habia reconocido desde luego que la sumision es necesaria á aquellos de quien se depende. Le hizo una amable mueca, seguida inmediatamente de una sonrisa.

—Miren al infame como me riñe, dijo.— ¡Oh! ¡qué horror!

Charamirof estaba aún bajo la influencia de la luna de miel, y besó larga y tiernamente la mano de su esposa. Cleopatra se alejó sin afectación. ¿Qué tenía que hacer ante aquellos dos enamorados?

Cerca de las cuatro, el general Neoutof hizo su aparición ordinaria. Irene había dispuesto convenientemente sus baterías, haciendo sentar á los que llegaban, de modo que su hermana estuviese, por decirlo así, bloqueada en un rincón desde donde no podía salir sino practicando un movimiento circular considerable, alrededor de las sillas. Distraída por sus preocupaciones, la jóven no había notado aquel asedio. No sospechaba las mezquindades de la vida, y este mismo desden de las precauciones defensivas era el que la había valido en otro tiempo su reputación de bobería.

Cuando Neoutof entró, Cleopatra comprendió que una estrategia sagacísima le había quitado por aquel día la posibilidad de hablar con su viejo amigo. Pero no retrocedía ella jamás ante una acción que juzgaba útil ó conveniente; sin demasiada vivacidad, con su dignidad habitual, la jóven se levantó, salió de entre los grupos, y en el momen-

to en que Neoutof se inclinaba delante de la dueña de la casa, se halló detrás de él, de modo que el general la viese al volverse para buscar un sitio.

Los ojos de Irene fueron como una centella para Cleopatra; pero la entrevista de la mañana había dado á ésta fuerzas nuevas; sin inquietarse de las miradas de su hermana ni de la turbación que alteraba su voz al hablar á sus visitantes, la jóven llevó al general aparte, á dos sillones de junco preparados para los coloquios de Charamirof con su mujer.

—¡Es un verdadero raptel dijo Irene en esa voz ni alta ni baja, que se oye sin embargo desde muy lejos.

Los tertulianos sonrieron con benevolencia. ¿Quién hubiera osado murmurar de la amistad que Neoutof dispensaba á la bella Cleopatra?

Esta había oído las palabras de su hermana, las que le decidieron á obrar según lo que había resuelto.

Cuando instaló confortablemente al general, que andaba con dificultad, le miró un instante con una expresión extraña, mezclada de piedad, de sentimiento y de afecto. El

anciano, dichoso, se calentaba á aquel sol, y saboreaba la alegría de estar cerca de él.

—General, le dijo Cleopatra, mi hermana acaba de decir que yo le he secuestrado.

—Es eso muy halagüeño para mí, respondió él con su voz un poco gruesa.

Bajo sus cejas blancas, sus ojos muy oscuros, miraban á la jóven con inefable complacencia.

—No lo es para mí, repuso ella. Una amargura mal contenida contraía las comisuras de sus labios altivos.—No adivinaria usted lo que mi hermana ha inventado contra mí ayer.

—¿Cómo es eso? ¿No está amable con usted? dijo el viejo en un tono menos sorprendido que el que hubiera hecho suponer la forma de la pregunta.

Sin responder directamente, Cleopatra continuó:

—Se pretende, á lo que parece, general, es ese se incomprendible, que se achaca á todas las malas acciones, del que yo hablo, se pretende que la amistad que me dispensa me trae perjuicios. . . .

Neoutof se estremeció. ¿Era esto posible? ¿También aquí? ¿Esta ridícula acusación ha-

bía de perseguirle siempre? ¿Un hombre de setenta y dos años no podría encontrar una alegría inocente en el trato de una persona tan honrada como bella; sin que la malicia de algunos, de una sola mujer quizás, viniese á ponerle obstáculo?

—¿Espero, dijo en voz alterada, que no se dejará usted influir por semejantes patrañas?

Ella le respondió con su más hermosa sonrisa, y posó su mano blanca sobre el brazo del sillón de él.

—¿Influir? no, dijo Cleopatra. A Dios gracias, general, le respeto bastante para no dejarme influenciar de ese modo. Pero perdone la franqueza de mi lenguaje, me han puesto en situación de renunciar á estos coloquios, que constituyen el mejor de mis placeres. . . .

—¡Y de los míos! exclamó Neoutof muy conmovido. ¡Cómo! ¿privarme de su trato cuando es usted la alegría y el sol de mis viejos días? ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia! añadió por lo bajo.

Verdaderas lágrimas, pequeñas, y por decirlo así concentradas, habían brotado en sus ojos fatigados del trabajo y los cuidados. Cleopatra volvió la cabeza; sentía también

mojarse los suyos, y no queria dar á su hermana que la vigilaba con la mirada, aunque sin poderla oír, la satisfaccion de saber cuán aguda era su pena.

—General, expuso Cleopatra, le suplico que no se ponga triste; eso me desgarraría el corazón. Su amistad me es infinitamente preciosa, y me honra tanto cuanto me es querida. No puedo renunciar á ella, ni renunciaré jamás. Que mi hermana le falta al respeto, echándole de su casa, es cosa suya. En cuanto á mí, no puedo decirle más que una cosa: cualesquiera que fuesen para mí las consecuencias, yo le conservaré siempre mi afecto, tan puro, tan luminoso como el sol que nos alumbra, y nada me hará cambiar.

El rostro tranquilo de Cleopatra se había animado mientras hablaba con una belleza tan nueva para Neoutof, que éste quedó mudo delante de ella.

El general se levantó sin que le ayudase su amiga; una animación extraordinaria le había devuelto su vigor, y ya no sentía ninguno de sus padecimientos. Apoyado apenas en su bastón, se mantuvo en pie delante de Cleopatra sorprendida.

—Señorita, le dijo en voz extrañamente juvenil y vibrante, soy un viejo que ya no tiene en la vida ninguna pretension. Mi juventud ha sido consagrada á mi patria y á mi soberano. Jamás he sido hermoso, sería ridículo por mi parte querer ser para las mujeres otra cosa que un amigo, quizás un guía. Ahora bien, tampoco he sido ridículo jamás, á lo menos que yo sepa.

Se había erguido mientras hablaba, brillaban sus ojos, y su estatura pequeña parecía tan alta como la de Boris.

—No podría, pues, sin ser odioso á mí mismo y á los demás, pretender representar el papel de esposo. Pero si, tal y como soy, con mis imperfecciones y mis defectos, usted quisiera hacerme el honor de aceptar mi mano, sería hasta mi muerte, que sin duda no está lejana, el más fiel y el más leal de sus servidores. . . .

Y se inclinó al terminar con aquella gracia legendaria que hacía decir al hablar de él: «Bien se conoce que ha sido en otro tiempo paje de la gran Catalina!»

Cleopatra se quedó cortada. Esperaba tan poco una proposición tal, que la sorpresa en ella, dominaba toda otra emoción. En pie,

con la cabeza descubierta. Neoutof esperaba respuesta.

—En verdad, dijo la jóven, no sé qué decirle... El honor que me hace...

—Dejemos á un lado palabras inútiles, dijo él entrando de pronto en la vida real, y volviendo á ser el hombre de mirada clara, de impresiones terminantes. Si usted ama... si usted ama á algun hombre con quien se pueda casar, repuso con una intencion discreta, aunque marcada, entonces nada he dicho. Seré amigo de su marido, como lo soy suyo, sin segunda intencion, puesto que no tengo pretension alguna. Pero si la situacion que le han creado aquí, es, como lo creo, intolerable, si no ha cogido, segun me parece, ninguna solicitud que la permita pensar en casarse... entonces tome usted en consideracion la demanda que depongo humildemente á sus piés. Pronto morirá, Cleopatra; añadió, sin que nada denotase en él la emocion experimentada al pensar en este desenlace necesario. Quedará usted vinda jóven, bella, rica, ¿qué quiere usted que haga de mi fortuna si no sirve para hacerla dichosa? Se casará usted entonces con un hombre amable, que escogerá á satisfaccion y bendecirá

de vez en cuando la memoria de su pobre marido viejo, que le habrá dado lo que él propio no tenia: la dicha de amar y de ser amado sin otro interés...

Hablaba alegremente, en su voz ordinaria, y Cleopatra no sabia qué debia admirar más, si la generosidad ó la filosofía sonriente que la permitia hablar de sí mismo como lo hubiera hecho de otro.

—General, dijo ella por fin, me ha sorprendido mucho el lenguaje que ha empleado, para que yo pueda contestarle inmediatamente. ¿Quiere usted darme veinticuatro horas para que medite?

—Es muy justo, respondió él, saludándola con la extremada deferencia que le hacia tan agradable á las damas.

—Veinticuatro horas es quizás mucho reposo Cleopatra, espero poder responderle antes de ese plazo.

—En su interés, observó él, no sabré insistirle bastante para que se dé prisa. En la situacion en que está usted con su hermano, á lo que me parece, una gran rapidez seria el mejor medio de evitarse conversaciones desagradables.

—Y si no debemos vernos más, añadió con un suspiro, más valdrá que lo sepa pronto. No se entienda, compéndalo bien, que trate de representar el papel de los enamorados como usted; pero había adquirido una costumbre tan dulce en verla y oirla, que si debo renunciar á ella, vale más cortar por lo sano. Si me responde que no, me volveré inmediatamente á mi antigua casa de provincias. . . . Allá tengo una pajarera con ruiseñores que se aburren quizás de no verme.

La saludó por última vez, se acercó á Irene, á quien dirigió algunas excusas por su marcha precipitada y se retiró tan sencillamente como de costumbre.

Cleopatra se había acercado al círculo de tertuliantes, sin querer notar las miradas de su hermana, tan penetrantes y tan crueles como la punta de un taladro. Apenas trató de ocultar la preocupacion que se había apoderado de ella. ¿Qué la importaban ahora las malicias y los sarcasmos? Tenía en sus manos el medio de reducir las á la nada.

Peró su sueño ¿adónde iba á parar? La entrevista que había tenido por la mañana con el gran duque, la que, despues de meditada, había más bien alentado que destruido

sus esperanzas, ¿debía quedarse sin producir frutos?

Pasó revista mentalmente á las menores palabras de aquella entrevista y nada le pareció ménos animoso. Boris había deseado verla casada con otro, aunque este otro fuera un jóven oscuro.

La venda cayó de los ojos de Cleopatra. Ella había dado un sentido distinto del real á aquellas frases llenas de benevolencia solamente. . . . Se había engañado, esto estaba claro y ahora el sueño concebido por su orgullo juvenil se desvanecía en humo hácia el cielo azul.

La hablaban y respondía, sin darse cuenta de lo que la decían, ó de las palabras que salían de su boca. El trato social suplía en ella la falta de atencion en tales circunstancias, y nadie notó que el alma de ella estaba ausente en estos coloquios.

En fin, los visitantes se retiraron; Irene condujo á los últimos hasta la entrada del salón, y tornó al terrado, donde su hermana se había quedado, sumida en su meditacion dolorosa.

—Vaya, te han hartado hoy, dijo en tono

maligno; espero á lo menos, que has adelantado en tus negocios.

—Más de lo que piensas, respondió Cleopatra dejándola.

Neoutof se habia ido con el corazón palpitante como si tuviera veinte años. Los sentimientos que le animaban en favor de la hermosa señorita de honor eran más complejos que lo que él se confesaba á sí mismo. Se figuraba no experimentar por ella más que la amistad de un anciano hácia una jóven amable, algo de parecido al afecto de un tío por su sobrina. Pero en su interior, comprendía bien que un tío no es celoso, y que no se le sube la sangre al rostro al pensar en su sobrina.

Con efecto, Neoutof estaba celoso. La actitud de Cleopatra no le habia parecido que era la de una persona cuyo corazón está libre; su instinto le hacia presentir un misterio en el modo con que ella habia acogido una oferta que hubiese llenado de satisfacción á una muchacha indiferente. Mientras que sus caballos le llevaban alrededor del parque, sitio de su paseo ordinario ántes de comer, rebuscaba en su mente singularmente

clara y activa, las circunstancias que habian podido despertar sus celos.

De repente se hizo la luz en su espíritu. Desde el día en que el gran duque se habia bromeado hablando de Cleopatra, Neoutof habia sentido ese malestar, precursor de los celos. El nombre de Kamoutzine se habia pronunciado, pero Neoutof se habia acogido de hombros. ¿Era entonces Boris?

El general dió orden á su cochero de retroceder, y veinte minutos despues ya estaba en Palacio. El gran duque acababa de entrar y accedió á recibirle. Neoutof subió la escalera brabamente; no se acordaba de haber padecido jamás de la gota, y cuando entró en la habitacion de su imperial amigo, su baston hirió el suelo de maderas preciosas como el de un bedel de Catedral.

—Me alegro de verle, amigo mio, le dijo Boris con la indolencia afectuosa de un hombre cansado de todo. ¿Qué buen viento le trae por aquí?

—Me he tomado la libertad de molestar á Su Alteza Imperial, respondió Neoutof en su voz más sonora, porque tenia que comunicarle una noticia de la más alta importancia para mí solo.

—¿De veras? Siéntese, pues, querido amigo.

El veterano tomó asiento en un sillón, cruzó las dos manos sobre el puño de su bastón, y miró á Boris en el fondo de los ojos.

—Hace un momento, dijo, he cometido la locura más grande de mi vida, ó el acto más grande de prudencia, según decidan las circunstancias....

—Debe ser muy prudente ó muy descabellado, dijo el gran duque sonriendo, porque yo nunca le he visto hacer á medias las cosas.

—Su Alteza Imperial juzgará. Acabo de pedir la mano de la señorita Cleopatra Bakhtof.

Boris se estremeció y miró al conde con atención. Sus miradas se cruzaron y esta doble mirada fué sostenida con igual firmeza por ambas partes.

—No necesito preguntarle si lo ha meditado, dijo el gran duque con extremada solícitud.

—No lo he pensado interrumpió el general con vivacidad. Esa jóven, tan bella co-

mo inteligente, es desgraciada; su hermana le da una vida insoportable.

—Es una linda arpía, dijo Boris sonriendo.

—Es una alimaña de la peor especie y la vida de la señorita Bakhtof no es más que un infierno. Tenia yo mucho gusto en verla, y la ha presentado como un crimen mi amistad. No tiene fortuna, pero es de una gran familia. Su padre era un bravo militar que estuvo á mis órdenes. Al casarme con ella, reparo una injusticia de la sociedad. No siento más que una cosa, y es no tener cuarenta años menos.

—General, dijo el gran duque, es usted un hombre de bien, cosa que ya sabia ántes; pero tiene además un corazón bueno.... lo cual me satisface cumplidamente.

Neboutof se inclinó en silencio. Advertia una restriccion, un misterio, algo de indefinible en la actitud de su imperial amigo.

—Siento personalmente la mayor simpatía por esa señorita, continuó Boris lentamente, tratando de tantear el terreno, porque no podia saber si Cleopatra tenia ó no intencion de mantener oculta su entrevista con él por la mañana.

—Yo se lo he dicho de modo que compren-

diera que tenía en mí á un amigo, y espero que lo habrá comprendido. Si fuera una persona ordinaria, lo que quiere usted hacer sería absurdo; pero con las cualidades de la señorita Bakhtof, es para ella una de las soluciones más honrosas y para usted la seguridad de la más amable compañía.

Neoutof le escuchaba sin darse por satisfecho. Nada le probaba que el gran duque no experimentara ningún sentimiento más vivo que la amistad por Cleopatra.

—Hay, repuso el general, matrimonios de este género que son la vergüenza de las familias de ambas partes. . . . No puedo admitir que el mío entre en el número de estos. He ofrecido mi mano á la señorita Bakhtof, y no la aceptará, estoy seguro de ello, sino en el caso de que se crea absolutamente libre de todo compromiso, ya moral, ya material.

—¿Pero no ha aceptado?

—Me ha pedido veinticuatro horas para pensarlo.

—Mas vale así, ciertamente, desde todos los puntos de vista. . . . Pues bien, amigo mío; continuó Boris pasando afectuosamente su mano sobre el brazo de Neoutof, á quien se había acercado, se casará con usted, y le da-

rará toda la dicha que pueden traer á su casa su gracia y su belleza.

Neoutof se levantó y hundió una vez más sus miradas penetrantes en los ojos del gran duque.

—No quiero ser ridículo, dijo. Si alguna vez se arrepiente de lo que ha hecho, exigiré de ella una confianza absoluta; soy viejo, la vida es poca cosa para mí; sabré morir para devolverle su libertad, pero no aceptaré ser una de esas pantallas de la corte, al abrigo de las cuales se abrigan las intrigas. . . .

Boris tendió su mano leal á su antiguo amigo.

—El carácter de la señorita de Bakhtof le garantiza así el porvenir como el presente, le dijo. En cuanto á mí, Neoutof, yo le deseo toda la dicha que merece. Tenga usted la bondad de decir á su futura, porque no dudo que lo sea desde mañana, que me servirá de contento el ser su padre honorífico en su boda.

El general, completamente tranquilizado esta vez, estrechó vigorosamente la mano de su amigo, y salió con la cabeza erguida, con el baston resonante.

Después de su marcha, Boris quedó pen-

sativo; por la ventana abierta veía la cabeza de la enorme torre cerca de la cual había encontrado á Cleopatra aquella mañana; la copa de los árboles se redondeaban en torno, doradas por el sol; el perfume de los tilos penetraba en oleadas unido al de las rosas; una languidez de todo el ser sucedía á la actividad de las horas del día. No era todavía noche, apenas eran las cinco y media de la tarde, pero las emociones de aquel día le habían fatigado. Boris se apoyó sobre su bufete y contempló el delicioso paisaj, á la vez pintoresco y mundano, apropiado á una familia de soberanos.

Hubiera él querido estar libre de todo cuidado, é irse como un simple particular por las avenidas del bosque contiguo al parque; no tener que dar cuenta de sus faltas á nadie, no tener deberes más que para sí. . . . Cleopatra le amaba no obstante. . . .

—Soy un ingrato, dijo entre sí, despues de un instante. En realidad, soy tan libre como cualquiera otro. Pero, ah! señorita Cleopatra; un día llegará en que amaré á otro. Ese día encontrará usted que he obrado como un tonto. . . . quizá pensará que me he portado como un hombre de honor.

Llorará, me maldecirá quizás, se casará con Neoutof y gastará mucho dinero. . . . Es ese un modo, como otro cualquiera, de ser feliz.

Sonreía al pensar en estas cosas, se levantó y dió una vuelta por la habitación algo desamueblada en que estaba; no era su estancia ordinaria, y pocos objetos familiares estaban bajo su mano. Pasó á su dormitorio, y volvió con un libro precioso, que llevaba con respeto.

Era un ejemplar de los Evangelios en eslavo, impreso en vitela; la encuadernacion de orfebrería estaba ornada, según costumbre, de medallones esmaltados representando á los cuatro evangelistas, y en medio á Cristo, predicando, con la mano levantada. El volumen era de un tamaño bastante pequeño para que se pudiese colocar sobre una mesa y servirse de él para rezar.

Boris tomó una pluma, abrió el libro sagrado y en la primera página escribió: "A Cleopatra Bakhtof, dado por Boris."

La firma soberana se ostentaba por bajo del nombre de la jóven; era la primera vez que sus nombres se encontraban así unidos. Aún se encontrarían otra vez en el acta de

matrimonio, que debería él firmar, como testigo; y despues Cleopatra ya no sería nada, nada... para el gran duque Boris...

El propio colocó el libro de los Evangelios en su estuche; llamó á un ordenanza, y le mandó que llevara en seguida aquel presente á casa de Cleopatra.

Charamirot tenía por costumbre comer temprano; acababan de levantarse de la mesa cuando llegó el mensajero de Palacio.

El pesado paquete fue remitido á Cleopatra "de parte del gran duque Boris," en presencia de su hermana y de su cuñado.

Palpitábale fuertemente el corazón mientras que quitaba la envoltura del estuche. ¿Qué podía enviarle así públicamente? Un instante tuvo la loca idea de que podía ser una corona..... Pero cuando el estuche dejó ver las imágenes santas, lo comprendió todo, y se puso palidísima. Su sueño ya destruido, se aniquilaba en menos que en polvo. Boris ponía á Dios entre él y ella, para estar seguro que el honor sería bien guardado.....

—¿Qué quiere decir eso? dijo Irene. ¿Estás en tan buenas relaciones con el gran duque?

Cleopatra había abierto el libro y había leído el nombre de él..... Cerró el volumen y dijo en voz firme:

—Esto quiere decir que me caso con el conde Neoutof, y este es el regalo de boda que me hace su amigo.


Cleopatra tendría además la gran consideración que llevaba consigo el general Neoutof, y en una corte muy jerárquica este detalle tomaba gran importancia.

¿Cleopatra estaría por cima de la princesa Charamirof? La nombrarían dama de Palacio probablemente. . . . A este pensamiento, Irene palideció de rabia.

Pero pronto supo notar que aquella brillante medalla tenía un reverso muy sombrío, y esta consideración fué para ella una abundante fuente de consuelos.

El primero y más fácil de conseguir para gozario en el momento, fué burlarse con Cleopatra de la edad y de los achaques de su futuro marido. Mientras que Charamirof iba á pasear su estupefacción por los cuartos de los oficiales de guardias, la princesita se deslizó suavemente junto á la mesa del salón, en que su hermana acababa de escribir un billete. Tomó una labor de tapicería, y se puso á bordar tranquilamente dispuesta á coger una ocasión.

No tardó mucho. Cerrado el billete, fué emitido á un criado para que lo llevara á casa del conde Neoutof.



Irene quedó confundida con esta noticia inesperada. Era todo lo que ménos podía imaginar. No supo qué hacer primero, si regocijarse por un cambio que colocaría á Cleopatra ya casada, en la más difícil de las situaciones, dentro de un mundo en que todo se sabe; hasta lo que no existe, ó si debía deplorar un matrimonio que daba á aquella hermana envidiosa un rango, una fortuna y un título igual casi á los que Irene poseía.

—¿Te cartear ya? preguntó maliciosamente Irene. ¿No os lo habíais dicho ya todo?

—Doy noticia á mi prometido del favor con que acaba de honrarme el gran duque; respondió Cleopatra.

No era rigurosamente verdadero. Mencionábase el regalo en la carta; pero en realidad aquel billete era una aceptación formal de la proposición dejada en suspenso hasta entónces.

—¿Vas á hacer una buena boda! dijo Irene enhebrando su aguja indiferentemente.

—Lo supongo, respondió Cleopatra sin comoverse.

—Pero, querida ¿con qué dinero vas á hacer tu ajuar?

—No haré ningun ajuar. Más tarde compraré lo que me sea necesario.

—¿Necesitarás, sin embargo, un vestido de novia! insinuó delicadamente la princesita.

—Mi tia tiene para esto algunos ahorros reservados. A lo ménos, eso me dijo cuando se compró el tuyo.

Irene se mordió los lábios.

—En fin, dijo ésta, podemos envanecernos de que nos hemos casado por nuestra be-

lla cara..... ¡Estábamos en la miseria, sencillamente!... Sólo que yo me he casado con el hombre á quien amaba; esto constituye una singular diferencia.

Cleopatra no respondió nada á esta frase harta verdadera. Habia resuelto no reñir con su hermana, aunque le dijera todas las maldades.

—Despues de todo, prosiguió Irene, nada se ha escrito sobre gustos..... E hizo una mueca ligeramente sarcástica. Lo que me extraña es que el general se haya resuelto á hacer semejante lecura....

—¿Locura? preguntó Cleopatra sin comoverse.

—Evidentemente. Es un marido ridículo que hará reir ó llorar. Nadie será tan tonto, á no ser él, quizás, que crea que tú vas á llevarle las muletas de paralítico, y á tomar en consideración su dicha ante todo..... Cuando una mujer se casa en condiciones, todo el mundo sabe porqué....

—¿Y porqué pues? Tu sabes, Irene, que soy ridiculamente ignorante....

—Pues para arreglarse una existencia á su gusto....

Cleopatra pareció no haber comprendido.

—A propósito, continuó Irene, dime: yo no sabía que estabas en tan buenas relaciones con el gran duque Boris. ¿Las tenías calladas, ó son cosa nueva?

La orgullosa Cleopatra se sintió herida; su hermana acababa de tocar en el punto débil de su coraza de orgullo.

—Ni el uno ni lo otro, respondió, pero tú te ocupas de ordinario en ver lo que no existe para que puedas ver lo que existe. Desde hace largo tiempo, el gran duque Boris se interesa por mí. No más tarde que esta mañana, habiéndole encontrado, le he dicho cuan difícil me hacías la permanencia en esta casa.....

—¿Le has dicho eso? dijo Irene roja de cólera.

—¿Por qué había de ocultárselo? Es un amigo verdadero, que puede serme útil. Se ha conmovido mucho de mi situación desgraciada, y es quizás él quien le habrá inspirado al general el pensamiento de hacerme salir de ella.

Aquí, la verdad sufría asimismo una ligera compostura; pero Irene no era de esas personas con quienes es prudente proceder con franqueza, esto, á lo ménos, había pen-

sado Cleopatra. El argumento, por otra parte, estaba bien inventado; porque aclara súbitamente el misterio de la oferta extraordinaria de Neoutof.

La princesita se sintió vencida. Como todos aquellos que le son semejantes, tenía interés en pasar por extremadamente buena, indulgente y caritativa. La idea de que su verdadero carácter podía haber sido revelado, y sobre todo, á una persona que pertenecía á la familia imperial, era para ella una especie de espanto. Sin embargo, su terrible lengua quiso darse aun el placer de una réplica.

—Ya que se trataba de elegirte marido, dijo mordiéndose los labios, tu protector podía haberte encontrado uno más.... ¿cómo explicar esto?.... más.... ó ménos.... en fin, otro marido que no fuera ese viejo perro de Neoutof. No tiene mucha presencia, sabes, Cleopatra, tu futuro. Sería adularle decirte otra cosa; tu boda hará reír á mucha gente.

—Temo más bien que despierte hácia mí una conmiseración profunda, puesto que he sido forzada á aceptarla, para librarme de la hospitalidad, dijo la jóven levantándose.

Su mensajero volvió con un lacónico billete de Neoutof.

«Gracias, decía, iré a dárselas mañana; le beso las manos.»

Cleopatra se retiró a su habitación, aquella habitación deseada que debía volver pronto a su hermana, para que en ella instalara ésta el complicado aparato de su vestuario. Sentada delante de su espejo, recordó los pensamientos que había forjado en su campaña, el día de la boda de Irene. ¡Qué sueño había hecho entonces, y cómo se había burlado de ella el destino!

Con la gran crueldad de la juventud que ignora, aun creyéndose que sabe, había condenado su corazón a no latir; había juzgado que sería una inteligencia, servida por un cuerpo soberbio... y he aquí que la suerte le había trazado un camino tan diferente, que no sabía si debía sonrojarse de su antiguo error y llorarlo.

—¡Tú no amarás nunca! había dicho en su interior.—Cogerás a los demás en el lazo de tu belleza soberana.

Su alma se había ablandado; el amor la había tocado con la punta de su ala; no había penetrado en su corazón, pero la imagi-

nación se había dejado seducir, y algo, Cleopatra no sabía ni aún lo que era, se había turbado en sus adentros, que ya no quería calmarse.

No eran los sentidos; era la vanidad adulada, quizás la necesidad de ser amada, que inclina unos hacia otros de este mundo. El amor propio sufría seguramente en la joven cuando vio el nombre de Boris escrita en la página de vitela de los Evangelios; pero algo mejor, algo más noble que el amor propio, combatía en ella además.

—¡Cuánto le hubiera yo amado! dijo entre sí, sin poder contener las lágrimas, olvidando que, un poco antes, había dicho: No amaré jamás.

Ahora, su vida estaba trazada. Como había dicho a Kamoutzine un día... ¡Cuán lejano estaba ya aquel día, martes de carnaval, dentro sin embargo de un año, que aun no había terminado su curso! Como le había dicho, ella sería una esposa impecable, porque la virtud es la mayor de todas las fuerzas.

Contempló en su espejo sus ojos profundos, donde tantos hombres se habían turbado y vio que estaba hermosa, más hermosa

quizás y más tentadora que entonces. Sí, el amor la había rozado, y conservaría el esplendor mágico que da á los que él toca. Tal como era, Cleopatra vió que una existencia nueva se abría ante sus pasos.

Su matrimonio no cambiaría en nada las condiciones de su vida interior; seguiría siendo tan extraña á las realidades como lo era en este momento. Pero el mundo la miraría con otros ojos, un enigma se cernería sobre ella, haciéndola más deseable, más irritante, y todo la sería permitido; los coloquios prolongados, los cuchicheos exasperantes, los discursos que embriagan y las respuestas que desesperan... desde ahora tenía en sus manos un arsenal terrible.

Un movimiento de cólera le hizo temblar. ¡Qué necios y cobardes eran los hombres que la habían desdefinado! Excepto Kamoutzine, hombre desprestigiado, casi decaído, ninguno se había atrevido á ofrecerle su mano. Pero sólo el viejo conde no había cejado ante la responsabilidad de dar su nombre á aquella jóven noble, bella y pobre.... Cleopatra despreciaba á los demás altivamente; podían venir ahora á ofrecerle sus homenajes,.... los que habían retrocedido ante el

pensamiento de casarse con la señorita de honor, pagarían caro sus insolentes declaraciones á la condesa Neoutof.

Se acordó de Boris.... Si él hubiera querido, ¡qué mujer hubiera sido ella para él.... Pero no había querido....

El gran duque la había juzgado mal cuando él se había dicho que quizás ella se burlaría de él por haber desdefinado un tesoro que había tenido en la mano. Cleopatra tenía el alma más alta y más digna. Tomando su Evangelio entre las manos, lo hojeó al azar. Abrióse el libro por el versículo siguiente:

"Oz dejo la paz y os doy mi paz."

Quizás se había abierto muchas veces por aquel mismo sitio, con mano inquieta, por un alma deseosa de reposo....

Cleopatra se hincó de rodillas delante del texto sagrado, y sus lágrimas cayeron con amargura.

—La paz sea contigo, dijo entre sí, tú que pudiste engañarme, como los demás engañan; perderme, como pierden los otros.... La paz caiga sobre aquel que me ha estimado harto para tratarme, no como juguete, sino como

á una amiga.... La paz sea contigo, mon señor Boris.....

Sé levantó, y posando su mano derecha sobre el libro divino, pronunció un juramento:

—Juro al Señor Todopoderoso ser una mujer hourada y leal, y no usar jamás con mi marido de supercherias ni mentiras.

Sus lágrimas se habian secado. Besó el libro y se durmió.

XI

El anuncio de esta boda estalló como un petardo en medio de la sociedad escogida que poblaba la ciudad. ¡Cómo! Cleopatra se casaba con Neoutof, cargado de años, de reumatismos y de gloria?

—Ahora sí que la pueden llamar la "bella indiferente," dijo un galán deshauciado, que no se había presentado como marido á Cleopatra.

La palabra tuvo fortuna, quizás porque era estúpida, y en veinticuatro horas no hubo en Tsarskoe-Selo ó en Pariovick, casa donde no se hubiera repetido media docena de veces.

La señora Bakhtof llegó de su retiro de provincias; la carta de Cleopatra la había producido una sorpresa dolorosa.

¿Era posible tan encantadora jóven, cuyos méritos sólo ella, su tía había adivinado, se resignase á hacer una boda que era como la renuncia á todas las alegrías de la familia durante un período indefinido? La constitucion del general autorizaba á creer que alcanzaria una edad extremadamente avanzada. Cleopatra podia no quedarse viuda sino despues de sus treinta y cinco años, quizá cuarenta....

La excelente mujer comunicó todas estas razones á su sobrina, pero en vano. La jóven le contó, sin atennar nada, lo que había sufrido al lado de Irene. La señora Bakhtof, aun explicándose mejor una resolucion que parecia algo semejante á un suicidio, no dejó de manifestar á la victima que seria mucho más razonable esperar una union más proporcionada á su edad.

—Usted habla segun le ha ido en la feria, querida tía, le respondió un dia Cleopatra, usted se casó con quien amaba.... Yo no podia hacer lo mismo.

Su tía no insistió más, ya porque se cansase de tanta obstinacion, ya porque hubiese descubierto en el corazon de su sobrina una herida secreta que jamás seria revelada á nadie.

De toda la corte y del universo entero, la Emperatriz fué quien tomó más á mal el anuncio de aquel matrimonio desproporcionado. Su alma honrada rechazaba un arreglo tan semejante á un contrato, ignorando los motivos casi desesperados que impulsaron á la jóven á aquella resolucion; no podia comprender lo que le parecia únicamente inspirado por el deseo de ser rica.

Llamó á su señorita de honor y la habló con mucha sinceridad.

—Es un disparate, le dijo. Si tanto deseo tiene de casarse, yo podria encontrarla un marido más jóven y más en relacion con todo lo que la rodea.

—Su Magestad es sobrado buena, respondió Cleopatra. Pero el conde Neoutof es un amigo de tal especie que es difícil encontrar

otro que se le parezca. Estoy segura de ser perfectamente dichosa cumpliendo con mis deberes á su lado.

—Pero señorita, exclamó la emperatriz, un amigo no es un marido.

Cleopatra bajó los ojos. La repetición de esta frase, que todos se la decían, tenía el privilegio de alterarle el humor, no podía hacer más que ocultar lo mejor posible la impresión desagradable, dió á su rostro el aspecto más tranquilo que pudo, y guardó silencio.

—No cuente conmigo para librarla, si alguna vez se encuentra cogida en el lazo que se ha puesto á sí propia, repuso la soberana en tono seco. Se puede compadecer á las mujeres víctimas de las circunstancias crueles, tales como la mala conducta de un marido; pero ya usted ha sido advertida, señorita, y en caso de desgracia, no debe quejarse á nadie.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Cleopatra; parecióle cosa dura ser tratada así cuando no tenía más que un deseo: sepultar su juventud y sus locas esperanzas bajo las obligaciones morales de un matrimonio

que era la renuncia de todo, salvo el rango y la fortuna.

—Perdóneme Vuestra Magestad, dijo sin llegar á dominar el temblor de su voz. Sé lo que acepto, y lo acepto con todo mi corazón. Quizás Vuestra Magestad, que todo lo observa, ha notado ya que las atenciones galantes no me alteran..... Mi vida ha sido muy dolorosa..... Entre el matrimonio y el claustro, he optado por el matrimonio.

—¿Y quién le dice, interrumpió la Emperatriz con un dejo de amargura, que lo que ahora desdeña, mañana no lo apetecerá? Sin embargo, si eso es así, es usted menos culpable..... Yo hubiera preferido, sin embargo, guardarla en el número de mis señoritas de honor..... En fin, usted es libre. Que Dios sea con usted.

La voz de la soberana se había suavizado. Cleopatra besó respetuosamente la mano que le daba libertad, y salió en actitud tan reposada y tan altiva, apenas pasó el umbral de la puerta, nadie pensó en examinar sus ojos, donde aún brillaban las huellas de las lágrimas.

Fijóse la boda para un día lo más cercano posible. La cuaresma de la Asuncion no au-

torizaba que se celebrase antes del día 15 de Agosto; escogióse el diez y seis, y el novio envió á la novia un ajuar tan rico y tan perfecto que durante largo tiempo se habló de él en San Petersburgo.

Un mes puede parecer muy largo y muy corto, según el estado del ánimo del que va pasar los días. Para Neoutof y para Cleopatra, aquellos treinta días trascurrieron muy lentamente. Una especie de fiebre los impulsaba á desear que se concluyera cuanto antes, para que cesaran las habladurías. Las burlas embozadas, los sarcasmos sangrientos, envueltos en cortesía, no dispensaban á ninguno de los dos; con Cleopatra las palabras tenían doble sentido, estando ella obligada no darse por aludida. Con el general se usaba más prudencia, porque sabían que era hombre capaz de dar lo mismo un bofetón que una estocada á cualquier malhadado palanchin. Pero los cumplidos exagerados, bajo su apariencia de sinceridad, rasguñaban á veces de un modo doloroso la epidermis sensible del anciano.

Kamoutzine guardaba silencio, cosa que parecía extraordinaria á los que le conocían; la actitud del gran duque, su señor, se lo or-

denaba oficialmente; pero se había visto jamás que Kamoutzine obedeciera en realidad una orden superior? Bajo su fingida sumision, ¿no se advertía una bravata disfrazada?

Pero esta vez, la disciplina parecía haberle cerrado la boca. En realidad, estaba desesperado. Aquel desenlace imprevisto de sus sueños le parecía la caída en un abismo. Había compartido todas las ilusiones de Cleopatra; más de una vez había creído en su éxito. . . . Lo que él llamaba éxito no era en verdad lo que soñaba la audaz jóven; no había creído ni por un momento que ella pudiese ser llamada á participar de la posición del gran duque; pero había pensado que un matrimonio morganático no hubiera tenido nada de inverosímil, despues de todo; y que esta solución sonreía bastante al espíritu de su señor, y que á falta de otra, la bella ambiciosa se hubiese contentado al cabo.

Pero todo esto se desmoronaba. Lo que había de más enfadosa era que él no podía llegar á saber lo que había pasado. Boris no le había dicho una palabra, y Cleopatra evitaba cuidadosamente toda ocasion de hablar. Por más que se esforzó el hábil cortesano no

pudo saber nada y se agrió su carácter. Jamás comprendió todo el precio de lo que esperaba saber sino el día en que notó que habían sido frustradas sus esperanzas.

Llegó por último el 16 de Agosto. En la capilla de Palacio se había reunido una multitud brillante de oficiales y de damas. En la puerta, el gran duque Boris encontró a la novia, cuya llegada se le había anunciado en el momento en que ella bajaba de su carruaje. El se inclinó en silencio ante ella y la condujo delante del pupitre de los Evangelios, adonde, por su parte, había acudido el conde Neoutof. Ni una palabra, ni una mirada, ni un estremecimiento de manos demostró que jamás hubiese pensado el uno en el otro. . . . Se separaron delante del altar después que Boris entregó á Neoutof á su mujer que desde ahora iba á pertenecerle; el gran duque se retiró un poco hácia un lado, y Cleopatra ya no vió su rostro sino al terminar la ceremonia.

Obedeciendo al deseo formalmente expresado por el general, la jóven se había puesto este día un vestido extraño, original, que convenia admirablemente á su género de belleza. En la delantera de su traje de raso blan-

co se había prendido todos los diamantes seculares de la familia de Neoutof, puestos por su futuro en la canastilla de boda. La pesada tele, que estaba rígida bajo aquella capa de pedrería, caía sin pliegues, envolviendo su tallo de estatua como una imágen bizantina. La corona de flores de azahar se levantaba en forma de diadema, mezclada de flores de diamantes, de suerte que á primera vista parecía el *Cacochnik* ruso. Era un tocado de emperatriz, en efecto, y la belleza de la que lo llevaba era verdaderamente soberana.

— ¡ Ah! exclamó una dama supersticiosa se ha puesto perlas.

Las perlas, en Rusia, son consideradas como símbolo de lágrimas, y de ordinario son proscritas de todo adorno de desposada. Cleopatra no era accesible á tan pueriles temores. Gordos cordones de perlas corrían alrededor de su corsé descotado, rodeaban sus brazos, y caían pasando por los hombros, por su espalda. Eran también las perlas legendarias de los Neoutof y desde la muerte de la madre del general, ya haría sesenta años, nadie las había visto á la luz de las bujías.

— ¡ Está demasiado hermosa! dijo alguien

resumiendo la impresión general, demasiado hermosa y demasiado rica. . . .

— ¡No llame usted á la desgracia! dijo cuidadosamente una dama supersticiosa.

— ¡No hay necesidad de llamarla! respondió un malicioso. Viene sola ¿No ve usted que esa jóven será viuda antes que pase un año?

— Pero eso no será una desgracia, replicó otro.

Y era verdad; Cleopatra estaba demasiado hermosa. Bajó su velo de punto de Inglaterra se entreveían las rosas de sus mejillas, coloreadas por la emoción, y quizás también por el esfuerzo físico impuesto por el peso de su atavío. La ceremonia proseguía su curso, sin que se pudiera impedir el que se hablara de aquella maravillosa desposada, pues nunca se había visto otra parecida.

Ella estaba impassible, en pie al lado de su esposo; hubiérasela creído de mármol sin la coloración brillante de su tez y el esplendor extraordinario de sus ojos.

Cleopatra ejecutaba los movimientos prescritos con una noble lentitud que le hacía aun más imponente, como si hubiera representado un papel de reina en alguna pompa-

sa tragedia. Representaba este papel, en efecto. El hombre que la había desdénado veía cómo ella sabía mantener su puesto al lado de un casi soberano. Por el hábilmente puesto aquellos diamantes y aquellas perlas; por él cumplía con tanta majestad los ritos solemnes del matrimonio. ¡Qué él la viese en su esplendor, y que comprendiese lo que había perdido!

¿Lo comprendió él? Nada supo ella. Cleopatra dió tres vueltas en torno del pupitre sagrado, con su mano en la de su esposo, pero no vió ninguno de los rostros que la rodeaban. Su mirada había tenido la fijeza de los extáticos; las pupilas de un azul obscuro, cuya dilatación duplicaba la profundidad, miraban sin ver. Cuando hubo terminado la ceremonia:

— Dénsese un beso, les dijo el sacerdote.

Ella se inclinó hácia su marido, á quien llevaba la cabeza de altura, y el hombre rozó con sus labios los labios rojos que la jóven le presentaba.

— Es la primera y la última vez, le dijo con cierta galantería triste, perdóneme, lo manda el ritual.

Se les condujo ante las imágenes santas;

se prosternaron, y en seguida fueron felicitados por la multitud de amigos y conocidos. El primero de todos, Boris, se inclinó sobre la mano de Cleopatra, que todavía no se había puesto sus guantes, y se la besó.

—Le doy mi felicitaciones, señora, le dijo en aquella voz suya, grave y llena, que penetraba hasta el fondo de los corazones, y que Cleopatra no había vuelto a oír desde su conversacion al pié de la torre. Cuán remoto le parecía aquel día, y sin embargo, apenas había trascurrido un mes.

—Doy gracias á su Alteza Imperial, respondió ella; y al mismo tiempo se las doy por todas sus bondades.

Por primera vez levantó los ojos hácia él, y en esta mirada, que él esperaba con cierto malestar, no leyó Boris ni dolor ni reproche, sino solamente la tranquila resolución de una mujer que se había trazado un camino en la vida, y que sabía seguirlo.

XII

La casa ocupada por Neoutof estaba completamente iluminada. Las aceras de la calle resplandecían asimismo con faroles colocados en el suelo. Los lujosos carruajes llegaban con gran estrépito; porque el general había invitado á la corte y á la ciudad á su recepción de boda. Las flores más raras, las plantas más bellas se habían prodigado; los ramos presentados por niños vestidos á la rusa, es-

peraban la llegada de las damas; dos grandes candelabros, colocados en el vestíbulo, flameaban iluminando la fachada hasta arriba; un ligero soplo de viento retorcía á veces estas llamas, que se juntaban, se enroscaban y volaban con un poco de humo.

—¡Diantre! nada ha economizado, dijo Charamirof al bajar de su carruaje. Quiere que se sepa que es muy feliz.

Su mujer no respondió nada; con los labios apretados, miraba á su alrededor, buscando algo que criticar.

—¿Encuentra usted mal amueblada la casa, princesa? le dijo Neoutof, que la examinaba con una sonrisa, que pareció burlona á Irene. Es un sencillo alojamiento que deja, en efecto, mucho que desear. Pero espero ofrecer á mi mujer algún nido más digno de ella para este invierno.

—Ha hecho usted de esta casa insignificante un verdadero lugar de delicias, le dijo un amigo. ¡Las flores y las luces tienen un esplendor!.....

El vino de Champagne tradicional posaba sobre grandes bandejas de orfebrería maciza. Neoutof se había acercado á su mujer para

—ANTATONIA

recibir los cumplidos de costumbre. Tomó un vaso de cristal tallado en facetas, y lo alzó á la altura de su cabeza. Todos los demás vasos se dirigieron hácia el suyo.

—Acepto vuestros cumplidos, señores y señoras, dijo en voz fuerte; la condesa y yo os damos las gracias; no tengais miedo, nuestra dicha está asegurada.

Un murmullo de felicitaciones respondió á esta singular salida; el general vació su vaso de un tiron, y lo lanzó contra la chimenea de mármol sobre la que estaba apoyado.

—El cristal roto trae venturas, dijo; invito á todos á nuestras bodas de plata.

Todos sonrieron al oír este chiste, veinticinco años era un plazo bastante largo para un hombre de su edad; pero nadie se arrojó á burlarse. El veterano de 1812 tenía un aspecto tan noble que ninguna broma de mal gusto se le hubiera dado en su presencia. En este momento, una excelente orquesta oculta en el jardín comenzó un minuetto de Mozart, y la música continuó tocando durante toda la noche.

Una comida de doscientos cubiertos, re-

tuvo á los invitados hasta media noche. Es costumbre en semejante caso, retirarse al cabo de un cuarto de hora, pero el general habia prevenido á los invitados, y todos se quedaron por curiosidad. ¡Aquella boda se parecia tan poco á lo que se habia visto hasta entonces!

Las bujías se consumian en sus candeleros, las flores se marchitaban y se replegaban sobre sí mismas con el calor, cuando los invitados salieron de la casa, á los compases de la Marcha nupcial de Mendelsshon.

Los últimos invitados, volviéndose, parecieron ver, por las puertas abiertas de par en par, que el general se inclinaba ceremoniosamente delante de su mujer para despedirse de ella.

—Deseo, le dijo, que esta noche, de tan alegres sucesos, le deje el mismo recuerdo que á mí. La fiesta era para usted, señora, y nada es demasiado hermoso si se trata de ofrecérselo. Perdone las faltas del autor, como dicen los españoles, y sepa que tiene en mí un fiel amigo, un humilde y leal servidor.

El la condujo hasta la puerta de la habi-

tacion que la estaba destinada; en el umbral se separó y ella entró sola.

Apenas estuvo en medio de la vasta y fresca habitacion, cuando acudió una doncella.

—Su excelencia pregunta si la señora condesa gustaría aún de un poco de música.

—Sí, ciertamente, respondió Cleopatra.

Las mujeres despojaron á la recién casada de sus pesadas ropas. Pronto estuvo sola vestida con un peinador de seda blanca, ligera y temblorosa, ornado de largas puntillas, de tonos amarillos. La lámpara de las imágenes ardía en un rincón, cerca del lecho abierto; Cleopatra apagó las bujías, y fué á sentarse junto á la ventana.

El cuarto menguante de la luna desaparecia detrás de los tilos del parque, dibujando una gran masa negra, muy imponente. La noche era fresca, los heliótropos y las resedás del jardín oían extremadamente bien; los violines continuaban tocando música de Mozart, aunque muy débilmente, como si hubieran querido preparar dulcemente el oído al silencio. Un débil relámpago surgió de una sortija que Cleopatra llevaba en la

mano izquierda. Era un grueso diamante, regalo de su marido.... El anillo de oro nupcial brillaba en su mano derecha.

—Ya estoy casada, dijo entre sí. Esto parece un cuento de hadas, y sin embargo es la realidad.... ¡Casada!....

Suspiró profundamente, y apoyó sobre su mano su cabeza aturdida por el peso de los diamantes que había soportado durante toda la noche. Ya poseía lo que había deseado: una casa suntuosa, una posición excepcional; la actitud del general había cortado de raíz los comentarios maliciosos; desde ahora sería considerada y respetada como debía serlo. De pronto, las advertencias proferidas por la Emperatriz surgieron en su memoria.

—¿Un peligro? pensó Cleopatra, ¿y qué peligro? El peligro existe para los ignorantes, y yo conozco la vida.... Para las coquetas.... (y sonrió desdenosamente). No puedo, pues, correr ningún peligro.

Recordó los versos de Víctor Hugo:

*No se encuentra tu perla en nuestras ondas;
ni siguen tu sendero nuestros pasos.....*

Lágrimas repentinas, apresuradas, brotaron de los ojos de la joven. No, su perla no se hallaba en ninguna onda vulgar. Había colocado su nivel tan alto que toda otra esperanza debía ser una decadencia, y Cleopatra no podía admitir la ida de una caída, aun puramente intelectual.

—Es el mío un sueño digno de realizarse, dijo entre sí cuando se detuvieron sus lágrimas, que no tardaron mucho; marchar con la cabeza erguida, en el orgullo de mi virginidad inviolada, por cima de todos, porque yo tendré lo que los demás no pueden tener. Seré tan respetable que no podrán menos de rendirme homenaje; tan inaccesible que todos desearán llegar á mí; tan bella, que ninguna podrá compararse conmigo.

No tuvo necesidad de mirarse al espejo para ver que era hermosa; ya lo sabía.

La luna había desaparecido detras de los tilos; los violines se habían callado tan dulcemente, que no lo había notado Cleopatra; los perfumes solo continuaban dando pruebas de su existencia, y parecían más penetrantes desde que se habían quedado reinando solos.

La ventana quedó abierta, y Cleopatra se echó sobre su lecho, y se durmió con un sueño ligero, donde la realidad continuaba flotando.

De este modo entró en su vida nueva.

XIII

—Es sorprendente esta condesa Neoutof. Ni la más pequeña intriga, ni la más leve sombra de coquetería. ¿Pues y su marido, que simula ocuparse de nosotros?.....

El que hablaba no tenía muchas razones para quejarse; tres meses ántes, había sido, en el mismo día, rechazado por Cleopatra y burlado por el general. Luego había vigilado á la condesa como si hubiera sido pagado por una agencia de informes; pero nada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
Año: 1925 MONTERREY, MEXICO

La ventana quedó abierta, y Cleopatra se echó sobre su lecho, y se durmió con un sueño ligero, donde la realidad continuaba flotando.

De este modo entró en su vida nueva.

XIII

—Es sorprendente esta condesa Neoutof. Ni la más pequeña intriga, ni la más leve sombra de coquetería. ¿Pues y su marido, que simula ocuparse de nosotros?.....

El que hablaba no tenía muchas razones para quejarse; tres meses ántes, había sido, en el mismo día, rechazado por Cleopatra y burlado por el general. Luego había vigilado á la condesa como si hubiera sido pagado por una agencia de informes; pero nada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
Año: 1925 MONTERREY, MEXICO

había sabido, lo cual le hacía exclamar en la forma referida.

En efecto, no se podía hablar sino muy bien de Cleopatra. Casada hacia más de cuatro años, había dispuesto su casa de un modo excepcional. No se admitía á nadie sino después de una especie de noviciado pasado en los salones más selectos de San Petersburgo, de suerte que después de la flor y nata de la sociedad, la casa Neoutof era una flor y nata aún más distinguida, la aroma de las cremas, según decía Kamoutzine, á quien las metáforas no costaban nada.

La conducta de la condesa había sido ejemplar, hasta el punto que la Emperatriz no había podido rehusar recientemente el nombrarla dama de Palacio. Era esto reconocer abiertamente que el matrimonio, considerado ántes como un foco inconveniente, era ya aceptado con gusto. Así la jóven se encontró en posesión de la situación más brillante que se pudiese soñar, tanto en la corte como en la ciudad. En cuanto al general, habiase remozado en diez años, y paseaba por los salones su persona original, sirviéndose de su bastón como de un juguete.

— Aunque llegue hasta los ochenta años, decía riéndose, no pasaré de los cincuenta.

Era dichoso. La presencia de Cleopatra había alejado de la casa una nube de intrigantes, de parásitos, de mendigos, por quienes el general era antes hostigado durante todo el día, y que por bondad no se atrevía á rechazar, bastando solo que se presentasen como compañeros de armas ó cosa parecida. Cleopatra no necesitó usar de rigor para ahuyentarlos; la presencia de aquella muger elegante y altiva, bastó para ponerlos en fuga. Supo reemplazar las visitas interesadas de aquellos solicitantes con su conversacion siempre variada. Leía con cuidado los periódicos y las revistas extranjeras, para sacar todo lo que pudiera haber de entretenido, y tenía un modo tal de contar las cosas después, que encantaba á su marido, tanto como hubiera podido hacerlo un libro bien compuesto.

En estos coloquios, que los retenían á lo ménos dos horas todos los días, y que se prolongaban con frecuencia durante el desayuno, sintieron el uno por el otro una amistad verdaderamente extraordinaria, que en el marido no era solamente un sentimiento pa-

ternal, ni en la joven gratitud únicamente. A pesar de la enorme diferencia de sus edades, se habían apreciado, y una estimación íntima, una confianza absoluta, había nacido de aquellas buenas relaciones.

Por bella y brillante que fuese, Cleopatra no era mundana, es decir, que se quedaba con gusto en su casa la noche de una fiesta, por poco que el general estuviese fatigado, ó sintiese pereza de salir. Entre todas sus cualidades, ésta era la que había conmovido más al anciano; hubiera sentido escrúpulos al impedirle que se divertiera á su antojo; experimentó hondo placer é infinita gratitud, viendo que ella podía vivir sin echar de menos adulaciones y triunfos.

Al cabo de seis meses de vivir juntos, se conocían tan bien, que ya no tenían secreto el uno para el otro, en lo presente á lo ménos, porque ni uno ni otro hicieron nunca alusión á su vida anterior al matrimonio, fuera de los casos indispensables. El general, que se acostaba muy tarde, tomó la costumbre de hacerse referir, al volver de las reuniones, todos los éxitos de la noche, que le contaba Cleopatra; ésta no omitía ni un cumplido ni una declaración, y sabe Dios que esto era lo

que más abundaba en estas noches de baile. Sobresalía la joven en reproducir el gesto y el tono de sus adoradores, á tal extremo, que no tenía necesidad de nombrarlos, y que Neoutof, riéndose hasta derramar lágrimas, los reconocía en el parecido. Ella también reía á veces, aunque ménos; dijérase que le bastaba distraer á su marido; la alegría de los demás no le parecía comunicativa ni aun cuando ella era la causa.

Así fué como trascurrieron los cuatro años que habían rejuvenecido al general. El gran duque Boris había continuado conduciéndose como amigo, pero las entrevistas fueron más raras. A pesar de ellos, ya no gustaban tanto de encontrarse juntos. Boris por otra parte, había pasado, en dos ocasiones, varios meses en el extranjero, y todo hacia suponer que habiendo tomado gusto por los viajes, seguiría ausentándose.

El príncipe y la princesa Charamirof disfrutaron en esta época, del goce de tener un heredero. Ya era tiempo, porque la bonita tía de Irene empezaba á ponerse huesosa y puntiaguda. Su maternidad trajo sobre su abultada personita una amable redondez, y

cierto aspecto de matrona que le darian una segunda florescencia.

Aquel hijo fué en las manos expertas de la princesa un instrumento enviado por la Providencia expresamente para mortificar á Cleopatra.

—¡Esa pobre hermana! ¡Jamás tendrá hijos! decía con un suspiro de compasion, siempre que presentaba su rostro á alguna señora competente en materia de maternidad. No sabia la pobre Cleopatra qué vejez tan triste se ha preparado. . . .

—Pero ¿parece muy dichosa? se le respondia, y luego ¡es tan jóven! Tendrá tiempo para casarse de nuevo.

Irene sacudia la cabeza y levantaba los ojos al cielo.

—¡Quién sabel mi cuñado; el general, tiene una constitucion de hierro, es capaz de sobrevivir á su mujer. No, no; ya sentirá ella un dia haber derrochado de este modo los tesoros que Dios le habia puesto en la mano. . . . ¡Qué quiere usted! se empinó en ello con una testarudiz increíble, pues no le ha faltado quien le aconseje. ¡Y es extraño! No la creia yo tan interesada. . . . A nadie le ha causado tanta sorpresa como á mí.

Fácil es de imaginarse las variantes bordadas sobre este tema por la caritativa Irene. Mas por otra parte, perdía su tiempo; Cleopatra no se ocupaba de lo que pudieran decir de ella, y desde hacia años sabia lo que debia esperar del afecto de su hermana.

Kamoutzine era, de ordinario, quien la referia estos discursos ú otros parecidos; experimentaba un placer diabólico en hablar á la jóven de lo que hubiera debido turbarla ó irritarla. Pero ello le dejaba hablar, sabiendo que, demostrándole disgusto, seria darle una ventaja sobre ella. Una extraña confianza agresiva habia sucedido desde el matrimonio á su alianza antigua. Sabian que no se harian traicion recíprocamente; pero cuando uno de entrambos podia inquietar ó herir ligeramente al otro, no se rehusaban sino rara vez aquella alegría maligna.

Kamoutzine no podia perdonar á Cleopatra haber abandonado el partido que él juzgaba tan ventajoso. Cleopatra no le perdonaba tampoco que él no le hubiera secundado más, quizás que la hubiera servido torpemente; ni uno ni otro se daban cuenta que no habiéndose dicho nada sobre este asunto, habiéndose á lo más adivinado, no tenian nada

que reprocharse. El orgullo, que les había impedido coligarse, hubiese debido salvar ahora las apariencias; pero no había nada de esto, y sin ser enemigos, no se estimaban mucho.

Y sin embargo, Cleopatra tenía sobre el imperio que conserva siempre una mujer que fué amada é inaccesible, por poco que el hombre que la amaba posea un resto de delicadeza. No podía verla resplandeciente de diamantes y de hermosura, sin recordar el día en que él había entrado en su cuarto, en aquel pobre cuarto vacío y desnudo, para ofrecerle su mano y la ayuda de su inteligencia. El la había amado más con la cabeza que con el alma, es verdad; pero en fin, la había amado, y bajo su máscara de bufon había sentido más de una vez, cuando pasaba á su lado, brincarle el corazón en el pecho.

Ahora, en ciertos momentos, casi la odiaba, sin dejar por eso de quererla. En general, Kamoutzine estaba descontento de la vida y de los hombres: de pronto corrió el rumor de que se había dado á la bebida.

Siempre había sido un alegre camarada, y dos botellas de vino de Champagne en la

cabeza le ponían más chusco; la noticia fué, pues, creída.

—Cuando se soporta tan bien el vino, no hay miedo á emborracharse ¡qué diablos! decía Charamirof.

Sin embargo, Kamoutzine fué encontrado varias veces con los ojos turbados y el traje poco correcto.

Este último indicio era grave; el porte irreprochable de aquel hombre era quizás lo que le había salvado de una desgracia en muchas circunstancias; si se descuidaba, era que en él se había roto algún resorte.

Y era la verdad; el móvil que había sostenido tan largo tiempo su alegría prestada y provocado sus bromas acababa de faltarle de repente: el gran duque se había negado á pagar sus deudas. Había rehusado categóricamente, con sobra de razones, como se rehusa siempre que se está decidido á no ceder.

—Me había hecho la promesa, dijo á su antiguo favorito, de pagar tus deudas siete veces; las he pagado hace un año por la octava vez; si tienes memoria, te acordarás que te dije entonces.

—No vuelvas, porque no te daré nada.

—Es verdad, Alteza Imperial, murmuró humildemente Kamoutzine; pero se me había dicho lo mismo la vez anterior, y sin embargo, mandasteis pagar.

En otras ocasiones, esta réplica hubiera seducido á Boris; pero esta vez se mostró frío. No le interesaba ya su juguete, bien lo conocía; y Kamoutzine no había sido jamás para él más que una diversion.

Le había habituado á sus locuras, como se acostumbra uno á ver jugar á los gatos pequeños; su gracia infantil y sus astucias cómicas hacían sonreír hasta á los hombres más graves; pero los gatos pequeños cuando son grandes, pierden sus admiradores y amenuendo, perseguidos de tejado en tejado, acaban en una muerte miserable. Kamoutzine había traspasado la edad de los chistes, quizás su señor se había vuelto más difícil de distraer. En suma, Boris fué inflexible.

Lo principal para Kamoutzine era ocultar este desastre á sus acreedores; obtuvo plazos, porque sabían que era hábil en negociar lo que él llamaba sus préstamos, al cabo se fueron inquietando viendole tan alicaído: su desastre se había negado á vestirle por más tiempo á crédito; para castigarle por haber

ido olvidado en la última distribución. Según costumbre general entre los que viven á expensas de otro, el jóven no destinaba más al pago íntegro de sus deudas el dinero que recibía de su protector: daba á cuenta lo ménos posible, y se divertía gastando lo demás.

Entonces fué cuando le vieron cabizbajo: la bolsa de los amigos estaba en muy poca disposición. Excepto Charamirof, que era sobradamente bonachon para guardarle ningún rencor, y además que él exceptuado con frecuencia de su terrible lengua, Kamoutzine no tenía amigos. El había ofendido ó se había burlado de todo el mundo; se le temía, pero se alegraban todos de saber que tenía apuros.

Situacion tan tirante no podía prolongarse mucho; el gran duque partió para Niza á fines de Diciembre, dejando á su ayudante de campo en San Petersburgo. Era una desgracia completa, y Kamoutzine sabía bien qué día la había merecido por haberse presentado á su servicio oliendo fuertemente á guardiente. Cayó en una postracion profunda; este hombre que no había vivido sino para las cosas exteriores, á tal punto que

podía casi contar las ocasiones de su vida en que se había juzgado á sí mismo; aquel burton, aqual loco cortesano, descendió al fondo de su alma huyó desesperado ante lo que acababa de descubrir.

Sin embargo, era forzoso afrontar la situación. Semejante á un náufrago que mida con la mirada la distancia que tiene que recorrer desde el bajel que zozobra hasta la costa cercana, miró en su interior y en torno suyo. En ninguna parte encontró nada. Las reclamaciones de sus acreedores eran ya insolentes. El rumor de su desfavor se había extendido, habiendole aumentado la partida del gran duque; la situación no era ya sostenible en una ciudad donde las menores cosas son inmediatamente conocidas dentro del círculo de la gente á quienes interesa.

¿Qué hacer entónces?

Kamoutzine vaciló uno ó dos días. Podía dejar la guardia, donde el servicio es costoso, y tomar un grado en el ejército, donde viviría con su sueldo en algun cuartel de provincias. La venta de un pequeño patrimonio hipotecado que aún poseía le permitiría pagar casi la mitad de sus deudas, con lo demás cargaría el diablo.

[Pero esto era tan duro, tan inaceptable para un hombre que había pasado su vida en la corte! Este cambio de existencia le parecía peor que la muerte. Oía de antemano el olor enfadoso de los cuarteles, donde debería estar entre sus soldados; sentía el gusto de la cocina alemana, que le daría, por cincuenta *kopecks* la ración, un plato grasiento, tuvo la impresión de una vejez que llegaba á pasos apresurados sobre su cuerpo fatigado, perezoso; comprendió que tal como era sería odiado en todas partes á causa de su ingenio fértil en malicias á veces crueles.

—No, dijo entre sí; me haré matar en duelo por algun imbécil quisquilloso.... sería estúpido.

Una noche se presentó en casa de Neouf, espoleado por un vago deseo de ver á Cleopatra. Tenía en la cabeza algunos vasos de aguardiente, lo que le hacía más osado que de costumbre. El conde y la condesa habían salido.

—Es lástima dijo á media voz Kamoutzine; ella podría haberme dado un buen consejo.

Los criados le miraban, admirados de ver

le permanecer en la puerta despues que le habian rehusado la entrada.

— En fin, dijo en alta voz, decidles que he venido... sí, tenía algo que decirles.

— Mañana por la mañana? insinó el criado que tenía ganas de verle partir.

— Mañana por la mañana será ya tarde, respondió el edecan mirándole á los ojos con cólera.

Bajó las cinco gradas del vestíbulo y se dirigió hácia su casa. Eran dos sencillas habitaciones amuebladas, situadas en una calle no muy elegante. En otra época vivió en la Mouskaia; pero despues de los reveses se había visto obligado á tomar un alojamiento menos costoso y hasta debía un mes de alquiler á su patrona, que le perseguía todos los días.

Entró y subió dos pisos; la puerta no estaba cerrada; penetró en su habitación sin que nadie le viera. El cuarto estaba cerrado y olía á aire confinado, pero se sentía en él un dulce calor. Encendió la lámpara de petróleo colocada en la mesa y se echó en un sillón, sin temarse el trabajo de quitarse el cinturón que se había desabrochado. El sa-

ble cayó pesadamente á su lado sin que él lo notara:

— ¡Es lástima! repetía maquinalmente, ella me hubiera dado algo... quizás un buen consejo. Jamás me ha dado nada.

Halagado por el calor, se artelló y se durmió, con la cabeza sobre los brazos.

Así durmió largas horas; las campanas, que tocaban el alba en la iglesia de Kasan, inmediatamente, le despertaron sobresaltado. La lámpara se apagaba, despidiendo un olor acre y humeante. Levantó la cabeza y miró sorprendido á su alrededor; en un mes no había podido acostumbrarse á aquellas habitaciones mezquinas, mal amuebladas, donde flotaba el olor de antiguas comidas y de antiguas pipas de fumar.

— ¡Ah! exclamó volviendo en sí, ¡qué horrible pocilga!

Fué á la ventana y abrió el postiguito para que entrara un poco de aire. La noche era oscura y fría; se adivinaba la nieve en los pesados y bajos nubarrones, que la reverberación del gas tenía de un rojo resplandor empañado y triste. Kamoutzine permaneció un instante con el rostro asomado á la ventana; nada anunciaba aún el día, eran las

cuatro y media y las campanas dejaron de sonar; los otros toques callaron también poco á poco; y el silencio reinó sobre la ciudad aún dormida, donde una espesa capa de nieve ya amentonada y cubriendo el pavimento, interceptaba los ruidos.

Cerró el postiguillo y volvió á la mesa.

Su espíritu estaba perfectamente lúcido ahora y le mostraba la vida con nitidez desesperante de las cosas tristes que se piensan de noche. Se acordó también de su respuesta al criado de Neoutof: "Mañana por la mañana será ya tarde."

—Y es verdad, dijo entre sí, por que se ha cumplido el plazo.

Puso en la mesa su reloj, su porta-monedas casi vacío y una petaca de concha cincelada, primer regalo del gran duque, del que no se separaba nunca; luego fué á la cómoda y tomó ropa blanca, con que se vistió de pies á cabeza, despues de haberse labado largamente.

—¿No se diría que voy á casarme? dijo irónicamente.

Quando estuvo completamente vestido se sentó cerca de la mesa, en el sillón donde ha-

ya pasado la noche, y consultó su reloj, que marcaba las cinco y media.

—¡Bah! dijo, aún puedo esperar media hora. No sería cortés despertar tan temprano á mis honrados vecinos.

Tomó una pluma y se ocupó en escribir con gran cuidado la frase siguiente:

"Vayan á buscar al príncipe Charamirof," seguía la dirección.

Puso los puntos sobre las kes, añadió adornos á las mayúsculas y contempló su obra con satisfacción, luego la puso en evidencia bajo la luz muriente de la lámpara casi vacía.

Una hora sonó en una torre.

—¡Las seis! dijo Kamoutzine, es el momento; buenas noches.

Tenia su revólver al alcance de su mano; se apoyó sobre la sien derecha, salió el tiro, y Kamoutzine cayó de espaldas en su sillón, mientras que su mano soltaba el arma.

Gritos confusos sonaron en la casa; luego ruido de pasos; se abrió la puerta y entró espantada la patrona.

—Tengo una bala en la cabeza, le dijo Kamoutzine, mirándola con un solo ojo, porque el otro estaba cerrado, he errado el tiro. Jamás he conseguido nada en mi vida.

Indicó el papel, la buena mujer lo cogió; fué llamado un médico mientras que corrían á casa de Charamirof.

El príncipe llegó sin pérdida de tiempo, asustado, casi colérico contra su amigo, que se suicidaba sin advertirle.

—Este excelente hombre, dijo Kamoutzine señalándole al médico, quiere persuadirme que vivirá hasta la noche. Yo espero que no; sufro atrocemente. Si me quieres, ve á buscar á tu cuñada.

—¿Cleopatra? dijo el príncipe alterado.

—Sí, la bella Cleopatra. Ve pronto. Espero que su marido no tendrá celos.

Hablaba con facilidad, por más que su rostro estuviese horriblemente convulsionado.

Charamirof partió inmediatamente. No había pasado una hora y ya traía á la condesa.

Envuelta en sus abrigos, muy pálida, se acercó al lecho donde á pesar de sus protestas se había colocado al herido. La luz gris de la mañana entraba por las ventanas opacas. La habitación tenía un aspecto lamentable, aunque todo estaba ordenado.

—Condesa, dijo Kamoutzine, no te vayas, Charamirof, no es un secreto; condesa, creo

que la he amado más que nadie en el mundo, sí, más que él... y guiñaba con su ojo único para indicar al gran duque. En este momento tengo gusto en que lo sepa usted. En mi vida no hay más que dos hermosos recuerdos: usted y la foca.... ¿Se acuerda usted de la foca?

La dama hizo un movimiento de cabeza, no pudiendo hablar.

—¡Pobre animal! ¡Tenía sed! Si usted hubiera visto como se revolcaba bajo el agua fresca! Me alegro ahora de haberle dado de beber.....

—Esa agua fresca te será tenida en cuenta allá arriba, dijo Charamirof enjugándose los ojos.

—¡Diantre! Te lo había dicho, replicó Kamoutzine. ¿No le enoja, señora, que la ponga entre mis recuerdos, en compañía de la foca?

Cleopatra sacudió la cabeza sonriéndose tristemente.

—Fueron los dos afectos desinteresados de mi vida.... Váyase ahora, condesa, no permanezca aquí; veo que me voy poniendo en verdad, sobrado feo.

Cleopatra se inclinó hácia él para decirle adios. El tomó su mano y la besó como se be-

san los piés de Cristo. La dama salió sin volver atrás la cabeza.

— Vaya, doctor, dijo Kamoutzine con impaciencia; no irá usted á dejarme sufrir de este modo hasta la noche. Deme algo para concluir de una vez. Usted que es médico, habrá quitar de en medio á sus enfermos.

Pero el doctor no podía hacer nada; la muerte tuvo al fin piedad, y vino por él á las dos de la tarde.

Charamirof pagó los gastos de su entierro, y todas las cuentas de la gente que le había cuidado.

— ¡Al fin! suspiró Irene mientras su marido presidia el duelo; ese ya ha muerto; nada de ser un consuelo. Desde la escena de la foca, le habia cobrado horror.

XIV

Después de un invierno triste y sombrío, durante el cual el sol no habia quizás brillado más de diez veces, el Sábado Santo se presentó en medio de los esplendores de la primavera. Toda la semana habia sido tibia y suave; la nieve se habia derretido rápidamente bajo una caliente lluvia que hacia botar las hojas; en veinticuatro horas las briznas de yerba amarilla habian reverdecido entre las piedras; el sol se ocultó el sá-

bado en medio de una apoteosis de nubes doradas, bajo las cuales, los hielos aún sólidos de Nava, parecían un anacronismo.

Cuando hace buen tiempo el Sábado santo, toda la ciudad de San Petersburgo se encuentra regocijada. Se ven en esta época, correr por las calles, vestidos de muselina blanca en la punta de un palo largo, llevados por inteligentes planchadoras, vestidas de claro. Es también costumbre que mozos y mujeres se vistan de blanco para asistir á los oficios de media noche; pero en los tiempos remotos á que nos referimos, estaba en su apogeo la muselina, y el transeunte mas distraído hubiese sabido qué fiesta se preparaba, viendo aquellas enormes mariposas que agitaban las alas al nivel de sus ojos, envolviéndole á veces, si no era asaz ágil, en una nube que olía á almidon.

Cleopatra salió de su casa en su *coupe*, provisto de un calorifero forrado, para ir á los oficios de media noche, en la capilla del Palacio de Invierno, á donde la llamaba su dignidad nueva. Para esta circunstancia solemne, la dama se habia vestido con un traje de un esplendor severo, que realizaba el brillo de su belleza. El general, retenido en

el lecho por un acceso de gota, la habia largamente contemplado ántes de dejarla partir.

Ahora atravesaba la dama, al paso rápido de sus dos caballos, la ciudad iluminada que alegraba ya el repique repetido de las campanas. Los carruajes cruzaban en todos sentidos, como en pleno medio dia. Los campesinos, vestidos con sus zamarras de piel de carnero, se apiñaban á la entrada de las iglesias, cuyos alrededores estaban circundados de mesas cargadas del queso pascual y de *Kulitecki*, pasteles de aves secas, traídos allí para ser bendecidos, con grandes cestos de huevos rojos.

Todo estaba tan alegre, tan animado, que Cleopatra levantó el cristal de su carruaje para gozar de aquella noche verdaderamente exquisita. Algo de juvenil y de atrevido como un canto de gallo flotaba en el aire, los ruidos se confundían en lontananza, y á veces parecia oirse sonidos de música acompañados de gritos de alegría, como en la entrada triunfal de un Czar victorioso. Una aurora eterna parecia voltear alrededor del horizonte, arrojando su esplendor misterioso sobre toda aquella magia.

— ¡Qué noche tan extraña! pensó la joven, se diría que amanecía.

De pronto se acordó de su noche de boda, los violines amortiguados tocando en el jardín, con el olor penetrante de las flores de Agosto, la luna menguante detrás de los tilos.

Entonces entraba en la noche, dijo entre sí, ahora me parece que entro en el día.

El carruaje se detuvo delante del pórtico que conocía ella tan bien, y subió ligeramente las gradas que había subido tantas veces, cuando era señorita de honor. Nada había cambiado y se creyó transportada un instante á tiempos atrás. Sin embargo, el lugar que ocupó en la capilla no era el mismo que otras veces; una mirada rápida le demostró que muchos cambios se habían verificado después que hizo dimisión de su antiguo cargo.

Con efecto, no había vuelto á asistir á aquella fiesta pascual desde su matrimonio, aunque asistía con exactitud á las recepciones de corte, no había pedido ningún favor, contentándose con aceptar y cumplir con los deberes que incumbía á su rango. Sus recientes funciones de dama de Palacio no la habían

traído á aquella capilla donde todo la hablaba de un pasado ya lejano....

Involuntariamente volvió la cabeza hacia el sitio que ocupaba otras veces el gran duque Boris. Ahora estaba en Niza, y á aquel a misma hora, asistiendo á igual ceremonia. Cleopatra sintió como que se le desmenuaba el corazón.

¡Ah! si él había creído que podía renegar del atractivo que la había empujado hacia él, cuán mal la había conocido y juzgado! Si él había pensado que ella podría burlarse de él un día porque la respetó, cuando podía cogerla y arrojarla como una flor, cuyo perfume se ha agotado, él la había ultrajado. Pero ella le perdonaba en esta gran fiesta de paz y de alegría, en esta reconciliación formal. Cleopatra envió al ausente un pensamiento infinitamente dulce, de ternura y gratitud. El había colocado á Dios entre los dos; y ella lo ponía en manos de todas las potencias de su Creador, rogándole que conservara á aquel ser querido, digno de ser dichoso, digno de ser amado.

La corte entró: el Emperador, conduciendo á la Emperatriz, seguidos de la gran familia

imperial, cada uno en su puesto, los pajes llevando las colas, con un lujo de diamantes, de terciopelo, de encajes no vistos en ninguna parte. Apenas los soberanos se colocaron en sus sitios cuando la puerta de madera dorada, que encerraba á la imagen, se abrió, y salieron los sacerdotes en medio de los cantos, para buscar á Cristo que acababa de resucitar, y cuyos despojos no encontraban. Cruces y banderas al frente, bajo el brillo deslumbrador de las arañas que arrojaban olas de claridad; el clero, acompañado de los chanters, partió por la izquierda, en busca del cuerpo divino. Los cánticos decrecían en las lejanías de las bastas salas; las voces agudas de los niños se distinguían solo. . . . luego nada. Un silencio religioso reinaba en la capilla, donde no se oía ni la respiración de las trescientas personas que se hallaban allí reunidas, los hombres á un lado, las mujeres en otro; silencio tal, que se oían los pétalos de una camelia deshojarse sobre el vestido de una dama, y caer en el suelo lustroso.

Sonidos aéros resonaron á lo léjos, luego las voces de los tenores que se acercaban, despues la de los bajos; y el clero, marchando tan de prisa que parecia correr, entró por

la derecha, despues de haber dado vuelta al palacio. Los cantos se detuvieron de repente.

—¡Cristo ha resucitado! dijo el sacerdote en voz fuerte, que parecia penetrar hasta el pecho de los oyentes.

—Ha resucitado en verdad, respondieron los cantores y la multitud, en el tono natural en que se habla.

El sacerdote repitió por tres veces las palabras consagradas y recibió la misma respuesta; un canto de alegría vivo y apresurado estalló bajo las bóvedas como unos fuegos artificiales, y todos se dieron el ósculo de paz, mientras la misa comenzaba detrás de las cortinas de seda cerradas del santuario.

Cleopatra habia asistido muchas veces á esta ceremonia, donde nada habia de nuevo para ella, y jamás habia sido tan vivamente impresionada. Despues de haber cambiado algunas palabras con sus vecinas, durante el intervalo de las felicitaciones y de los besos, miró á su alrededor para examinar las caras nuevas.

El azar la habia puesto á la orilla de un

paraje reservado en medio de la capilla, de suerte que se encontraba en su fila, la más próxima á los hombres; mientras que sus miradas recorrían los grupos recibió algunos saludos afectuosos y los devolvió con la amable cortesía que tan bien mantenía las personas á distancia. De pronto, sus ojos se fijaron sobre alguien que acababa de llegar y que no conoció desde luego.

El se apoyaba ligeramente contra una columna de mármol; sus ojos sorprendidos parecían contemplar por primera vez objetos extraordinarios, porque miraban al azar, sin ver donde posarse. Era un hombre de veinticinco ó veintiseis años, pero que parecía más jóven, por causa de sus cabellos rubios y de su fresca encorvacion. Sus bigotes rubios también, de una rubicundez extraordinaria; argentina; la forma de sus facciones era de una pureza irreprochable, tan perfecta y bella que no se notaba á primera vista, de tal modo su ser estaba modelado de una manera exquisita y por decirlo así con gusto.

—¡Qué guapo mozo! pensó involuntariamente Cleopatra, que gustaba de la belleza donde la encontraba, así en la vida como en los museos.

El jóven recorrió lentamente con la mirada las damas reunidas en un grupo donde la riqueza no podía eclipsar la belleza; de pronto Cleopatra encontró sus ojos; eran negrísimo y brillaban como carbunclos, bajo unas cejas castañas, delicadamente arqueadas. Cuando vió á la jóven, sus ojos magníficos se detuvieron con una expresion de sorpresa y de admiracion tales, que todas las conveniencias fueron olvidadas.

—Jamás he visto á una mujer que se le parezca, dijeron sus ojos negros, añadiendo un respeto tan profundo que la admiracion no fué sino un homenaje involuntario.

—¡Qué ojos tan maravillosos! pensó la jóven, y ¡qué mirada tan intensa!.....

Cesaron de mirarse, traídos por la reflexion al sentimiento de las conveniencias; pero cada uno de los dos habia penetrado al otro más y mejor que lo que suele hacerse durante largos años de vida mundana. Muchas veces sus ojos se volvieron á encontrar, por más que los desviaban, se volvian el uno al otro, invenciblemente atraídos.

Los oficios de Pascua son muy largos; se comienzan á media noche, y se acaban ántes

... las dos de la mañana; pero no parecían aburridos á la condesa de Neoutof. Sentía que algo acababa de notar en su vida. ¿Qué sería? No sabía nada, ni quería pensar en ello.

— Cuando todo hubo terminado, mientras que envuelta en sus abrigo, esperaba bajo el peristilo que viniera su carruaje, vió adelantarse hácia ella, seguido por el jóven en que se había fijado tanto, al ministro plenipotenciario de Suecia, á quien ella estimaba mucho.

— El lugar no es muy propio, condesa, dijo el diplomático inclinándose, ni la hora tampoco, pero parto pasado mañana con licencia, y hubiera creído como un crimen, no recomendar á su benevolencia á mi jóven primo, Ulrico de Alsen....

Ulrico se inclinó gravemente.

— Solo hace dos dias que ha llegado, y va á encontrarse muy solo durante mi ausencia. Usted ha sido siempre extremadamente buena para mí.... Si me atreviera, la rogaria que considerara á mi primo como si fuera mi hijo....

— Eso basta, mi querido baron, para que

sea muy bien venido á mi casa, respondió Cleopatra.

— El carruaje se había presentado, saludó la dama con un movimiento de cabeza, se deslizó por entre las dos puertas de cristal y desapareció.

— ¿Quién es esa persona tan notable, á quien acaba usted de presentarme? preguntó Ulrico de Alsen al embajador, tan pronto como Cleopatra hubo desaparecido.

— Es la condesa Neoutof, la mujer más hermosa y más virtuosa de la corte, mi jóven amigo, respondió el primo.

Ulrico no dijo nada; entró en la embajada sin haber abierto la boca, y durante toda la noche estuvo viendo entre sus ojos los azules de Cleopatra, fijos en él con un interés que no trataba ella de disimular.

¡La adoro! decían los ojos negros. (La boca permanecía muda, pero los labios tenían un modo de sonreír que decía mucho más que las palabras.) ¡La adoro! Es usted la única mujer que haya existido en el mundo. Las demás no han existido, ni existen, ni existirán nunca.

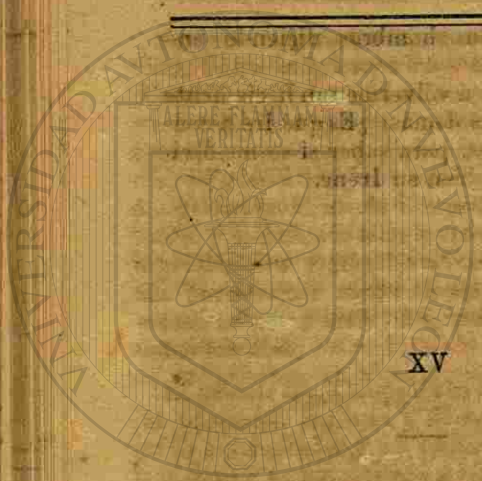
Los ojos negros hablaban así hacia quince días, desde la primera hora de la visita que Alsen hizo á la condesa Neoutof. Las conveniencias autorizaban quince minutos de estancia en el salon, donde no conocia á nadie; se quedó una hora entera, respondiendo á algunas palabras de Cleopatra con monosílabos, y mirándola todo lo que podía. Luego, una intuición secreta le advirtió que no podía permanecer tanto tiempo; al cabo de veinte minutos solia irse, pero volvía casi todos los días.

El primer día, Cleopatra se divirtió. Aquella adoracion ingénuu y silenciosa, tenia algo de conmovedor y un tantico cómico, para una mujer acostumbrada á las sutilezas destiladas de un mundo muy civilizado, muy corrompido, en el que la forma salva hábilmente el fondo. Pero, bien pronto despues, ántes de que la semana hubiese trascurrido, la jóven sintió que algo singular ocurría en ella: la visita casi cotidiana del jóven sueco, se le habia hecho necesaria; la esperaba con cierta impaciencia, y si no venía, el día le parecia vacío.

No quiso, sin embargo, concebirlo consigo

misma, y alzó los hombros diciendo entre sí:

—¿Es que voy á volverme tan neciamente vanidosa como las demás? ¿Es que iré á contar mis visitantes, para saber si se me olvidan? Esto estaria bien en Irene.



XV

Pasaban los días; la primavera entraba de lleno, un soplo generoso y lleno de vida fundía la corteza de hielo que cubría al Neva; el sol brillaba en las hermosas horas del día, con un esplendor tan ardiente que abrasaba la mano desnuda. El contraste entre el calor intenso y el aire vivo, aun muy frío, daba fiebre, pero una fiebre alegre y agitada, que impedía ó andar de prisa, ó hablar, ó reir....

Hasta Cleopatra se sentía arrastrada en este torbellino de primavera, y su gravedad ordinaria se teñía con un poco de rosa. Salía mucho y con gusto; su marido, forzado á permanecer en casa, se distraía con las narraciones que le hacía ella donde ponía una animación, un grado de fina burla que no le era conocido.

En virtud de un capricho nuevo, la dama mandó llenar su casa de flores, de esas flores de Abril, de perfume penetrante, de colores esplendorosos, cuyas flores se destacaban sobre la verdura sombría de las de invierno, como notas claras de un repique de campanas sobre el zumbido de una población atareada; los olores embriagadoras se extendieron por todas partes, filtrándose hasta en los más recónditos recintos.

La gran parada militar estaba anunciada para el 6 de Mayo; y como de costumbre, todos hablaban de ella de antemano. Era el acontecimiento que cerraba, por decirlo así, la estación del invierno. La víspera de este día, Ulrico de Alsen vino á su hora ordinaria, y por casualidad, encontró á Cleopatra sola. Era la primera vez que ocurría esto. La jóven se sintió algo turbada; desde hacia

tres ó cuatro semanas, los ojos del jóven habían hablado mucho; ¿qué iba á decir su boca? Cleopatra tuvo un miedo atroz, durante un segundo. ¿Es que aquel ser encantador estaba desprovisto de inteligencia?

La acervidad del pesar que le causó esta duda precipitó á la jóven en una serie de preguntas casi indiscretas. ¿Dónde se había educado Ulrico? ¿Cuál era su familia? ¿Por qué se encontraba en San Petersburgo? ¿Qué pensaba de la ciudad y de sus habitantes?

El jóven respondió á todo de un modo satisfactorio. Había vivido hasta los quince años al lado de su madre, que le había educado casi sola, con el pastor protestante de su iglesia. Habiéndola perdido, había entrado en una escuela militar, protegido por el tío el ministro; de ella había salido cinco años más tarde, con muy buenas notas; había obtenido inmediatamente un grado en el ejército, y desde hacía poco su tío le había nombrado agregado militar en la legación de Suecia.

Era muy sencillo, y sin embargo, en el sonido de la voz, en la forma de la frase se adivinaba que el jóven había amado con pasión á su madre; que el estado militar no era á

propósito para su naturaleza soñadora y contemplativa, pero que siendo muy honrado y escrupuloso, cumplía concienzudamente con su deber.

—¿Le agrada San Petersburgo? preguntó Cleopatra, fijando en él su mirada profunda.

—He experimentado, desde que estoy aquí sensaciones que no he sentido nunca, respondió él bajando sus ojos negros, y suceda lo que quiera, no las olvidaré jamás.

Siguióse un silencio. Cleopatra no acertaba á hablar. Aquellas palabras tan sencillas le habían ido derechas al corazón, porque había comprendido todo su alcance. De pronto, miró al jóven, y sus ojos se encontraron; quedó deslumbrada, leyendo en ellos lo que jamás había sospechado.

¿Era aquello amor? Aquella adoración extraordinaria, aquella sumisión ciega, aquel arrebató supremo de todo el ser hacía lo que se desea, ¿era amor?

Ella no lo había así soñado; no era así como amaban los hombres que había encontrado en su camino. En esto el amor era un combate, donde el más astuto se llevaba la palma; por eso los había despreciado á todos.

Aquella alma nueva amaba de otro modo; aquel jóven, cuya vida se habia deslizado en medio del trabajo, casi en la soledad, nada pedía y se daba todo entero. ¿Qué mujer no se hubiera conmovido? Cleopatra se sintió llena de ternura, casi de piedad, hacía aquel jóven que se le entregaba, sin reservar nada de su orgullo ó vanidad.

—¿Es usted muy jóven? le dijo con una benevolencia que supo no hacer desdévota.

—Tengo veintiseis años, respondió.

¡La misma edad que ella! La jóven se sonrojó, al examinarse á sí propia, sobre su conocimiento de la vida, sus desilusiones, su egoismo mundano. ¡Cuánto más que ella no valía aquel hombre que seguía siendo niño!

—Una hermosa carrera se le abre para el porvenir, dijo ella para no dejar caer la conversacion.

La faltaban las palabras. Hubiera preferido guardar silencio, en la atmósfera tibia y embalsamada del salon cerrado, amueblado ricamente, lleno de bienestar y de lujo. Una languidez muy dulce se apoderaba de su alma; nada le habia parecido jamás más cerca de la dicha que aquel coloquio, tranquilo en apariencia, en aquel lugar delicioso,

—Mi carrera sí. quizás, respondió él con indiferencia.

Visiblemente no se cuidaba de otra cosa que de lo que le ocupaba ahora por completo, de lo que hacia vibrar su corazón; á las palabras acaso fútiles de la mujer amada.

Hubo un nuevo silencio, y los ojos negros se fijaron, no sobre el rostro de Cleopatra, no osaba mirarla sino de vez en cuando, siempre que ella no podia notarlo, sino sobre su garganta, en el punto en que el cuello, cerrado por un broche, descubria la carne deslumbrante de blancura nacarada.

Por dicha el general Tredine entró sin ser anunciado, como se hacia siempre en esta casa, donde nada habia misterioso.

Ulrico palideció y una rojez súbita coloreó las mejillas de la condesa.

El recién venido traía toda una cosecha de conversaciones recogidas en este ó el otro salon. Después de dos ó tres minutos de un coloquio, en el que el jóven sueco no tomó parte alguna, se retiró sin que el general lo notase.

—Está usted distraída, condesa. No me escucha, exclamó al cabo, viendo que Cleopatra no prestaba ninguna atencion á sus discursos.

—La pido mil perdones, le dijo llevándose la mano á la frente; creo que tengo jaqueca.

—Entonces me retiro, replicó e' importuno. Debía usted dar una vuelta en caless; esó la curaría con este hermoso tiempo que hace.

—Tiene usted razon, respondió vivamente Cleopatra, que pidió inmediatamente su carruaje.

Veinte minutos más tarde, mecida por los blandos resortes de su gran *landeau*, corría sobre el puente movable de su palacio, cuyas tablas resonaban bajo los piés de los caballos con un ruido de trueno continuado. El cochero conocía los gustos de su señora, porque la llevó por calles vastas, desiertas y polvorientas hasta las islas, abandonadas como un gran parque solitario que aguarda el regreso de sus dueños.

Unos pocos dias más, y todas aquellas casas, anegadas en la verdura, se abrirían á una poblacion de huéspedes elegantes y ricos. Por el momento era un espectáculo triste el que ofrecían las grandes fachadas silenciosas, los muros de madera gris, los jardines descuidados, donde las últimas huellas de nieve acababan apenas de desaparecer.

No obstante, las escaramujas mostraban ya sus retoños verdes, algunas yemas de lilas se atrevían á hendir la oscura corteza; el invierno no habia pasado aún; pero al otro dia con seguridad, vendría la primavera.

Y el *landeau* de Cleopatra rodaba por sobre la arena de las calles tortuosas, paseando á la jóven con sus pensamientos, tan ondulantes como los recodos del camino. A veces, en pleno sol, un rayo le enviaba una llamarada al rostro; luego el carruaje entraba en seguida bajo la sombra apenas indicada por las ramas sin hojas, pero hinchadas de brotes; la frecura se dejaba sentir entonces con mucha vivacidad, porque los brazos del Neva, que rodean las islas como con una red líquida, estaban aún tan congelados como el río.

La capa de hielo era tan delgada, que se veía correr el agua por debajo, como se ve correr la sangre bajo una piel delicada; á trochos se habia hundido el hielo, y el sol se reflejaba en un pequeño lago azul con tornasoles de plata; en las orillas, franjas de cristales de hielo largas y delgadas, semejantes, á las de las arañas de Bohemia, delatában

el trabajo secreto é incesante del deshielo.

Un poco de fiebre flotaba por cima de todo esto con el olor de las hojas secas corrompidas con su larga estancia bajo la nieve.

Cleopatra se estremecía de vez en cuando. Experimentaba un malestar físico á par de moral. El importuno que habia interrumpido su coloquio con Ulrico habia sido un enviado del destino y tan mal acogido como todos los enviados de este género; habia dado una advertencia al alma de la jóven aletargada en un amodorramiento decisivo.

—¿Por qué ha venido? decia ella entre sí con mal humor. ¡Estábamos hablando tan á gusto!

Y algo en su interior la decia:

—Ha sido una fortuna que haya venido, porque si no.....

El pensamiento quedaba incompleto; la perezosa languidez de los dias de primavera impedía á la jóven formularlo ó acaso no queria explicarse claramente lo que sentia?

Los dos caballos caminaban siempre con su paso rápido y cadencioso, haciendo resonar sus arneses; Cleopatra notó que iba á pasar por delante del palacio del gran duque

Boris y un movimiento instintivo de curiosidad la hizo volver la cabeza hácia aquella mansion régia, que jamás habia mirado hasta entonces. El dueño estaba sin duda ausente todavia porque no se habia anunciado su regreso.

En la avenida que conducia al palacio, cerca de ella, volviendo la espalda al camino, marchaba un hombre de alta estatura, cuyo porte noble y altivo reconoció ella al momento. Al ruido se volvió, y durante la décima parte de un segundo, Cleopatra pudo ver su rostro.

Era Boris, á quien en otro tiempo habia amado ó habia creído haber amado.

—¿Qué vi-jo estás! pensó, sorprendida de aquel descubrimiento.

Con la prontitud de percepcion de un hombre que se ahoga, pasó ella rápida revista á los dias de otra época, y vió que un abismo se habia abierto entre ella y el pasado, abismo tan profundo, que hasta el mismo pasado acababa de hundirse en él, como hacen las rocas minadas por el mar.

—¿Es posible que le haya yo amado? dijo entre sí tan espantada como un niño á quien se le rompe un juguete entre las manos. He

amado, sí, á ese hombre triste y fatigado que marcha por ese camino.

Cleopatra no era de esas que tergiversan la verdad, y cuya evidencia se niegan á sí propios para justificar sus caprichos; así es que penetró sinceramente en su conciencia. Había amado en otro tiempo á Boris con la cabeza; ahora ya se había desvanecido el sueño y se compadecía de aquella joven sentimental que había tenido tales caprichos.

— Yo era entonces joven, dijo entre sí, y no conocía la vida. No sé que locura me arrastraba entonces. Mi primera idea de la existencia no era mala: hacerse un escabel de la debilidad de los otros para llegar á lo alto de la escalera. Había querido ser gran duquesa. . . . quién sabe, acaso lo hubiera sido sin mi ridículo sentimentalismo. Ahora, por otra parte, nada tengo que sentir; tengo lo que había deseado: rango, fortuna, consideración. . . ¿Qué puedo pedir más?

Había cerrado los ojos para ver mejor en su alma; de pronto, una imagen se irguió ante ella; los ojos negros de Ulrico se le aparecieron penetrantes como un filtro.

— ¡Ah! pensó, sintiendo que cedía, y por decirlo así, que se fundía en un desfalleci-

miento delicioso; no sé lo que tengo. . . . Esta primavera, sin duda, es la que me enerva y me debilita! . . . Volvamos! dijo al cochero.

Algunos minutos despues, el trueno de los cascos de los caballos gruñó otra vez sobre el puente de barcas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA PATRIA
ALTON
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



El aire era frío, porque el Nava, libre de hielos hacía un mes, había sido cubierto de repente por otros hielos enormes, que habían venido durante la noche del lago Ladoga. Pero las tropas parecían no sentirlos.

Cuarenta mil hombres armados estaban agrupados en la plaza del Campo de Marte, con una regularidad sóbria que hacía mucho honor al jefe. Era imposible haber sacado un partido mejor del sitio, que no era

ni muy vasto, ni muy regular, pues el campo de Marte tenía la forma de un trapecio.

Armas y caballos, de una belleza incomparables, relucían al sol, que los quemaban sin piedad. Tribunas cubiertas, construidas á lo largo del canal que bordea el Jardín de Verano, abrigaban á la corte y al cuerpo diplomático; numerosas gradas recibían gran cantidad de huéspedes distinguidos; alrededor de la plaza un cordón espeso de pueblo, separado de las tropas por una simple cuerda sostenida en palos, miraba pacientemente en pié, desde las horas primeras del día, sin esos gritos, ni movimientos, ni dichos que habrían divertido en un país meridional aquella espera. Los balcones de las casas y de los palacios que rodean la plaza, estaban cubiertos de mujeres vestidas de claro con sombrillas brillantes. Una alegría de buena ley, algo pomposa sin embargo, una alegría de corte flotaba sobre todo esto con las banderas y los pendones.

Era medio día; dos ó tres calesas descubiertas, que traían princesas reales, atravesaron el espacio libre y vinieron á ordenarse cerca de las tribunas; luego apareció el Em.

perador, escoltado por su Estado Mayor, sobre un caballo maravilloso, que mordía el freno cubierto de espuma.

Poderosas aclamaciones salieron de todos los pechos cuando los estandartes se inclinaron delante de él. A medida que recorría á galope, por la calesa de la Emperatriz, el frente de las banderas, dispuesto en varias líneas paralelas, saludaba con la voz á las tropas, que le respondían tan unísonas como si hubieran salido del pecho de un solo hombre. Las músicas entonaban el himno nacional, las fanfarrias daban á lo lejos la señal del desfile próximo; de todo este ruido, de todos estos estandartes franjeados de oro, manchados de sangre, de todos estos hombres que adoraban á su soberano como á un dios, subía hácia el cielo azul una alegría, un entusiasmo, un triunfo indescriptibles. Era la Rusia militar que aclamaba á su jefe, y cuando en la última vuelta el Emperador saludó al pueblo, fué la Rusia entera la que respondió con una aclamación profunda. Aquel pueblo ama instintivo y profundamente lo que le parece por cima de los mortales.

Quando el Emperador volvió ante las tribunas, comenzó el desfile. La tradición es-

tablece que las tropas pasen corriendo; el espacio para lanzarlos está tan parsimoniosamente medido como el que queda para detenerlas; cúmplense allí todos los años prodigios de equitación, no solamente por parte de los oficiales, sino también por los soldados, que deben dominar absolutamente á sus cabalgaduras.

Era un espectáculo prodigioso; las pesadas masas se removían al toque de los clarines que tocaban á carga y pasaban como un haracón con gritos salvajes, relinchos, choque de armas, y, cien metros más lejos, el escuadrón, en buen orden, volvía á tomar el trote corto para ir á sus cuarteles. Por todas partes la maniobra sería peligrosa, en este espacio restringido era inverosímil. Embriagada por los gritos, las fanfarrias, y también por el sentimiento particularísimo que dan las grandes fiestas militares, Cleopatra miraba con los ojos chispeantes, y un poco cansada también, aunque dichosa... Ulrico de Alsen estaba allí cerca, sobre su caballo blanco, que refrenaba con gran trabajo, lo cual le impedía mirar á su idolo con más frecuencia que lo que hubiera querido. Cleopatra no deseaba que la mirara más; gustaba más verle, sin

que él lo supiese. ¡Estaba tan guapo, con su severo uniforme!... Todas las mujeres la encontraban tan hermoso....

Oía á su espalda elogiar más de una al joven agregado militar, y su amor propio sonreía, dulcemente cosquilleado. Pocas cosas lisonjean la vanidad de una mujer tanto como esta seguridad: ser amada por un hombre que desean acaparar todas las demás. Es un goce de un orden inferior seguramente, pero pone en los labios una sonrisa de satisfacción, y esta sonrisa revolteaba sobre el rostro de Cleopatra.

La artillería terminaba ruidosamente su desfile; el Estado Mayor, agrupado en torno del Soberano, recibía sus bien merecidos cumplidos; el gran duque Boris, maniobrando con una gracia perfecta su alazán dorado, se acercó á Cleopatra, que ocupaba un asiento de rincón en la tribuna, asiento universalmente envidiado, porque permite todas las conversaciones.

—Buenos días, condesa, le dijo, ¡qué fiesta tan soberbia!

—Soberbia, en efecto, monseñor, respondió ella.

Era la misma voz, pero el eco estaba muere

to, nada vibraba ya en Cleopatra al sonido de aquella voz en otra época tan querida.

—¡Mas bella que nunca! dijo él con esa ligera galantería que permite que se atribuya mucha ó poca importancia á las palabras, según se quiera.

Ella sonrió con una expresión apenas indicada de triunfo modesto, y su mirada fué á buscar á Ulrico, que no se atrevía á acercarse, y que habiendo palidecido, se mordía los bigotes.

Boris siguió esta mirada y la suya tomó entonces una fijeza embarazosa.

—Decir más joven sería ultrajarla, continuó Boris; pero hoy, no obstante, me parece ver en usted algo de juvenil, de alado que no veía en usted desde....

Paseó su mirada alrededor, como distraído, y deteniendo su caballo, excitado quizás alrede.... ¡desde su boda! concluyó.

Cleopatra se sonrojó. Esto le ocurría rara vez; pero el gran duque no había olvidado el encanto que tomaba aquella belleza marmórea bajo una coloración fugitiva.

—Su Alteza Imperial es demasiado bueno para acordarse de cosas tan lejanas, dijo,

—El corazón no tiene edad, replicó Boris, haciendo revolvérsele su alazán, decididamente muy nervioso.—¿Y mi excelente amigo Neontof? ¿ausente? ¿con un poco de gota?

—Precisamente, monseñor.

Los ojos de Ulrico llameaban. ¿Qué no hubiera dado por saber lo que hablaban dos seres, el uno tan visiblemente galante, y la otra tan ostensiblemente lisonjeada?

—Déle usted mis recuerdos, concluyó haciendo una reverencia á Boris.

Y al mismo tiempo dijo algunas palabras á una antigua señorita de honor que se puso roja de alegría.

Ulrico se había acercado. Si hubiera hecho todo lo que imaginaba, ¡qué interrogatorio hubiera sufrido la condesa! Pero sus ojos decían ya demasiado. Eran reproches crueles, aunque mudos, acerca de la coquetería que le hacía sufrir. Eran casi amenazas, amenazas de desesperado, que moriría si se viera postergado á un rival....

—¿Qué niño es usted! dijeron los ojos de Cleopatra.

Un vértigo le trastornó la cabeza; el sol, la música, la fiesta, todo le embriagaba; las

palabras ambiguas del gran duque, que volvían á sonar después de tantos años, todo le parecía conjurado para deslumbrarla.

Un cañonazo sonó en la fortaleza, al otro lado del Neva.

—¡El agua sube! dijo una voz. ¿Se han derretido los hielos?

El corazón de Cleopatra había latido con sorpresa y no sabía aún por qué causa.

Mientras que, ya terminada la revista, cada cual se apresuraba por volver á su carruaje, ella permanecía con una mano apoyada en el terciopelo de la tribuna, turbada hasta el punto de no saber ya dónde se encontraba.

—Condesa, dijo la voz de Ulrico á su lado ¿me permite usted llevarla hasta su coche?

El había confiado su caballo á un soldado, y se mantenía delante de ella con la cabeza descubierta, ofreciendo su mano enguantada para saltar las dos ó tres gradas cubiertas de una alfombra.

Cleopatra siguió maquinalmente aquel movimiento; su *landeau* descubierta estaba allí apoyada en la mano del joven subió á él.

— El Neva está en movimiento, decían algunas voces cerca de ellos. Vamos á verlo.

— Venga usted, dijo la condesa.

Ulrico subió rápidamente y se sentó junto á ella.

— ¡Al muelle! dijo Cleopatra.

El lacayo saltó cerca del cochero y el carruaje, siguiendo la fila, fué al muelle de la corte.

Ni Ulrico ni Cleopatra habian pensado lo que hacian. Comprendian solo que no podian separarse en aquel momento.

Sin cambiar una palabra, entre la confusión de coches y de conversaciones, miraban el espectáculo que tenian ante sus ojos.

El hielo habia hecho algunos movimientos. Grandes fragmentos se habian hundido bajo el agua, luego se habian erguido perpendicularmente; una parte de agua azul brillaba al sol; el resto se teñía con una blancura deslumbradora. De pronto, la anchura entera del rio se conmovió bajo un impulso poderoso. Un enorme témpano, de anchura de trescientos metros y de largo casi lo mismo, llegaba con una rapidez extraordinaria. Se precipitó sobre las masas detenidas; un crujido prodigioso se dejó oír y los hielos se

levantaron como masas de cristal para caer inmediatamente con un estruendo fragoroso, armónico, exquisito como una música de hadas. El caos apareció sobre el inmenso rio que media en aquel punto un kilómetro de anchura, un caos blanco, fantástico, en el que los prismas atravesados por los rayos del sol arrojaban arco iris inverosímiles.

— ¡Qué hermosos! dijo Ulrico.

— Usted habrá visto ántes esto, dijo Cleopatra un poco burlona. Usted habrá visto cosas mejores en Suecia.

— No lo recuerdo, repuso, nada me ha parecido tan hermoso como esto.

Sus rodillas tocaban los pliegues del vestido de Cleopatra; bajo el abrigo que la cubria, la misma atmósfera tibia bañaba sus miembros. El jóven estaba completamente perdido.

— Mire usted, dijo vivamente Cleopatra, ya se van.

Ella queria escapar á sus ojos que la abrazaban. Parecianle tener en el pecho un fuego muy dulce, aunque inexorable, que se encendia en su interior.

Un ruido agudo como un cañonazo resonó, el caos se deslizó, desapareció bajo el agua

azul, los témpanos giraron sobre sí mismos y la corriente rápida lo arrebató todo. Allí, donde hacia un momento un desierto helado erguía sus agujas transparentes, el río había reconquistado su imperio y las olas azules corrían apretadas, sin obstáculos. Apenas algunas masas de nieve bajaban por la corriente semejante á cisnes....

Cleopatra sintió que toda su vida anterior acababa de irse con los últimos vestigios del invierno; parecióle que su amor antiguo por Boris, su sacrificio á Neoutof, sus deberes mundanos, sus triunfos de mujer, todo había desaparecido en los remolinos del agua azulada; una sola cosa quedaba, una gran corriente profunda y rápida que la arrebatara.... ¿Adónde? Hacia el sol, hacia el calor....

Miró á Ulrico, quien por primera vez le dijo en voz baja:

—La adoro!

Lo oyó ella. No volvió los ojos, sus labios se entresbrieron y la palabra que no llegó á decir fué recogida por el loco amante.

—Volvamos pronto, dijo al cochero.—¿Tomará usted una taza de té? dijo al jóven.

Habia que decir algo.

El no respondió sino con un gesto maquinal. Con los ojos cerrados, saboreaba su visión interior.

Rodaban con gran estruendo por el empedrado. De vez en cuando Cleopatra se estremecía como si tuviera frío. El landeau, se detuvo delante del hotel de Neoutof; ella bajó rápidamente, dejó caer su pelisa en el suelo, y corrió hasta el fondo del salón.

Ulrico la había seguido con el mismo paso. Cuando ella estuvo delante del sitio en que acostumbraba sentarse, se volvió hacia él.

—¿Qué me dijo usted? le preguntó temblando de pies á cabeza.

—Que la adoro, repitió el jóven.

Ella le tendió cerrando los ojos, sus dos manos, que él cubrió de un largo beso, con el cual parecía beberla. A medida que el beso se prolongaba, la sangre se retiraba de las mejillas de Cleopatra; al fin se dejó caer en un sillón.

El la miró, tuvo miedo y soltó las manos que tenía agarradas.

—Dios mío, que pálida está usted! dijo. Sin abrir los ojos, ella sonrió deliciosamente.

—¡Quédese ahí! le dijo con voz apagada, no se mueva, no diga nada....

El obedeció, no osando acercarse. Al cabo de un instante, ella levantó un poco la cabeza lánguida y la miró.

—Yo no sé, dijo lentamente, lo que será de usted y de mí, pero la muerte es deliciosa si esto es la muerte; y si es el amor...

El se inclinó sobre ella.

—Si es el amor, le amo, dijo en un suspiro.

Un criado llegó con una bandeja con el té.

—Siéntese usted ahí, dijo Cleopatra en la misma voz apagada.

El joven se sentó, el criado arregló las tazas y salió.

—Ahora, dijo Cleopatra, cuénteme cómo ha llegado á amarme.

XVII

Después de un coloquio de media hora, que les pareció que apenas había durado un minuto, el joven sueco se retiró, y Cleopatra entró en sus habitaciones.

En otras circunstancias hubiera ido á ver á su marido, para contarle los detalles de la revista; pero ahora, la revista le parecia tan lejana como la del año anterior. Trató de reconcentrar sus recuerdos; pero no pudo acor-

darse de nada; y no es que su memoria se negase á evocar los recuerdos de la fiesta sino que la imagen de Ulrico, la impresion exquisita del beso en el que él habia aspirado la vida de ella, borran en seguida las otras impresiones.

No pudo realmente pensar en otra cosa.

Para volver á la vida real, Cleopatra recurrió á un medio que resulta casi siempre; llamó á sus doncellas y pidió otro vestido. Es menester haberlo experimentado para saber cuánto aleja el contacto de otras ropas la obsesion de un pensamiento; parece que se despoja uno de la túnica de Neso.

Refrescada, reposada, pasó á la habitacion de su marido que habia ya preguntado por ella dos veces.

—¡ Al fin! dijo. ¿Qué te ha sucedido?

—He sentido frio, respondió. Los hielos del Ladoga han obstruido el rio en el momento en que terminaba la parada; yo he ido á verlos, como los demás, y al volver, te aseguro que he tenido necesidad de calentarme.

—Es verdad, tus manos están heladas, dijo el viejo besando la mano que le tendia la condesa.

Instintivamente Cleopatra retiró su mano.

Después de los labios de Ulrico ¿no era una profanacion dejar que se acercaran otros labios?

Neoutof miró á su mujer con cierta sorpresa, era la primera vez que semejante cosa le sucedia; de ordinario ella aceptaba con gusto esta forma de homenajes, por otra parte insignificante. El dijo entre sí que probablemente ella habia sentido extremado frio, y esto la ponía nerviosa; luego ya no pensó en ello.

—Pues bien, querida niña, dijo Neoutof fundiéndose cómodamente en su sillón, ¿cómo ha estado eso?

Cleopatra se armó de toda su energía para acordarse de las cosas de que tenia costumbre dar cuenta, pero la tarea era superior á sus fuerzas.

—Decididamente, dijo, estoy muy fatigada; preguntame, yo responderé.

El general se opuso á hacerla, sonriendo, preguntas de todo género; ella respondia en efecto, pero distraida. Mientras que él hablaba, mientras que ella nombraba á unos y á otros, veía los ojos de Ulrico, oía las tres palabras con las cuales habia tomado pose-

sion de ella, y las palabras le parecían entusiasmados pájaros nocturnos, murciélagos fúnebres que posaban entre ella y su vision.

—¿Y la familia imperial? preguntó Neotot; ¿estaba completa?

—Sí, respondió Cleopatra. El gran duque Boris.

—¿Boris?

La mirada escrutadora del general interrogó el rostro de su mujer. ¿Era la vuelta del gran duque lo que le volvía tan distraída? Su voz había temblado un poco al nombrar al príncipe; la de su mujer parecía muy tranquila, pero esta no era una prueba de indiferencia; ¡las mujeres son tan astutas!

—Sí, ha vuelto; y ha estado muy amable.

Neotot no dijo nada. Toda su animación, toda su alegría acababan de desvanecerse, y parecía ahora muy viejo, con la quijada un poco extendida, la espalda encorvada, sus manos gotosas prolongadas sobre la manta que rodeaba sus rodillas.

—¿Qué viejo está! pensó Cleopatra mirándole.

Una abertura luminosa se hizo en su espíritu, semejante á las ráfagas que atravie-

san las gasas sombrías de las aspiraciones de magia. Veía allí claramente pasar el carro fúnebre empenachado, cubierto de flores, que se llevaba al conde, lleno de años y de honores, hacia su última morada. Esto ocurría en plena luz, bajo un sol deslumbrador, como el que alumbraba en aquellos momentos sobre la corriente rápida del Neva. Aquellos funerales tenían el aspecto de una aurora.

—¡Oh qué horrible! pensó la condesa, pasando sobre sus ojos sus dos manos aún estremecidas por el beso de Urico.

Un sentimiento de piedad, muy sincero, la inclinó sobre el sillón de su marido.

—Parece que estás malo, amigo mio, le dijo afectuosamente.

—Estoy viejo, dijo él en voz cascada, un poco ruda.

Ella guardó silencio. El tenía setenta y siete años; ya es un viejo ciertamente á esa edad; pero cuando él estaba alegre, parecía de tal modo más joven, que se olvidaba la cuenta de su edad. Sin embargo, no podía vivir mucho tiempo; algunos años á lo más... ¿Qué son algunos años cuando una mujer es amada?

Descontar la muerte ¡qué cosa tan horro-

rosa! Cleopatra tuvo vergüenza de sí propia.

—El buen tiempo va á ponerte bien, amigo mio, le dijo ella con dulzura.

Estaba ofendido sin saber por qué; como los buenos sabuesos, olfateaba algo de hostil en su dicha, y sufrían sus nervios. Si algun infortunado sirviente le hubiera caído en aquel momento bajo su mano, lo hubiera aplastado bajo el peso de su cólera. Sin embargo, Cleopatra le miraba con bondad; amaba sinceramente á aquel amigo discreto, que hasta entonces le habia dado la dicha.

—Eres muy buena, querida mia, le dijo en un tono menos adusto; pero estoy nervioso, te suplico que me dejes. Espero que estaré mejor á la hora de comer.

Ella vaciló un poco; una voz secreta le decía en su interior, que ella era la causa de aquel súbito malestar; hubiera querido reparar el daño que habia hecho sin querer; pero aquel daño era ténue, tan icasequible, que no sabia cómo tomarlo.

Se inclinó sobre la vieja y arrugada frente, coronada de espesa mata de cabellos blancos erizados como por la cólera, y la besó afectuosamente, como lo hubiera hecho una hija

—Tu sufrimiento me aflige, amigo mio, le dijo. Espero que dentro de poco te hallaré mejor.

El tomó la mano que habia puesto ella sobre el brazo del sillón y la miró sin llevarla á sus labios.

—Eres mi única alegría, Cleopatra; dijo, he hecho mal en ligarme á tí; hubiera debido comprender mejor lo que convenia á mi edad, y no querer de tí más que lo que se obtiene de una flor, el perfume. . . . Pero he sido débil, y me he dejado llevar por la dulzura de saber que eres tierna y leal para con tu anciano amigo. . . . Hay que perdonármelo, querida niña; se perdona mucho á los viejos, porque ya no les queda mucho tiempo que vivir. . . . Vamos, amiga mia, no te entristezcas con mis chochecas de viejo caduco; sigue siendo hermosa, alegre, y sobre todo, dichosa. . . .

Resueltamente, Cleopatra se restregó una mano con otra; era menester borrar el beso, costara lo que costara; entonces presentó espontáneamente á los labios de su marido la mano purificada. El la besó con gratitud y ella salió de la habitacion, con la cabeza er-

guida, el corazón singularmente conmovido aunque algo desgarrado.

— ¡Viejo imbécil! dijo entre sí Neoutal mirando la puerta por donde acababa de pasar Cleopatra; á tu edad tener celos y de una criatura semejante. ¿Y por qué causa porque tu imperial amigo ha dicho dos palabras de cortesía á esta maravilla de buen sentido y de hermosura . . . ¿No sabrás nunca ser viejo? Eras menos ridículo cuando casaste con ella . . . ¿Eres ahora menos ridículo ó crees sencillamente que lo eres menos?

Y se abismó en una meditacion retrospectiva que no carecia de encanto, y la hora de la comida le vió más alegre, más dispuesto á gozar de lo que la vida le ofrecia aún de gozos, tanto los del alma como los del lujo.

XVIII

La primera sorpresa habia encontrado á Cleopatra sin defensa; habia habido tanta imprevision en la explosion súbita de aquella pasion, ó á lo menos tanto secreto en todo lo que la habia destruido el equilibrio entero de la jóven.

¿A dónde la conduciria aquel? ¿Cual seria el resultado de un amor tan extraño, tan poco justificado; para un hombre que apenas ella conocia?

guida, el corazón singularmente conmovido aunque algo desgarrado.

— ¡Viejo imbécil! dijo entre sí Neoutal mirando la puerta por donde acababa de pasar Cleopatra; á tu edad tener celos y de una criatura semejante. ¿Y por qué causa porque tu imperial amigo ha dicho dos palabras de cortesía á esta maravilla de buen sentido y de hermosura . . . ¿No sabrás nunca ser viejo? Eras ménos ridículo cuando casaste con ella . . . ¿Eres ahora ménos ridículo ó crees sencillamente que lo eres ménos?

Y se abismó en una meditacion retrospectiva que no carecia de encanto, y la hora de la comida le vió más alegre, más dispuesto á gozar de lo que la vida le ofrecia aún de gozos, tanto los del alma como los del lujo.

XVIII

La primera sorpresa habia encontrado á Cleopatra sin defensa; habia habido tanta imprevisión en la explosion súbita de aquella pasión, ó á lo ménos tanto secreto en todo lo que la habia destruido el equilibrio entero de la jóven.

¿A dónde la conduciría aquel? ¿Cual seria el resultado de un amor tan extraño, tan poco justificado; para un hombre que apenas ella conocia?

Cleopatra no pensaba en esto; y no es que su espíritu muy claro no se hubiese ya esforzado por arrostrar las consecuencias, sino que no quería ver nada; trataba de reconocerse, sin conseguirlo, y semejante á un ser cogido en un torbellino que gira siempre en un mismo sitio, perdiendo la orientación, preocupado por la idea única de no ser arrojado á tierra, no deseaba ella sino estar sola, á fin de saborear el goce divino del recuerdo de sus primeras emociones de amor.

Estaba cogida, agarrotada en la red de la pasión; ocurriera lo que quiera, ella pertenecía á Utrio, como éste le pertenecía á ella. Ni uno ni otro podrían poseerse en la realidad, pero en el pensamiento no formaban más que un sólo ser. No era esto quizás lo que el amor tiene de más elevado; era con seguridad, lo que ofrece de más irresistible.

Después de una noche llena de quimeras, que pasó muy pronto para Cleopatra, en una especie de sueño, medio despierta, en que la escena del *landeau* se repetía y prolongaba hasta lo infinito, como las arañas de un salón en los espejos colocados paralelamente, se levantó quebrantada, creyendo haber sufrido un acceso de fiebre y pensando volver á la

vida real, cuando subiera de su baño, que solía siempre calmarla.

Se vistió sin prisa, se hizo una elegante *toilette* interior y pasó á la habitación de su marido.

Había éste dormido bien; su humor alegre había reaparecido y parecía dejarle la gota, tanto que abandonó su sillón y dió varias vueltas por su habitación.

La memoria había vuelto á Cleopatra con su ingenio acostumbrado; hizo á su marido la narración de los incidentes de la parada; él pudo saborear á satisfacción todo el lujo de las pequeñas intrigas de la corte y de la ciudad que constituían su principal diversión; así pasó la mañana de un modo delicioso.

Después del almuerzo, el general quiso dormir su siesta habitual; y como la condesa le propuso que se quedaria á su lado mientras él dormía, á fin de que cuando despertara la encontrara allí si su sueño era corto, como solía sucederle, él rehusó galantemente lo que llamaba con el nombre de sacrificio.

—Nó, le dijo, mi hermosa y buena amiga; vuelva á tu cuarto, recibe visitas y vé á pasearte. No tomes la enojosa costumbre de

consagrarte enteramente á mí, y sobre todo no consentas que me acostumbre á no pasar sin tí.

Cedió ella y se volvió á sus habitaciones una vez que estuvo sola, se sintió hastiada toda su alegría, toda su energía acababan de desaparecer. Tomó una labor y la arrojó con impaciencia; un libro nuevo tuvo la misma suerte, cuando después de haber leído algunas páginas notó que no había comprendido nada. Algo rabiosa, abrió el piano y comenzó á tocar un *scherzso* de Chopin, donde de todos los combates de su alma angustiada encontraban un lenguaje ardiente.

Esto era lo que necesitaba; las notas locas semejantes á gritos de socorro, los arrebatos supremos hacía un ideal inaccesible, era la expresión interior de la borrasca que la agotaba interiormente.

Un paso ágil resonó sobre la alfombra del salón con un ruido de espuelas; se levantó como cogida en fragante delito de algun pecado.....

Era Ulrico; casi corria para llegar más pronto al lado de ella. Cleopatra tuvo un momento. ¿No era ya el dueño de ella? ¿Qué sería de la jóven si lo demostraba?

En un ademán régio le indicó un asiento, al propio tiempo que ella se sentaba un poco más lejos. Todas las puertas habían quedado abiertas; ninguna expansión, ninguna intimidad podían verificarse. El le tendió la mano, ella le alargó la suya, que guardó el, y Cleopatra comprendió que por mucho que hiciera, la distancia que separaba sus sillones y que apenas permitía á sus dedos tocarse, no sería una distancia más que á los ojos del mundo; para ellos no existía. Se libraron mutuamente por completo en este contacto fugitivo y embarazoso.

— Vamos amigo mío, hay que ser razonable, dijo Cleopatra tomando un aspecto de hermana mayor muy seria. Ayer usted..... y yo nos hemos dicho locuras; creo que el sol nos había embriagado un poco. Ahora se trata de volver á la razón.

— Señora, dijo lentamente Ulrico, la adoro desde el momento en que la ví por primera vez; era la noche de Pascuas, en la capilla del Palacio. Después no he pensado sino en usted; he vivido para saludarla ó para verla pasar, cuando sus ojos no se detenían en mí. No hay que hablarme de locura ó razón.

—¡Amigo mío! dijo la condesa en tono supplicante.

Y se detuvo, ¿qué podía decirle? Ella sabía que él no exigía en nada la verdad.

—Me dirá usted que es casada.

—Sí, interrumpió vivamente Cleopatra, estoy casada con el mejor hombre del mundo y.

Lo sé. ¿Cree usted que desde hace un mes no he pensado todo lo que es posible pensar para no llegar hacer lo que he hecho ayer? Está usted casada. Mi amor es un crimen, se llama adulterio; pesa sobre mi conciencia tan gravemente como puede pasar sobre la suya. Pero mi amor es superior á mis fuerzas, superior á usted está, por cima del honor, de la religion misma. La amo y es necesario que sea usted mi mujer.

¡Su mujer! Cleopatra creyó sentir el suelo temblar bajo sus pies. Había retirado su mano; él la tomó para guardarla un instante no más.

—Sí, mi mujer. Tenemos el divorcio en nuestros países. Es necesario que estemos casados en seguida. No quiero hablarle de faltas ni de secretos; eso no sería digno de usted ni de mí. Casi no me conoce usted,

pero ¿qué importa, puesto que me ama! Yo sí la conozco á usted; sé que es usted altiva é inmaculada, sé que es la más respetada de las mujeres de la corte. No debe decaer; quiero llevarla á mi casa con la misma consideración que tiene hoy aquí. Sin esto yo no la hubiera hablado; me hubiera antes muerto.

—¡Ah! murmuró Cleopatra, eso está muy bien.

—Pero, repuso él, apasionadamente, la adoro. Usted no sabe qué cosa es adorar así, con exclusión de todo lo que era antes la vida... ¿Y usted, querida, ha amado?

—No, respondió Cleopatra.

Era cierto, jamás había amado. ¿El deseo de ser gran duquesa tenía algo de común con lo que experimentaba ahora? Y el sentimiento que había dispensado antes á Boris ¿podía compararse con la pasión que la subyugaba?

—Es menester, repuso el joven, que usted se arregle para quedar libre; yo soy menos, mucho menos rico que usted ¿le importa algo?

—No, dijo ella; una vez que sea libre, no tendré ya nada.

—Pues bien, entónces no me diga usted

CLEOPATRA.—17

nada de lo que piensa? dijo él con impaciencia.

Cleopatra hizo un esfuerzo violento sobre sí misma y se levantó:

—¡No puedo abandonar á mi marido! dijo con alguna cólera. Usted habla como aquel á quien nada le cuesta. Pero yo.....

—Es que usted no me ama aún lo bastante, respondió el jóven desalentado. ¡Si usted me amara como yo la amo!....

—Nada sé de eso, exclamó, ¿cómo habría de saberlo? Jamás he imaginado una situación parecida. Yo sé solamente que el conde es mi bienhechor, que me ha sacado de la pobreza, de los cuidados, de otras muchas cosas más; sé que soy la alegría de su vida, y que no puedo quitársela.

—Usted es la alegría de la mía, dijo Ulrico muy por lo bajo, fijando sobre los ojos de Cleopatra los suyos, llenos de ternura y de pasión.

—Sí, dijo el jóven con impaciencia; pero lo que usted me pide, y que le parece tan sencillo, sería por mi parte una infamia.

Ulrico se levantó muy pálido.

—Quizás tenga usted razón, dijo; no había pensado más que en nosotros..... nin-

gun deber me une con persona alguna..... Usted es otra cosa..... Perdóneme que haya turbado su reposo.

Iba á salir. Ella dió un paso entre él y la puerta.

—¿Dónde vá usted? preguntó.

El respondió con un ademán de extravío.

—¿Lo sé acaso? ¡Pero qué importa! Voy á volverme á mi país....

—Yo no quiero, no lo quiero, exclamó ella en un raptó tal, que él la cogió entre sus brazos.

—¿Luego me amas? la dijo en un acento de inefable ternura. ¿Tú tambien tienes necesidad de mi presencia para amar la vida? Déjame tutearte. ¿No somos novios?

La jóven sentia derretirse; sus fuerzas desfallecian; quiso morir de aquel modo. El quiso besar sus labios, pero ella se arrancó de sus brazos.

—No, no, dijo Cleopatra muy de prisa y por lo bajo. Nada de esto; me mataría..... Comprendo que no podré soportarlo.

Habia caido en un sillón; él la habia cogido las manos, que besaba, y que ella quiso retirárselas.

—No sé lo que tengo, dijo la jóven son-

riendo, como para que la perdonara. Creo que es consecuencia de la vida de bailes y de vigiliass que he llevado este invierno. Estoy tan débil, que pienso que voy á morirne.....

—Querida mia, vivirás; verás cuán hermosa existencia te dará mi amor. ¿Entonces quieres que me quede?

—¡Sí!

—¿Y no quieres ser mi mujer?

—Más tarde, dijo levantándose, aunque vacilando aún. No hablemos de eso ahora. Ulrico, nada sé de la vida..... Quiero decir que hay ciertos misterios de la vida que me son desconocidos. Déjame que reflexione. Yo te hablaré de mí algún dia, y entonces comprenderás por qué tu..... tu amor me encuentra tan poco aguerrida..... Creia no haber amado jamás; habia desterrado el amor de mi existencia.... ¡Cómo se venga ahorl de

Timida, sonrojada, como una muchacha de quince años, ella tendió su mano á su amante.

—Déjame que lo aprenda todo, pero lentamente, dijo; estas emociones demasiado vivas me matan..... He ordenado demasiado quizas mi sensibilidad.... Apenas podia

ejercitarla en el mundo oficial en que he vivido..... No sé lo que le diré dentro de algunos dias, pero hoy déjeme que reflexione....

Su pensamiento se tornó bruscamente hacia el general.

—No quiero ser ingrata ni cruel, continuó Cleopatra con melancolía.... Quisiera arreglar mi dicha sin turbar la de los demás.....

La fisonomía de Ulrico expresaba bastante claramente que aquello le parecia imposible.

—Más tarde, más tarde, dijo ella respondiendo á la mirada de él. Por el momento sepamos contentarnos con ser dichosos.

Ulrico se marchó con pesar, porque comprendió que ella le despedía.

—¿Hasta mañana? le dijo.

—No lo sé, no..... En todo caso, aquí no..... Venga usted dentro de dos ó tres dias.

—¡Dos ó tres dias! ¿Sin verla?

Ella tomo un aspecto grave.

—Si nuestro porvenir debe ser lo que usted desea, le dijo, tendrémnos que someternos á otras pruebas más difíciles.....

Y salió. Cuando Cleopatra se quedó sola, prohibió que entrase nadie, y trató de reflexionar, aunque sin poder conseguirlo. Reclinada en un divan, se durmió dulcemente despues de una corta meditacion, sin saber si el anonadamiento que la dominaba era sueño ó síncope..... Poco le importaba, por otra parte; la muerte misma no le arredraba, ¿no vivia ya fuera del mundo real?

Cuando se despertó, su gabinete estaba casi obscuro; un poco de claridad venia del techo, reflejo de los mecheros de gas de la calle. Costóle trabajo cobrar ánimos, tan extraño le parecía el estado de su alma. Despues de un corto cavilar, cobró alientos al fin; y toda via sola, en aquel asilo mudo, meditó durante algunos minutos.

Casi reprochaba á Ulrico haber precisado la situacion, haber indicado un desenlace, en suma, haber hecho una realidad de aquel ideal que hubiera deseado que hubiese cernido solo en el éter, ¿Habia algo mejor que aquellas primeras emociones del amor, cuya frescura constituye el principal encanto? Su violencia misma, que la aterraba, le daba la deliciosa sensacion de un peligro constante; sentia que su ser era frágil y no estaba segu-

ra de no morir mientras que él apretaba sus labios sobre las manos de ella. ¿Seria menester habituarse, haziarse quizás, perder al cabo aquella alegría, sin estar segura de reemplazarla por otra?

Mientras que echaba una ojeada á su atavio, antes de comer, su turbacion se calmó poco á poco, y la dicha nacida la víspera se estableció por cima de sus agitaciones, al modo con que el agua de un hermoso lago se apacigua cuando viene el buen tiempo.

¿Cuánta riqueza ponía el amor en su vida! Ella experimentaba la sensacion de un lujo nuevo, algo comparable á la suavidad del terciopelo de los hermosos abrigos en que uno se envuelve á los primeros mordiscos del frio. Parecia haber sido hasta aquel dia una mendiga aterida, estacionada á la puerta de los palacios, pero que, acostumbrada á su miseria, la soportaba sin sentirla. Ante ella acababa de abrirse un mundo encantado lleno de perfumes, de telas sedosas y suaves, de calor, de luz... y penetraba en él, dulcemente estupefacta, rodeada, sobrecogida por el sopor de aquel bienestar desconocido.

Una de sus primeras impresiones, extrañas seguramente, pero muy sincera, fué la

necesidad de compartir su alegría con el general Neoutof. De la misma manera que en la primera época de su matrimonio, acudía instintivamente á él siempre que encontraba en su habitación ó en su gabinete una joya, un libro, un ramo, ansiosa por darle las gracias, ó porque compartiera su contento; del mismo modo le parecía muy natural correr al lado de su amigo, de su confidente, para decirle: "Una gran dicha me sucede, ¡amol!"

Una especie de esfuerzo le fué necesario para retener una imprudencia tan tentadora. Tenia necesidad de que compartieran su gozo.

Se ha reprochado mucho la deplorable costumbre que tienen los enamorados de expandirse en el seno de algunos confidentes cuando la prudencia más elemental les ordena guardar silencio absoluto. Esta severidad proviene quizás de que no se ha estudiado bastante las necesidades de la naturaleza humana.

La pena tiene las lágrimas por expresión, se puede llorar solo, el verdadero dolor hasta exige la soledad; pero la alegría no puede pasarse sin una expansión exterior, es comunicativa, quiere que se le responda, que se le

complimente.... Es por eso por lo que los enamorados parecen charlatanes y ridículos..... cuando no se está enamorado de vera.

Cleopatra no podia confiarse á nadie. Se esforzó por absorberse en otra idea, á fin de ser semejante á sí misma. No era fácil; pero logró aparentarlo con su marido, cuyo buen humor se habia conservado. Algunos amigos vinieron por la noche y cuando se retiraron, la jóven estaba harto fatigada para pensar en otra cosa que no fuera su reposo.

Otro dia salió para tomar el aire, y en el muelle de la corte se encontró con Ulrico. Era aquel el paseo favorito en este momento, donde se tenia la seguridad de ver desfilar á todo el gran mundo. Cambiaron un saludo, acompañado de una sonrisa de Cleopatra. Esto era poco, pero valia algo más que nada, segun dijo entre sí la dama. Ulrico pensó que tal conducta era una crueldad gratuita y que debia á lo menos haberle invitado para tomar el té aquella noche. Pero el jóven perdió su tiempo y sus reflexiones.

Al dia siguiente sucedió lo mismo; el jóven tomó una leccion bien útil. Su pasión le habia llevado tan lejos de los límites de las

conveniencias, que no pensaba siquiera en los espectadores, que podrian observarlo. Educado en la soledad, niño salvaje y sin amigos, era, no obstante, lo que se llama un hombre de la buena sociedad: su madre era demasiado gran dama para no haberlo perfectamente educado; sabia y observaba, casi sin reparar en ello, todo lo que se debe uno á sí propio, y todo lo que se deba á los demás que le rodean. Pero las preocupaciones del qué dirán, los juicios emitidos por un tercero, no sobre vuestros actos, sino sobre vuestros pensamientos, he aquí lo que Alsen ignoraba completamente. Se contentaba con ser un hombre galante, al mismo tiempo que un hombre honrado, y obrando lealmente, no pensaba que una accion de él pudiese ser interpretada mal.

La idea de que la mujer á quien amaba podia ser mal juzgada por los indiferentes, á causa del sentimiento que él experimentaba por ella, se le apareció de repente como un rayo de luz; aquel mozo de veintiseis años comprendió de pronto que no se hallaban solos en el mundo. Al hablar á Cleopatra del respeto de que se hallaba rodeada, no habia pensado más que en darle una prueba más

de gran estima; viéndola obligada á hablar con diez personas, á saludar á veinte importunos, ántes de poderla dirigir un movimiento de cabeza, se dió cuenta del peligro al cual la exponía una adoracion tan evidente como la que él la habia demostrado hasta aquel dia.

Una señora vieja, muy lista, decia de una pareja muy calumniada: Nada hay de culpable entre ellos, lo juraria, porque se miran. No hay que desconfiar, sino de los enamorados, que en el mundo ya no se miran.

Por exceso de prudencia, Alsen estuvo á pique de comprometer á Cleopatra, porque de pronto, asediado por sus remordimientos, tomó una gran resolucion, y pasando de un extremo á otro, afectó no mirarla. La jóven habia observado en otros estos manejos de enamorados, astucias inocentes que no engañan á nadie; pero ella cayó en este lazo, y de pronto creyó que habia ofendido á Ulrico.

—Venga usted mañana, le dijo deteniéndose para darle los buenos dias.

El bajó los párpados sobre sus ojos sobrado brillantes, y respondió con un saludo ceremonioso. El gran duque Boris venia á su encuentro, y los miró con cierta atencion.

Cleopatra parecía cambiada, menos segura de su imperio; ya no era la altiva indiferente, sino una mujer turbada.

Con una mirada, aquel fino observador de las mujeres adivinó todo, ó poco menos; la idea de una pasión profunda, no cruzó siquiera por su cerebro, pero sí creyó que la condesa había sido tocada por el vengador Cupido, según él se dijo con una ligera sonrisa.

—Pues bien, concluyó él interiormente, ese joven es bastante hermoso para que ella esté enamorada de él. Es un poco vulgar, y eso desacredita á la altiva estatua, pero Neotof debía esperar esto.....

Pasó al trote largo de su caballo, devolviendo los saludos con un ademán lleno de nobleza y de gracia, y Cleopatra se sintió más libre, al ver que no había vuelto la cara.

El día era hermoso; muchas damas lo aprovechaban para tomar el aire. Irene no podía faltar. Hizo su aparición del brazo de su marido, que engordaba cada día más, mientras que ella enflaquecía.

—¡Ah, encantadora cuñada! dijo Charamirof, encantado de verla. ¿Qué te pasa? Nadie te vé!

—Mi marido no se halla muy bien, y le he hecho compañía, respondió Cleopatra, sin embargo, estuve en la revista de Mayo. ¿No me han visto ustedes? Tendrían otra cosa que hacer.....

Irene miró á su marido con la expresión de una violenta inquietud. Desde hacia algún tiempo, la esposa se imaginaba que le engañaba, y hubiera dado con gusto la reputación de su mejor amiga, por saber con quién. Pero Cleopatra y el inculpaado, parecían los más inocentes del mundo.

—Mi querida Irene dijo Charamirof; puesto que hemos tenido la buena fortuna de encontrar á tu hermana; os dejo juntas, tengo que dar una vuelta por la Perspectiva, y ya sabéis que con damas no es lo más propio..... Sin que nos digamos adios.....

Y desapareció con una ligereza que no se hubiera esperado de su imponente persona, dejando á su mujer una inquietud redoblada, á su cuñada unas pequeñas ganas de reír cuidadosamente disimuladas.

—Se ha eclipsado, dijo Cleopatra; marchemos un momento juntas, ¿no es eso Irene? Esto sentará muy bien; es hermoso que se vea á las familias distinguidas unidas.

E indicó imperceptiblemente el Palacio de Invierno, á cuyo lado pasaban en aquel momento.

Irene pensaba en su marido y no respondía.

—¿Y tu hijo? preguntó Cleopatra.

—Gracias, está muy hermoso. ¿Y tu marido?

Así cambiaron las cortesías indispensables, sin preocuparse mucho de las respuestas.

—Iba á decirte que estaba bueno, pero no sería verdad. En esta última época le ha molestado mucho la gota, pero se encuentra mejor.

—Yo me alegro, dijo Irene con el mismo tono que hubiera dicho "¡Me es igual!"

Después de un silencio, añadió:

—Dime, Cleopatra, ¿tiene ochenta años tu marido?

—No, querida, todavía no; setenta y siete solamente.

—Ya es una edad avanzada.... Pronto serás viuda.

Cleopatra se estremeció. Viuda libre.... sí, eso debía suceder; solamente, ¿sería pronto ó sería tarde?

—¿Por qué me dices eso? le preguntó.

Irene la miró con sorpresa.

—¿No encuentras eso natural? Pues sí querida, no se puede tener dos opiniones sobre eso. Te casarás, así lo espero.

—Quizás, respondió Cleopatra, mirando como corrian las olas azules, chispeantes, del magnífico río.

—Tú dices: *quizás*; yo digo: *es lo cierto*. Cuento con que buscarás un marido joven, muy guapo.

—¿Por qué? murmuró la condesa.

—Porque ya ves, querida, después de la cuarentena se da una con facilidad indigestiones.... ¿No sabes á donde habrá ido mi marido?

—No, respondió Cleopatra, que hallaba la conversacion de su hermana algo deshilvanada.

—Pues bien, yo creo que está dándose una indigestion. ¿No comprendes? No importa; tú no has tenido jamás una inteligencia muy pronta. A dios, me vuelvo, siento frio.

Se estrecharon las manos y se separaron. Cleopatra pensaba:

—¿Qué cosa tan singular es el parentesco! dijo entre sí. Entre mi hermana y yo no hay la sombra de un átomo de simpatía, y

Ulrico, á quien no conozco, por decirlo así, me es tan querido, tan querido.....

El rayo de sol evocado por ella la reconfortó hasta su casa.

Al entrar encontró la casa con un aspecto extraño. El ayuda de cámara no estaba en su puesto en la antesala; las puertas estaban abiertas.

Avanzó; un olor de éter llegó á su olfato instantáneamente; con el corazón oprimido, con una especie de impaciencia nerviosa, se fué directamente al cuarto de su marido. A la entrada del despacho encontró al médico.

—¿Qué hay, doctor? le preguntó preparada á todo.

—Tranquílese, señora. Su marido ha tenido un síncope; se creyó que era un ataque de parálisis y fueron á llamarme; por dicha no ha sido nada. El general estará completamente bien dentro de dos ó tres días.

Y la saludó y salió como hombre apresurado cuyos minutos están contados.

Cleopatra permaneció un instante inmóvil. ¿Neoutó? había estado, pues, malo?

Aquel médico le ocultaba quizás la verdad. Apenas osaba pensar en nada. De pronto,

tomando una resolución, entró en el cuarto del enfermo.

—¡Alegría de mis ojos! dijo muy por lo bajo el enfermo, tendiéndola débilmente la mano; tu anciano esposo acaba de ser una vez más engañado por su vieja querida la muerte.....

—¡Loado sea el Señor! respondió la joven con fervor sincero.

No, decididamente no podía pensar con frialdad en ver morir á aquel hombre.

Y su corazón desgarrado parecía sangrar por todas sus fibras.



XIX

Neoutof se repuso muy pronto del accidente que habia inquietado á su familia; al cabo de algunos dias, hasta pudo salir en carruaje descubierto, lo que no habia hecho desde hacia mucho; la partida para Tsarekoe-Selo, fné suspendida hasta los últimos dias del mes de Mayo.

Ulrico venia casi todos los dias á hacer una visita de un cuarto de hora á Cleopatra. Con frecuencia la hallaba en compañía de

algun importuno; se sentaba entonces y guardaba un imperturbable silencio.

A causa de su adolescencia solitaria, casi no gustaba de hablar, por lo que le habian llamado algunas malas lenguas "el mudo de la Escandinavia."

No se alteraba por eso, sabiendo que el silencio es oro, y que es digna de lástima una persona que tiene que agotarse durante horas enteras para hablar sin decir nada. Cuando el intruso era machacon, Ulrico se levantaba al cabo de un cuarto de hora, término que se habia jurado no traspasar, é inclinándose gravemente ante la condesa, besaba la mano que le ofrecia ostensiblemente. Todo esto era perfectamente correcto, conforme de todo punto con las costumbres y nadie tenia nada que decir.

Cuando se hallaban solos, era otra cosa; él se sentaba bastante lejos de ella para que nadie que llegara pudiera sospachar nada; luego tomaba la mano de Cleopatra y la guardaba entre las suyas.

Ella trataba de hablar, de conservar, por amor propio á lo ménos, las apariencias de una conversacion; trabajo inútil, sentia una torpeza deliciosa caer sobre ella, é incapaz

de pronunciar una sílaba, sufría el magnetismo de la querida persona.

Un ruido en la pieza inmediata, un grito en la calle, á veces la caída de una hoja en una jardinera los hacía temblar, los arrancaba de su sueño; ella retiraba la mano y recobraba el habla.

Era para reñirle tiernamente, para aconsejarle que tuviera paciencia, para suplicarle que supiera aguardar. El la escuchaba con los ojos fijos en ella, sin interrumpirla, y cuando se detenía con una sonrisa sobre los labios, con un relámpago en los ojos, le decía en voz grave:

—Vivimos en el pecado. ¿No teme usted que la cólera de Dios nos mate?

—¿Qué mal hacemos? balbuceó Cleopatra, tratando de defenderse.

—Somos culpables ante Dios. Quien ha deseado el adulterio lo ha cometido ya en su corazón.

En vano, con su buen sentido práctico de mujer acostumbrada al mundo, trataba de demostrarle la diferencia enorme que separa la intención del hecho, la premeditación de un crimen del crimen mismo, él nada quería comprender. Su educación piadosa, el ri-

gorismo de sus primeros principios, había dejado en su alma huellas imborrables; no se había sentido bastante fuerte para luchar contra su pasión; quería justificarla con un lazo legítimo, á fin de calmar su conciencia.

—Pero, exclamó un día Cleopatra, ¿crees usted que no habíamos cometido un asesinato si Neutof muriera de pena ó de sorpresa cuando yo pidiera el divorcio?

—No, respondió Alsen. Estaría usted en su derecho recobrando su libertad; él es quien no debe mostrarse egoísta.

—Ulrico, es usted cruel y le tengo miedo.

—La amo, respondió cogiendo las finas muñecas de la jóven entre sus manos heladas.

La jóven no pudo responder ya nada. Era cruel, en efecto, porque era egoísta y egoísta porque estaba enamorado; además, incapaz de creer en la existencia de un sentimiento profundo en un hombre de la edad de Neutof. Era un salvaje en verdad, uno de esos seres que educados lejos de los demás hombres, tienen necesidad de descubrirlo todo por sí mismos, sin aceptar nada de la enseñanza de otro. Aún no había hecho la experiencia completa del dolor, no creía sino en lo que conocía: la pérdida de una ma-

dre adorada y la imposibilidad de casarse con la mujer que se ama; ahora bien, estas penas las ponía por cima de todas las demás.

Neoutof y su mujer se instalaron en Tsarskoe-Selo. En el segundo año de su matrimonio el general compró en Sofia, anexa á la ciudad imperial, una linda casita con un hermoso jardín lleno de sombra. Era allí donde pasaban ordinariamente el verano, no siendo Neoutof ya jóven para soportar el largo viaje que hubiese necesitado una visita á sus propiedades de Tver.

La instalacion en Sofia no permitia á Ulrico tanta libertad como en San Petersburg; el jardín, donde tanto hubiera querido pasearse con Cleopatra, era muy frecuentemente el refugio del general, que pasaba allí las hermosas horas del día, bajo una tienda hecha expresamente para cobijarle. Una feliz casualidad, que no era completamente una casualidad, habia permitido hasta entonces al jóven eludir una presentacion al conde Neoutof, ¿Cleopatra podria en estas nuevas condiciones de existencia, evitar un encuentro que parecia inevitable?

Durante algunos días no pudieron verse. Alsen no se habia atrevido á fijar su estancia

en la misma ciudad; habia alquilado una pequeña habitacion en Pavlevsk, desde donde podia venir todos los días á Ssarskoe-Selo sin llamar mucho la atencion. La adversa suerte quiso que siempre llegasen, fuera el punto que fuera, cinco minutos uno despues de otro. Nerviosos por este contratiempo repetido, se sentian poseidos ambos por una impaciencia casi malsana por verse y hablarse; pensaban uno á otro con ménos ternura que cólera, porque se reprochaban recíprocamente al hacerse sufrir.

Un día de Junio, uno de esos días maravillosos, cuyo único defecto es ser sobrado ardientes, Neoutof, de quien el gran duque habia pedido frecuentes noticias, se decidió á ir al palacio para hacerle una visita. Acompañado de su criado, subió sin muchas dificultades en la pequeña calesa baja que todos conocian en la ciudad y en los alrededores; su mujer le vió partir, le despidió con la mano, y despues, muy de prisa, como con fiebre, se fué al parque. Estaba segura de encontrar á Ulrico aquel día; sentia, sabia que estaba allí y que la esperaba.

Se dirigió hácia el embarcadero, donde una flotilla de barcas de todos los países espera á

los aficionados, desde la piragua de los salvajes de la Orenoca hasta la barca del lago Lemán, con sus dos velas cruzadas, que le dan el aspecto de un pájaro.

Es allí donde generalmente se encuentra la gente, desde donde parten las intrigas y las citas.

A sen estaba allí, muy visible, como un muchacho embobado; desde hacia ocho días, silencioso y sombrío, pasaba dos ó tres horas mirando partir los paseantes, sin atreverse á hacer nada para disimular su permanencia prolongada en aquel sitio.

Tenia la mirada fina y perspicaz, pues al ver el vestido claro de la jóven, se separó á un lado sin afectacion. Ella tambien le habia visto, y se detuvo para hablar algunos instantes con unos y con otros. Despues de haber gastado así algunos minutos, que le parecieron siglos, mientras que le palpitaba el corazon, la jóven se alejó en direccion al estanque, lugar desierto, casi abandonado y húmedo; donde nadie se pasea nunca, por miedo á las reumas ó á las fiebres.

Un instante despues se juntaron. Fué casi un choque. No podian caer en los brazos, y se miraron hostilmente. ¡Cuánto habian

sufrido durante aquellos interminables dias! Ella más que él quizá; pero él no lo creía, y ella no tenia ganas ninguna de decírselo.

—Pues bien, dijo Ulrico, ¿piensa usted que semejante existencia sea soportable?

—No, respondió ella con valor.

—¿Y es usted sola quien nos condena á este suplicio? Sin contar con que pueden sospechar de nosotros cuando menos se piense.

—No será culpa mia, sino suya. No debe usted cometer imprudencias. Una visita en mi casa, de vez en cuando, á la hora de la siesta del general, no tendrá nada de extraordinario para nadie.

—No quiero exponerme á encontrarme con su marido, dijo él lleno de interior rabia contra aquel enemigo inaccesible y vencedor.

—Yo en cambio, estoy muy expuesta á que sospechen de mi por causa suya, y no me quejo, respondió Cleopatra con altivez.

Se midieron con una mirada, y sus orgullitos se encontraron iguales.

—Es forzoso que concluyamos, dijo Ulrico con los dientes apretados; desde mañana le pido usted el divorcio á su marido.

Bajo la Cleopatra actual, vencida por el

amor, dormitaba la antigua Cleopatra, la que habia dicho en otro tiempo: "La debilidad agena me sirve; no estoy hecha para amar." La jóven se despertó de pronto y recibió con lástima aquella excitacion.

¿Era posible que recibiera órdenes de un hombre? ¿Un hombre se creia su dueño y pretendia dirigir su vida, imponerle una accion que encontraba odiosa, y además profundamente humillante? Los veinte años de independenciam, que habian hecho de la oscura señorita de honor la condesa de Neoutof, dama de Palacio, sin que hubiese bajado jamás la cabeza bajo otra autoridad que la de la razon, se irguieron para impedir la violacion de sus derechos. Amaba á Ulrico, ciertamente, pero habia hecho mal en permitirle que se creyera su señor. . . .

—No haré lo que me pide, le dijo friamente; es una mala accion.

—Y yo, respondió él con los labios pálidos en el exceso de su orgulloso dolor, no puedo vivir más tiempo con esta conciencia turbada. . . . Hay que seguirme ó separarnos.

Algo en el fondo del alma de Cleopatra gritó:—¡Seguirle, no importa adónde! Pero

su dignidad ahogó inmediatamente aquel grito de la naturaleza.

—No acepte esas condiciones, dijo ella.

Se miraron de nuevo en actitud amenazante. Despues la cólera de Ulrico cedió de repente.

—¡Querida! dijo ¡adorada! No sabe usted lo que hace. ¡Estoy yo tan cansado de luchar y de sufrir!

—¿Piensa usted que yo no lo estoy? dijo Cleopatra volviendo los ojos.

—Entonces haga lo que le pido.

—Nó.

Marcharon sin rumbo por entre las arboledas húmedas; de pronto, en una de las que bordean el parque, por bajo de ellas, pasó la calesa baja de Neoutof. Cleopatra se sintió mortal al protector de su juventud. En caso necesario, moriria ántes que cometer una infamia.

—Me voy entonces, dijo Alsen en voz quebrantada. Mi sueño se desmorona, mi vida ya no tiene objeto alguno. Usted no me ama. . . .

Un silencio orgulloso cerró los labios de

Cleopatra. ¿Por qué la comprendía tan mal? Ved lo que sucede cuando se ama á personas que no se conocen. El se permitía juzgarla. ¿Y con qué título? ¿Y con qué derecho le imponía órdenes? ¿Pervertiría su conciencia?

—¡Adios! dijo Ulrico saludándola con un ademán loco.—¡Dios mío! me ha hecho usted bastante desgraciado. Es el castigo de mi culpa.....

—Es el castigo de la mía, pensó Cleopatra.

Ella hubiera querido decirle algo más, cogerle por el brazo; besarle en los labios ó rechazarlo brutalmente; pero no sabía qué hacer de las dos cosas; sus manos buscaban solo el contacto de aquel ser adorado, odiado quizás.

—No sé qué hacer, no sé qué hacer, pensó ella con extravío, que se vaya, porque me vuelve loca.

Se pasó una mano por los ojos, como para arrancarse una venda.

La pequeña calesa del general se mostró al final del paseo; dijérase que se obstinaba en pasear por los alrededores. ¿Buscaba aca-

so Neoutof á su mujer para ahorrarla el trabajo de volver á pié?

—¡Cleopatra! dijo Ulrico por lo bajo.

—¿Qué quiere usted?

—Déme que bese su mano por última vez, para que me acuerde en la hora de mi muerte.....

—Si me toca estoy perdida, pensó la desgraciada mujer, toda mi voluntad va á desfallecer entre sus dedos.

—¿Rhusa usted? ¡Ah! jamás me ha amado. Lo creí sin embargo; usted tambien lo ha creído, puesto que me lo ha dicho..... Era un sueño..... ¡No volveré á verla más!

No lloraba, pero su voz grave sonaba en frases cortas, y sus ojos, siempre tan hermosos, tan llenos de vida y de ternura, parecían velados por un crespon de duelo, como las antorchas que se llevan en los funerales.

—Aquí nó, dijo Cleopatra, aquí no puedo hablarle; tengo miedo de todo.

Ulrico sacudió la cabeza.

—Es menester que concluyamos, decia él, si ha de ser que no, que sea hoy.... ¿No quiere usted hacer lo que le he dicho?

—No puedo hacerlo, respondió Cleopatra.

—Entonces, adios.... Es la tercera vez

que se lo digo. . . . ¡Qué débil es uno cuando ama! Usted tendrá valor porque no ama.

¡Cuán desgraciado era! Cada vez que repetía esta frase, perdía todo el terreno ganado antes. Cleopatra, herida en el corazón tenía el alma sobrado altiva para defenderse

—Venga usted á verme á mi casa; quiero que venga, dijo ella.

—¿Cuándo?

—Cuando guste.

—Es una orden, obedeceré. Iré á verla antes de partir.

Ella se quedó impassible. Que partiese puesto que no había podido conocerla. ¡Ah! ¡qué cruel era el amor!

Se saludaron y Ulrico se alejó por una calle lateral.

Cleopatra miró un instante el estanque. ¿El fin de todas sus penas no estaba allí? Es posible morir, cuando se está saturado de sufrimientos; es éste un desenlace como otro cualquiera.

Tomó con paso lento el camino del embarcadero; allí rodeado de una multitud de amigos y de conocidos, con la mirada viva, el aspecto alegre, Neoutof, sentado en su pequeña calesa, escuchaba las noticias del día.

Al ver que se acercaba su mujer, lanzó una exclamacion regocijada.

—¡Hola! ¡aquí la condesa! dijo con su voz gutural. ¿A cuál de sus galanes acaba de desesperar? ¡Estás hermosa en extremo!

Gustaba tratarla así en público; la noble galantería tomaba este aire de franqueza al pasar por los labios de aquel marido, tan poco semejantes á los demás.

Cleopatra se sonrió débilmente!

—Los galanes se han retirado á estas horas, dijo, porque ya el viento se ha levantado; debía usted hacer lo mismo. ¿Quiere usted ofrecerme un sitio á su lado?

—Con mucho gusto. A decir verdad la esperaba casi.

Se sentó; los caballos se movieron y partieron al trote corto. Los espectadores, encantados, los vieron desaparecer; aquel coloquio los había divertido como escena de comedia perfectamente representada, y les dejó sobre los labios la sonrisa que acompaña en el teatro á las emociones dulces.

—Son en verdad admirables, dijo alguien en el grupo. Neoutof ha encontrado una perla.

—¡Bah! repuso un descontentadizo, todo

eso no es mas que apariencia. El fondo seria lo que habria que ver.

Con esta reflexion se separaron y en veinte casas de la ciudad se contó aquella noche que Neontof era en verdad muy dichoso por haberse casado con aquella admirable señora.

XX

Cleopatra comenzó por estar muy contenta de sí misma. No podia tomar en serio la desesperacion de Ulrico; todos los enamorados hablan de irse, pero se van muy pocos. El habia merecido que ella hubiera estado severa; arrogábase, en verdad, tales derechos sobre ella, que Cleopatra habia cumplido con su deber al recobrar su libertad. ¿Por qué no tenia paciencia? Ella la tenia. Y sin embargo, bien sabia Dios se le amaba, ella que

parecía ser tan indiferente. El solo pensamiento de que la tocara con su mano hacía correr un estremecimiento por todo su ser. Había él estado absurdo; ella había obrado perfectamente.

Esta calma ficticia, compuesta de orgullo y amargura, se alteró al cabo de veinticuatro horas y comenzó el sufrimiento, intolerable, inaudito. Tenía necesidad de verle para cerciorarse que él no sufría mucho; Cleopatra tenía sed de mirar sus ojos para ver si las lágrimas no los habían abrasado. Veinte veces en una hora creyó ser llamada por el desesperado Ulrico; si se hubiera atrevido le hubiera escrito, pero había allí un límite infranqueable para su dignidad.

Hasta entonces ella no le había dado citas secretas; se habían visto al rasó, á la faz del mundo; un billete sería el reanudamiento de la intriga, el primer paso dado para bajar hácia el abismo, y Cleopatra no quería caer.

Sufría, pues, reconcentrada en sí misma, sin remedio, sin esperanza; nada tenía en el mundo que le perteneciera particularmente más que su amor, y este amor había sido lastimado por ella misma; como pájaro he-

rido por una flecha, su amor yacía sangriento á sus piés, con el ala rota; quizás se moría y no osaba tocarlo para derramar algun bálsamo en la herida.

El tercer día, al despertar despues de un sueño de agonía y de pesadilla, creyó un instante que se iba á acabar el mundo, y que el sol no saldria aquel día. Sus ojos estaban de tal modo cansados con las lágrimas de la víspera, que no podía abrirlos; despues de un primer momento de terror, creyó que se iba á quedar ciega; pero al tocar el timbre y al venir su doncella, que abrió la ventana, la vida penetró con la luz.

Cleopatra suspiró. ¿Qué traería aquel día? Un sufrimiento seguramente.

¡Por qué no habría seguido su propósito antiguo: vivir sin amor! Ya era muy tarde para las lamentaciones. Muy tarde tambien para llamar á Ulrico: él no quería verla, sin duda. . . . le guardaba rencor.

Por primera vez la duda penetró en el alma de la jóven y su espíritu recto recibió el primer choque que debía falsearlo. Se preguntó si realmente no exajeraba sus deberes, si debía seguir siendo mujer de Neoutof, si obraría equitativamente sacrificando la di-

cha de Ulrico y la suya á los últimos años de un viejo.

Pero fué no más que un relámpago; la justicia y la bondad predominaron en seguida en su espíritu; el rayo sin embargo, habia abrasado el corazon del árbol. La corteza subsistia, la médula habia perecido. Ya Cleopatra no fué la misma.

La lluvia caia; una fina lluvia, tenaz, que parecia haber nacido con el mundo, y que iba á durar tanto como él. Cleopatra lanzó una mirada de resignacion sobre el jardín chorreando goticas, y fué al cuarto de su marido para leerle los periódicos de la mañana.

En seguida vino el almuerzo, que la jóven prolongó tanto como le fué posible. Tenia miedo de encontrarse sola y de verse obligada á pensar. Estaba cansada de pensar, como se cansa uno de caminar; no le dolia la cabeza, pero experimentaba en ella una fatiga indecible.

Entretanto el general trató de dormirse, y su mujer debió retirarse.

La soledad le causaba horror. Pensó en pedir su *coupe* para hacer varias visitas; pero cierta compasion hacía sus criados y caballos

le impidió exponerlos bajo el azote de aquel tiempo horrible.

En el momento en que tomaba un libro, segura por lo demás de no comprender nada de él, oyó las ruedas de un carruaje crujir sobre la arena mojada. ¿Quién podia afrontar aquel diluvio sino Ulrico?

La dama permaneció en pié, estremecida. Era sin embargo el general Tredine quien entró, pomposo y acompasado en la apariencia; en el fondo, la más mala lengua de la corte, desde que Kamoutzine habitaba la region de las almas.

—¿No me esperaba usted? dijo al entrar. Ha venido á cortar un vestido á alguno con usted. No hay nadie con quien hablar, palabra de honor. ¿Pues no se han enamorado todas las damitas de la ciudad? Vara Lepkine está enamorada de su primo, Sofia Lavrof del elférez Semof, y Natalia de su marido. Sí, de su marido. No se puede hablar con ellas; ó no escuchan ó hablan del objeto amado. No hay más que usted condesa, usted sola en el mundo, que esté por cima de las debilidades de la carne, así como de las del espíritu.

Cleopatra bosquejó una sonrisa. A menudo este charlatan la distraía otras veces; ahora le parecía fastidioso y hasta grosero, bajo su disfraz de hombre bien educado. Pero tan enojoso camarada valía más aún que la soledad; así es que se dignó alentarle con algunas palabras. ¡Con tal que á Ulrico no le diese la idea de venir creyéudola sola!

Tredine continuó su chismografía; era una colección de anécdotas, sabía todo lo que concernía á su estado de cortesano, hasta el arte de agradar á los más desocupados. Era capaz de hablar durante varias horas sin repetir la misma conversacion, lo que no es una pequeña ventaja, y que además, es prueba de una excelente memoria.

Así trascurrió hora y media, Cleopatra, distraída primero, terminó por interesarse en lo que decía su visitante, adormeciase en una especie de malestar, del mismo modo que los heridos en su lecho de dolor, concluyen por encontrar una especie de apaciguamiento, que no deja de ser un sufrimiento.

Tredine se levantó para despedirse, y según su deplorable costumbre, única falta de conveniencia que se le podía reprochar, se

quedó en pié buscando en su memoria la historieta que pudiera haber olvidado.

—¡Ah! dijo con el gesto de un hombre que se acuerda, ¡otra noticia!

—¡Otra más! dijo la condesa con complacencia.

—El jóven Alsen, ya sabe, ese sueco que jamás dice nada. ¿Usted lo habia domesticado segun parece?

—Ya sé, ya sé. ¿Y bien? dijo Cleopatra que se sentia desfallecer de impaciencia.

—Pues bien, se va.

—¿Qué se va? repitió la desgraciada mujer reteniéndose en el respaldo del sillón.

—Sí, el clima no le sienta, segun se dice. Ha solicitado que le llamen. Ahora ya no sé más nada. Hasta más ver, condesa.

Y se fué balanceando su pesada persona con aire conquistador. Cleopatra llamó.

—Ese señor Alsen ¿es que está malo? ¿Dica usted que el clima no le conviene?

—Yo nada sé de cierto. Le encontré esta mañana y tiene cara de desenterrado, vania de San Petersburgo, habia ido á su legacion para llenar las formalidades. ¿Le interesa saberlo, condesa?

—Pues sí. Su tío me lo había recomendado.

— ¡ Ah! es verdad. Lo había olvidado. Estos suecos tienen siempre mucho de fantasmagórico en la cabeza. Hasta la vista.

Partió dejando á Cleopatra herida en el corazón.

¡Era, pues, verdad! Quería irse. Con él huía la vida. Estaba segura de morir apenas él se fuera, y moriría sencillamente, porque él era el sol de su existencia y no podía vivir lejos de su luz.

Se irguió de pronto, hizo un gran esfuerzo y se dirigió hácia su escritorio.

Escogió una hoja de papel con cifras y con su hermosa y grande letra de patricia, escribió:

"No se vaya usted: haré lo que me ha pedido."

El billete cerrado fué entregado á un maldonado para que lo llevase inmediatamente á casa de Aisen reclamando una respuesta, y Cleopatra se miró en el interior de su alma.

Estaba vencida por completo esta vez y no trataba ya de rebelarse.

Hubiera podido vivir luchando con él; re-

vertas crueles la hubieran debilitado ménos, en condicion de que fueran seguidas de reconciliaciones. Pero la ausencia, el destierro, porque él la desterraba de su vida, era más de lo que ella podía soportar.

Cleopatra se había dicho en otro tiempo que preferiría morir ántes que afligir á Neoutof; ahora pensaba que preferiría ántes matar á Neoutof y morir que afligir á Ulrico.

Se quedó inmóvil, sumida en el horror de sí misma y de todo lo que no se refería al hombre que amaba.

La lluvia seguía cayendo.

Sonó un ruido de ruedas, sin que Cleopatra lo notase, pero un paso bien conocido la hizo levantar la cabeza. A su vista, en la puerta del salón estaba Ulrico, desconocido, estirado por tres días de dolor, tanto como hubiera estado enfermo un mes.

La jóven lanzó un grito endeble, arrancado del fondo de su pecho, y cayó en los brazos que él le abría. Allí la detuvo, y lentamente, sin que ella se defendiese, le besó los labios cerrados, las mejillas pálidas, después los labios entreabiertos.

Ya no resistió. Un entusiasmo la sacudía de vez en cuando, pero se quedaba abatida

sobre su hombro, desfalleciente, casi desmayada.... El creyó que se le moría en los brazos.

— Querida mía, despierta, le dijo estrechándola con fuerza.

Ella abrió los ojos, y entonces él la depositó en un sillón.

— Te quedas, murmuró la jóven pegándose á él.

— Puesto que lo quieres. ¿Y tú?

— Haré lo que tú quieras. Iré á hablar á mi marido inmediatamente.

E hizo un movimiento para levantarse; pero estaba muy débil.

— Espera, le dijo él, háblame, mírame. ¡Ah! si supieras cuán desgraciado he sido. ¿Te han dicho que quería irme?

— Sí, hace poco. No te vayas.... No puedo soportar esta idea.

— Partirémos juntos, murmuró él muy bajo.

— ¡Oh, sí!

Y se quedó inmóvil, mirándole como en éxtasis.

— Ahora, prosiguió dulcemente, es menester que yo hable.... Me habia jurado ser una mujer honrada y fiel á mi marido. Des-

de que me has besado, hace un instante, ya no soy honrada ni fiel.

Álsen se inclinaba para besar su hermoso rostro, iluminado por una alegría ardiente y dolorosa; la jóven hizo un ademán para rechazarlo:

— No, no.... ni aquí, ni hoy; espera que haya hablado..... No te comprendia cuando me decias que sólo con desear el adulterio, ya estaba consumado en el corazón; pero ahora te comprendo..... No aumentes el peso de mi pecado..... Hablaré al momento, cuando te hayas ido.

Ella lo miraba con singular insistencia, como si le impusiera una pregunta muda; de pronto:

— Vete, le dijo, soy fuerte, tengo valor; iré....

Se habia levantado, y continuaba mirándole.

— ¡Si tú supieras, continuó la jóven, qué deseo tengo de besarte el rostro, y de beber tu vida en tus ojos?.... Pero nó..... aquí nó. Aquí es horrible, es cobarde, vergonzoso. Vamo; ya te escribiré.

— ¿Cuándo volveré á verte?

— Cuando sea libre.... Vete, amor mio,

Ella cejó lentamente hácia la puerta de su habitación, porque él permanecía inmóvil, se detuvo á la entrada, entre las cortinas.

—Hasta la vista! le dijo en voz que apenas él oyó.

Y desapareció como una sombra.

Sola en su habitación, Cleopatra se arrojó delante de las santas imágenes. Quería orar y no sabía qué pedir; todo deseo formulado por ella ¡no era culpable en este momento?

—Dadme fuerza, Señor, dijo al fin; fuerza y valor..... Creía tenerlos hace un instante, pero bien veo que no.... ¡Oh, Dios! ayúdame.

Pero no se sintió con el dulce ardor que acompaña á la plegaria en el corazón de los fieles.

—¿Iré sola entonces? dijo entre sí, ¡sola sin apoyo, sin amigos, sin Dios?..... Pues bien, sí sola contra todo el mundo.... por el amor que le tengo á Ultrico.

XXI

Cleopatra entró en el cuarto de su marido con una impresión parecida á la de los cristianos que entraban en el circo; solo que ella tenía menos miedo por sí que por aquel á quien iba á atacar.

Neoutof, medio acostado en su sillón, miraba al techo; veía quizás pasar entre aquel fondo gris y él los hermosos años de su juventud, en que había sido amado por las mujeres y adorado por sus soldados; gabinetes

ó campos de batalla tenían para él recuerdos llenos de encantos, porque su vida había sido grande y bien ocupada. ¿Y no era una suerte especial que en el momento en que los años le parecían pesados, hubiera venido á San Petersburgo, y encontrado á aquella deliciosa criatura que llevaba su nombre?

Era mejor que una hija, porque tenía además del sacrificio el encanto de la mujer bella y coqueta, que se preocupa en agrandar hasta un viejo clavado sobre su techo de dolor....

A este concierto de flautas, que cantaban la gloria de Cleopatra en el alma del general, se mezclaba sordamente una nota fúnebre, pronto apagada por las canciones alegres de las otras voces. Ciertamente había cambiado desde hacia algún tiempo.... tres ó cuatro meses ha.... Ya no poseía aquella presencia de espíritu maravillosa, aquel ingenio delicado, que hacían de ella una encantadora hablista.... Pero el cielo más hermoso, ¿no tienen nubes que oscurecen pasajeraamente el esplendor del día?

Neoutof llegaba á este punto de sus meditaciones, cuando Cleopatra se presentó delante de él. Solo con ver el rostro descom-

puesto, los ojos trágicos, comprendió el general que la nota fúnebre era la sola verdadera. Se incorporó en su asiento, y con las dos manos apoyadas sobre los brazos de su sillón, se inclinó hácia adelante, para ver las facciones de su mujer; pero no le hizo ninguna pregunta. Era ella quien debía hablar.

—Amigo mío, le dijo Cleopatra en voz apagada, tengo que decirle algo desagradable.

—Ya lo veo, gruñó el general sin dejar de mirarla.

—Hasta aquí he hecho lo posible por hacerle dichoso..... ¿Lo he conseguido?

—Lo has conseguido, hija mía, admirablemente, dijo entre dientes Neoutof.

—Ese recuerdo de los goces que le haya hecho disfrutar en su vida, es el que invoco hoy, para que me conquiste su indulgencia....

—No querrás, no querrás....

No podía llegar á expresar su pensamiento, tan enorme le parecía.

—Cleopatra, siempre en pié, como delante de un juez, se apoyó con una mano sobre la mesa para sostenerse.

—Siéntate, dijo Neoutof, levantándose

para acercarla un asiento. Te pido mil perdones por no haberme acordado antes.

El jóven se sentó, abatida. De pronto cobró ánimo y habló claramente.

— Cuando yo me casé con usted, señor, dijo, no me creía hecha para otra cosa que para ser la compañera leal de su vejez. Mi corazón no se ocupaba en lo que de ordinario preocupa á las mujeres..... En una palabra, entré en su casa como en un claustro, salvo que usted me dió todos los goces de la fortuna y de un gran nombre. Se lo juro, señor, yo no quería ser otra cosa que su amiga, é hice el juramento sobre los evangelios.

Un sollozo había subido á su garganta al recordar algun tiempo feliz; lo ahogó y prosiguió con firmeza :

— Después, recientemente, un cambio se ha verificado en mí. Me había engañado al creerme diferente de los demás. Me he encontrado con alguien que ha decidido de mi vida..... y mi corazón ha hablado.

— ¡Una antigua llama! dijo Neoutof fijando sobre ella sus ojos terribles.

La sombra de Boris acababa de pasar una vez más entre él y su reposo.

— No, no le conoce usted, se apresuró á añadir Cleopatra.

— ¿Y usted le ama?

— Le amo.

Siguióse un silencio. Neoutof respiraba difícilmente, la condesa tenia miedo que perdiese el conocimiento, pero aquel viejo cuerpo era tan rudo para los sufrimientos del alma como para las torturas de la gota.

— ¿Y por qué me lo dice usted? repuso el general al cabo de un momento, y rehusando ya tutearla. ¿No podía habérmelo dejado ignorar? Hubiera sido á lo ménos más caritativo.

La jóven sacudió la cabeza con todo su antiguo orgullo.

— No, hubiera sido culpable. Vengo á su presencia porque soy inocente y no quiero deshonar sus cabellos blancos.

El la atrajo tan violentamente á sí, que ella cayó casi de rodillas; él la besó en la frente con trasporte y tendiéndola la mano para que se levantara la dijo:

— Perdóneme, condesa, un movimiento que no he podido contener. Me ha conmovido....

— sí..... ha llegado hasta este viejo con-
zon....

— Amigo mío, mi bienhechor, dijo
llorando amargamente.

El general se secó rápidamente los ojos.

— Nada de enternecimientos inútiles, dijo
en voz fuerte. Es evidente que quiere que
la situación sea clara entre nosotros dos;
cruel para mí, aunque honroso para ambos;
ha hecho usted bien.

Cleopatra volvió á su asiento; una espe-
ranza casi agradable la hacía latir el corazón.
parecía que la cosa no era difícil. Había
creído que obtendría con más trabajo su li-
bertad.

Permanecieron silenciosos durante algunos
instantes, el alma tan llena de pensamientos
que no podían hablar. Al cabo, Neoutof prosiguió:

— ¿Cuales son sus intenciones ahora? Su
vida ha cambiado..... ¿Qué quiere usted
hacer?

No; no era tan fácil como ella creía ha-
berlo. No podía pronunciar la palabra divorcio. Si
la idea le hubiese venido al general, hubiese
sido otra cosa....

Viéndola vacilar, añadió con alguna amar-
gura:

— Yo no soy un obstáculo muy serio; mis
días están contados; mi muerte le devolverá
pronto la libertad..... ¿Le basta esto?

Ella se callaba.

— ¿Qué quiere, pues? Hable, señora, en
verdad me da miedo con su silencio, dijo
golpeando sobre la mesa con su mano en otro
tiempo poderosa, ahora débil y descarnada.

— He venido para pedirle que me autorice
á reclamar el divorcio, dijo Cleopatra tan
pálida como las perlas de su collar.

— ¡El divorcio!

Neoutof se levantó tembloroso.

— ¡El divorcio! exclamó en voz de trueno.
¡El divorcio contra mí! ¡El escándalo públi-
co! ¡la vergüenza solemne! Señora, habeis
perdido la razón.

Cleopatra se había levantado y ambos se
miraban á la cara.

— ¡El divorcio! ¿Y quien la pedía que me
hiciera confidencias? ¿No era libre para obrar
á su antojo? ¿Soy un marido embarazoso?
¿Para hacerme ridículo tenía necesidad de
mi autorizacion? ¿Por qué no hacia usted
como las demás? A lo menos, cogiéndoos in-

fraganti, tendría el derecho de matar á usted y á su amante y nadie me encontraría ridículo.

Sus cabellos blancos erizados sobre su frente, le ponían una aureola terrible; no había estado jamás tan terrorífico á la cabeza de sus escuadrones.

— Mi conciencia, dijo débilmente Cleopatra; mi dicha.... la suya.....

Y le miraba, no para suplicarle, sino para reprocharle que la comparara con las otras mujeres, cuando un malestar extraño se apoderó de ella; el ruido de un surtidor llenó sus oídos; su corazón le dió un vuelco de repente, opreso por una angustia muy dulce y mortal; hizo un ademán con la mano para expulsar el sufrimiento, y resbaló insensiblemente sobre el suelo.

El general llamó furiosamente con la campana de plata que le servía de timbre. Acudió un criado.

— Llame usted á alguien, dijo Neoutol que se lleven la condesa á su lecho, que la desnuden y que vayan á traer un médico. Se me llamará cuando esté acostada.

Sus órdenes fueron ejecutadas; un cuarto de hora despues entró por primera vez el ge-

neral, tan tímido como un adolescente, en la alcoba de su mujer.

La dama acababa de recobrar sus sentidos, Blanca como su almohada, sobre la cual sus magníficos cabellos esparcidos le formaban un nimbo, no tenía otra cosa oscura en su rostro más que sus ojos, de un azul intenso, que interrogaban ansiosamente la puerta.

El general se acercó apoyado en su bastón. El también estaba muy pálido, y sus labios temblaban mientras probaba á hacer firme su voz cascada.

— Ha sufrido usted un desmayo, querida condesa, le dijo, el médico va á venir en seguida; no será nada, esté tranquila.... ¿Me permite esperar al doctor á su lado?

Ella hizo una débil señal de asentimiento, y él se sentó cerca del lecho en un sillón grande.

La habitación era muy sencilla á pesar del lujo de los muebles principales; el lecho, estrecho y blanco como un lecho de doncella, parecía abrigar solo sueños pacíficos.... Sí, era la habitación de una mujer honrada, donde la mentira y el fraude no podían hallar asilo.....

El doctor vino casi al momento; ordenó que durmiera y mandó calmantes y ausencia de emociones.

—Un predominio marcado del sistema nervioso, dijo; no veo nada peligroso por el momento, veinticuatro horas de reposo y no aparecerá más el accidente, pero necesita la condesa una vida ordenada y excenta de todo lo que pueda excitarla.

—¡Diantre! gruñó Neoutof al acompañar al médico hasta la puerta; debería usted vender la calma en las farmacias. . . . Porque vaya usted á ordenar el reposo á una mujer que hace ó recibe quince visitas diarias.

—La vida mundana y mis recetas son, en efecto, contradictorias, dijo el médico sonriéndose.

Neoutof volvió al lado del lecho de su mujer. La cabeza vuelta hácia la pared, Cleopatra parecía dormir; las doncellas arreglaban sus vestidos en la habitación inmediata, cuya puerta estaba abierta. Nadie podía verlo. Se inclinó sobre la enferma y besó con cierta torpeza servil su frente blanca, sumida en la sombra de los cabellos.

Cleopatra abrió los ojos.

—¿Me perdonas? le dijo en voz baja. No hablemos ahora de eso, respondió él con brusquedad. Más tarde.

Y se retiró, esforzándose por amortiguar sobre el suelo los golpes repetidos de su bastón.

batiría hasta que no le quedase más que un soplo.

El general se sorprendió de verla entrar en su cuarto, como de ordinario, á las diez, en el momento en que él enviaba á preguntar por ella.

—Señor, le respondió Cleopatra, cuando él le manifestó su sorpresa, yo no me he desmayado ayer sino á fuerza de pensar en lo que me ocupa actualmente; esto me fatiga y me quebranta; espero de su misericordia una solución que me dé á conocer mi suerte.

Neoutof permaneció sombrío.

Había pasado una noche muy cruel, que todos los pontingues calmantes de la farmacopea no habían podido abreviar con un poco de sueño. La terrible cuestión propuesta por su mujer era de esas cuya posibilidad jamás se vislumbra en la mente, hasta el día en que se exclama: "No podía ser de otro modo."

Aquella joven amada, ¿qué cosa más natural? Amaba según la ley de la naturaleza, á ser probablemente joven y hermoso como ella; ambos honrados, despreciaban un amor clandestino; lo que querían, era el derecho de fundar una familia, ó quizá simplemente el permiso de ser dichosos. Estaban dentro



XXII

Al día siguiente, desde por la mañana Cleopatra estaba en pie. Su batalla estaba lejos de estar ganada, y el tiempo era preciso. Más de una vez había sentido cuán frágil era su vida, pero esta vez parecía que se le había escapado de la mano, que el hilo de su existencia, sobrado ténue, no lo percibió su vista.

Otra se hubiera detenido para cobrar fuerzas. Cleopatra no era de esta especie; como

de la justicia y de la verdad. Neoutof era el solo obstáculo.

Se acordó de las palabras pronunciadas por él en la conservacion que acompañó al ofrecimiento de su mano. Atormentado entonces por la gota y por la infinidad de males que acarrea, el general no creía deber vivir más que un año ó dos, méaos quizás. Lo habia dicho, y todos lo habian creido. Aun se acordaba de la sonrisa que habia acompañado, sobre la mayoría de los rostros, la fanfarronería de su noche de matrimonio. Habia convidado á sus huéspedes á sus bodas de plata.... Ciertamente, en esta época, ni él ni nadie habiese pensado que pudiese vivir aún cinco años.

Cleopatra esperaba en una actitud llena de ansiedad.

—He abusado de mi situacion, se dijo él amargamente. Se deba mantener sus palabras, cueste lo que cueste. Habia prometido á esta encantadora mujer que seria pronto viuda.... Fui indiscreto al gozar de la latitud que ella me ofrecia. No es nadie interesado hasta ese punto. Es menester saber irse ántes de que le pongan á uno en la puerta.

¡Nuestro proverbio no dice: "huésped importuno peor que un tártaro?"

Era verdad. Cleopatra le habia acostumbrado á amar la vida; ella era quien le habia remozado con la vigilancia de sus cuidados, con la diversion nueva que su ingenio y su encanto ponian en una vida poco atractiva ántes; él le habia debido, no solo la alegría de aquellos años, sino los años mismos.

—Es fastidioso, pensó Neoutof, que se vea obligada á recordarme el pago de cada plazo fijo, pero está en su derecho; soy yo quien no cumplo con mi deber.

A los ojos del general, el divorcio propuesto por la condesa era inadmisibile. Era una solucion bastarda que no arreglaba las cosas, y que además, echaba sobre uno de los esposos; sobre los dos muy probablemente, una especie de ridículo. Además, este acuerdo tenia el inconveniente muy grande á los ojos del conde, de privar á la esposa divorciada de la fortuna del marido, lo que él miraba como una expoliacion hácia la mujer que le habia hecho tan dulces aquellos últimos años de su vejez.

Del mismo modo que las almas rectas y timoratas de Ulrico y de Cleopatra habian

rechazado todo lo que no era legítimo, es el espíritu claro y positivo del general, mirando de frente el solo desenlace que le permitiese devolver la libertad á su mujer.

Era la muerte, una muerte tan natural como posible, para que Cleopatra misma no pudiese concebir ninguna sospecha; Neontaf poseía y tenía al alcance de su mano bastantes drogas malhechoras para que le fuese fácil envenenarse; se resolvió, pues, á morir.... ¿No habia mirado la muerte tantas veces cara á cara, que se habia vuelto para él como un acompañante de cabecera?

¡Ay! se muere fácilmente en un campo de batalla, en medio de las balas ó delante de las bayonetas; se ofrece con gusto el pecho al golpe que iba á venir á un amigo, ó solamente á su semejante; se muere heroicamente en el propio lecho, cuando se ha visto venir la muerte y se quiere recibir con buen semblante delante de los parientes, ó ante la propia conciencia..... Pero decirse: Tú cesarás de vivir mañana, porque estorbas la vida de otro.... es amargo y cruel, hasta el punto de acobardar al más bravo.

Cleopatra esperaba silenciosamente su respuesta, mientras que el general se acordaba

de sus pensamientos de la noche. Al fin fijó los ojos en ella, y le dijo:

—Pronto será usted libre, señora; tenga un poco de paciencia. Déjeme solo; tengo muchos asuntos que arreglar, antes de ocuparme en el suyo.

Ella comprendía cuanta pena, cuánta humillacion quizás, se ocultaba bajo aquel lenguaje rudo, apenas cortés, y su alma se llenó de piedad hácia el infortunado á quien hacia sufrir de aquel modo.

—¡Me encuentra usted ingratal! le dijo con un pesar tan profundo en la voz que era imposible no conocerlo.

Neontaf la miró como hubiera mirado á un niño imprudente.

—No; usted sigue la ley natural; soy yo quien hago mal. Váyase, condesa, déjeme ocuparme en mis asuntos; voy tambien á ocuparme de usted.

Ella se retiró con el corazón ansioso, con la idea de que debia quedarse, que era menester decir cualquier cosa, manifestar que lo deploraba, en vez de ocultarlo por orgullo.

Apenas entró en su cuarto, se iluminó su alma, y comprendió lo que habia querido decirle su marido al afirmarle que pronto seria

ella libre. Con gesto de horror rechazó la terrible vision.

—No, no, exclamó, no quiero sangre entre los dos. ¡Oh, Dios, que me castigais tan cruelmente por alguna falta ignorada, os juro que si ese hombre muere por causa mia, jamás, jamás volveré á ver á Ultrico!

Su alma estaba en tal estado de desorden, que apenas pudo encontrar la puerta de su habitacion. Comprendiendo que no era dueña de sí misma, se detuvo en pié en medio de la vasta pieza clara y alegre, donde el sol penetraba en oleadas.

—No quiero perder la razon, dijo entre sí con firmeza. Quiero estar en posesion de toda mi lucidez para lo que voy á hacer.....

Y sin permitirse ninguna divagacion, sin dejar desviarse su pensamiento, permaneció de este modo, en pié inmóvil, todo su ser atirantado en un esfuerzo de voluntad.

Dió vueltas por su habitacion lentamente, deteniéndose en los objetos familiares, para reconocerlos, dominando su temblor nervioso, forzándose á pensar en cuestiones sin importancia, y en resolverlas con rapidez. Al cabo de un cuarto de hora se sentó para cobrar fuerzas, porque su cuerpo estaba que-

brantado, aunque su espíritu habia reconquistado toda su energia, y su juicio todo su valor.

Despues de un minuto de reposo, durante el cual tuvo conciencia de volver como de muy léjos, de lo más léjos del mundo de los vivos, el temor que la habia alterado tanto, reapareció más temeroso.

—Con tal que sea tiempo todavía, pensó mirando el reloj suspendido en la pared.....

Se sorprendió al ver que apenas habia transcurrido media hora desde el momento en que salió del cuarto del general.

—Se vive de prisa, dijo durante estos momentos de angustia. Me parecia haber gastado toda una vida desde esta mañana.

Irguió su noble estatura, repasó el desorden de sus cabellos, y despues de haberse asegurado que nada exteriormente revelaba sus emociones interiores, se volvió hácia el gabinete de su marido.

Entró sin llamar; su paso se habia vuelto tan ligero por el temor, que pudo llegar hasta donde estaba Neoutof sin que este lo notara. Estaba sentado en un sillón de respaldo bajo delante de su escritorio, y con su hermosa y grande letra antigua, escribia so-

bre papel sellado en gruesas líneas ampliamente espaciadas:

—Lego á mi mujer Cleopatra Bakhtof, la totalidad de mis bienes, muebles é inmuebles; no teniendo por herederos más que parientes colaterales lejanos, que jamás se han ocupado de mí, creo no hacerles perjuicio no ocupandome yo de ellos....."

Cleopatra posó su hermosa mano blanda sobre el hombro de su marido. Este se estremeció y la miró con ojos donde brillaban lágrimas mal enjugadas.

—Amigo mio, dijo, mi bienhechor, mi padre, siento todo el mal que le he causado....

—¿Quiere usted hablar? Ya le he dicho que queria estar solo, dijo él con impaciencia.

Pero no podia, tan cerca de su fin, privarse del encanto de la presencia de ella.

—Siéntese, le dijo en voz breve.

Parecia contrariado en sus movimientos.

Cleopatra temió que hubiese tomado ya el veneno. Mirándole con inquietud, se sentó á su lado, en un asiento bajo. Jamás habia experimentado por él una ternura comparable á la que le inspiraba en aquel momento.

—Usted quiere matarse, le dijo permaneciendo tranquila, merced á un esfuerzo prodigioso. y yo le declaro que si se mata, me meto á monja el mismo dia de su muerte.

—¡Desgraciada! entonces, ¿qué quiere usted de mí? exclamó Neoutof, arrojando la pluma con violencia.

—Yo no sé lo que yo quiero, puesto que lo que queria le impulsaba á la muerte. Solo sé una cosa, que rhujo su fortuna en todos los casos, y mi libertad á ese precio.

—¿La parece sencillo? dijo Neoutof volviendo los ojos á otro lado.

Una alegría extraña, sobre-humana, acababa de invadirle al pensar que ella le amaba. Sabia que esta amistad no era nada al lado del amor que experimentaba por otro, y sin embargo, el pensamiento de que ella preferia renunciar á su amor ántes que verle morir, le reconfortaba al corazón.

—¿Y si muera de muerte natural? dijo él con cierta sonrisa.

—No lo creeré yo, respondió ella tranquilamente.

El general temió una de las blancas manos que pendian á lo largo de los pliegues del vestido, y la besó con singular pasión.

—Cleopatra, dijo, es usted una criatura extraordinaria, y no sé en verdad lo que ha venido á hacer en este mundo porque no se parece á nadie. Quiere que yo viva y va á hacer que muera de pena.

Ella no respondió nada, pero le miró con sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—Sí, comprendo á maravilla. Si no me resigno á morir de pena, lenta y dulcemente, es que usted se irá sin ruido al país de los sueños, de donde ha venido. . . . ¿Es esto? ¿Sabe usted lo que representa este divorcio, que para usted no es más que una palabra? Pues para mí es el ridículo, primero; pero me cuido poco de esto, porque aun me siento capaz de atravesar el pecho de quien se permitiera reir de usted ó de mí. Pero hay otra cosa, Cleopatra, hay la soledad, el abandono. . . . ¡Vea lo que ha hecho de mi vida! Me ha ligado á mil lazos, desanudados ó rotos ántes; me he creado todo un mundo agradable de relaciones, donde yo no sabría como vivir despues. ¿Qué cara pondria en presencia de los que vendrian aquí y al notar su falta, la vituperarian? No sabria oír su vituperio. . . . Soy una buena espada cuyas estocadas han hecho famosas. . . . Tendria en

ocho dias tantos enemigos como amigos contamos ahora. Es, pues, el abandono completo, el destierro léjos del mundo, mis últimos dias librados á cuidados mercenarios. . . ¿Por qué no me deja usted morir hoy? Le aseguro que será infinitamente más fácil y conveniente.

Pero Cleopatra se agarró con las dos manos al brazo del sillón de Neoutof, repitiendo.

—No quiero.

—¡Mujer al fin! dijo el viejo sacudiendo la cabeza, quiere la dicha y no quiere el medio para llegar á ella. Y lógica y voluntariosa. . . ¿Qué quiere que le diga? Yo tampoco quiero ceder. ¿A dónde nos conduciría?

Cleopatra no respondió nada, con la cabeza baja, apoyadas en sus dos manos asidas al sillón.

Neoutof pasó su mano arrugada por los cabellos de ella rubios y casi luminosos.

—¡Niña mimada! dijo con dulce conmisericordia. No sabes esperar, necesitas al momento tu nuevo juguete.

Cleopatra levantó la cabeza.

—Le juro, le dijo, que si yo no amara con

toda mi alma, con todo mi ser, al hombre de quien quiero ser la esposa, no le hubiera infligido á usted este sufrimiento, ni me hubiera impuesto esta humillacion.

El la miró atentamente.

—Sí, una humillacion, es verdad. ¡Y para usted tan activa... Usted que jamás se ha doblegado bajo ningun yugo!... ¡Ah! exclamó de pronto con rabiosos celos, comprendo ahora por qué es usted tan cruel: es porque él lo quiere y usted le obedece.

—Lo amo, respondió Cleopatra con los ojos brillantes, en tono de reto.

—Usted le ama; lo sé, ¡qué diantre! Usted se figura que nadie ha amado jamás tanto como usted; que sufre más que nadie ha sufrido. ¡Qué niños son ustedes! Vamos; no habeis inventado el amor. Antes que hubieseis nacido habia torturado á otros, y aún hará que se mueran millones de enamorados, cuando hayáis cesado de existir.

—Eso no impide que se sufra, dijo Cleopatra sin cambiar de actitud.

—Sufrir. ¡Valiente cosa! ¿Y yo no sufrí?

—No es lo mismo, dijo ella con orgullo.

—¿Qué sabe usted, señorita? Cometa ahora una mala accion; arranca á un viejo el so-

crato de su último dolor. Yo tambien la amo. Sí, la amo, tan locamente, más locamente quizás que usted ama al mozalvillo que tiene su preferencia. El general conde Neoutof, veterano de 1812, ama á la señorita Cleopatra Bakhtof, su mujer desde hace pronto cinco años, y jamás se ha permitido dejarlo entender, ó solamente suponer, porque encontró su pasion de viejo, ultrajante para aquella de quien era objeto y á par humillante para sí propio. Ahí tiene lo que he sufrido. Era usted mi mujer y me pertenecia ante Dios y los hombres. Y luego me hablará usted de amor!

Y se encogió de hombros en un movimiento amplio, que parecia sacudir todas las tempestades de la vida.

—¡Oh! señor, le pido perdón, dijo Cleopatra ocultando su rostro entre sus manos.

Permanecieron silenciosos durante un rato. Neoutof se habia levantado y marchaba á grandes pasos por su gabinete. Se detuvo al fin delante de Cleopatra.

—He podido, dijo, dejarla ignorar que la amaba con la mas tenaz pasion de viejo, y sabe Dios si estos son diferentes á vuestros fuegos de paja; pero no podia privarme de

su compañía. Su presencia en mi casa, es la vida y la alegría; el roce de su vestido en esta habitación es la armonía; su rostro es la luz... Déjeme morir; ya vé que chocho.

—No lo permitiré, replicó Cleopatra con su dolor obstinado; si muere, me meto en un convento para toda la vida.

—Entonces vivamos como hemos vivido y no hablemos más de ello. Si el corazón le atormenta; haga lo que yo; impóngale silencio y mire de frente al mundo, para que nadie imagine que se sufre.

Ella se levantó y siguió sin que él dijese una palabra por retenerla.

Durante más de una hora, Cleopatra se repitió las menores palabras de aquel extraño coloquio. Seguramente la situación era poco común y no ofrecía ninguna salida. Pero cuando es uno joven, no es posible no esperar. Sucedería algo..... ¿qué? no lo sabía; algo que ennoblecería la voluntad de su marido.

Cleopatra escribió a Ulrico:

"Nada he obtenido todavía. Paciencia y valor."

Y desde la misma tarde, la joven espos

volvió á sus costumbres con respecto á su marido. Delante de sus criados como delante de las personas extrañas fueron los que habían sido siempre. Solo cuando se hallaban solos dejaban de hablarse. ¿Qué se hubieran dicho ahora?



XXIII

Pasaban los días; Neontof seguía estando sombrío, con el alma llena de aquella sed de morir que queda después de los grandes disgustos de la vida. Se irritaba de estar condenado a vivir, vigilado de cerca por Cleopatra; ésta no quería comprender que era horriblemente desgraciado y que la muerte sería para él un beneficio.

Tenía un miedo atroz de que se matara en todo momento ella le observaba ansioso-

mente; así lo comprendía el general y se irritaba más; pero la dama no podía evitar sus temores. Por la noche, sus sueños la mostraban casi invariablemente al lado del viejo que agonizaba casi invariablemente en su sillón... Se despertaba entonces ahogando un grito de espanto y corría a prosternarse ante las sagradas imágenes para buscar la paz en la oración.

Ya no salían sino juntos, porque ella le dejaba solo lo menos posible. La dama no recibía casi a nadie, alegando lo delicado de su salud. Y en verdad parecía gravemente enferma; su hermoso rostro tomaba la expresión de sufrimiento ideal de aquellos á quienes les queda que vivir poco. Pero lo que la minaba no era solo su amor, sino la idea del sufrimiento de Ulric.

Todos los días veían á los esposos pasearse juntos en la pequeña calesa baja tirada por los *ponies*; atravesaban el parque para internarse en los bosques ó para internarse en los bosques ó para dirigirse por el lado de Pavlov-k, según el capricho del cochero, que jamás recibía órdenes para estos paseos. Iba el general como aplastado sobre su asiento; ella pálida, enflaquecida, casi diáfana, con sus

música. Los primeros acordes despertaron la atención de Cleopatra, que hizo un ligero movimiento. Neoutof, atento á adivinar los menores deseos de su esposa, mandó detener la calesa y ambas permanecieron inmóviles, con el oído atento á los sonos que la distancia hacía más finos y más perlados.

Era el andante de una sinfonia de Mendelssohn, que habia siempre gustado á Cleopatra; los violines lloraban su triste melodía en canto separado á los violoncelos, que parecen tener por su lado una existencia independiente y tranquila, sin preocuparse de la queja amarga de sus amigos. Cleopatra saboreaba ésta tristeza con una dulce voluptuosidad, en la tibieza de aquella hermosa noche, bajo las hojas aún frescas y nuevas, con una estrella por cima de la cabeza, aquella música tenía algo de parecido á su ternura, que se lamentaba tan dolorosamente al lado de una existencia ajena.....

Alzó los ojos maquinalmente para descansar la vista sobre la verdura tan suave, que la hora nocturna ensombrecía apenas en aquella primavera boreal, y de pronto se quedó inmóvil, trasfigurada. Ulrico la estaba mirando á algunos pasos de allí,

hermosos ojos profundos que ardian con interior llamarada.

Por momentos llegaba á persuadirse de que ya no amaba á Ulrico. Entonces se mostraba satisfecha y triunfante con la alegría amarga de los mártires. Si ya no amaba, ya no habia crimen; podia dormir en paz, Neoutof no se mataria; todo marcharia admirablemente, ella volvería á vivir impasible y bella, reina de su reino mundano.

Pero el despertar era rápido; una nada la arrojaba en la ternura dolorosa y profunda, en la espera vibrante y apasionada del amor entrevisto y no realizado, y se desesperaba tratando de arrancar su alma á aquella llama inexorable que la devoraba.

Así, vacilante, oprimida entre su terror y su amor, Cleopatra se consumía poco á poco, como un grano de incienso entre carbones encendidos. No habia vuelto á ver á Ulrico, no le habia escrito; algunas veces esperaba que hubiera partido ó que hubiera muerto: habiera preferido que hubiese muerto para que ella hubiera podido llorarle.

Una noche, cerca de las ocho, los esposos se encontraron junto al Wauxhall de Pavlovsk, en el momento en que comenzaba la

La joven sintió en su interior una conmoción intensa y faltó poco para no arrojarse en sus brazos, gritándole: «Llévame, no importa á dónde.» Pero era una mujer de mundo y conocía sus deberes por instinto, aun cuando le faltase la razón; tomó una actitud impasible, solo sus ojos hablaban.

¿Qué loca había sido figurándose que ya no amaba á aquel hombre! Pues le pertenecía por completo, absolutamente, hasta el último de sus cabellos. Por irse con él, e la hubiera dado todo lo que tenía, todo lo que era, todo en fin . . . hasta su buen nombre; hasta la estima de sus contemporáneos. No sabía si se hubiera dado ella propia. ¿Cómo había de saberlo si él no la había pedido?

Se miraban y todos sus dolores se cambiaban en una mirada. El le decía:

— ¿Cuánto sufres! ¡qué pálida estás! ¡qué bella eres! y ¡cuánto te amo!

Ella le respondía: Te adoro, y me muero teniéndote ausente; pero tengo valor y moriré peleando.

De pronto Ulrico se estremeció y volvió la cabeza, dió algunos pasos y desapareció por la avenida. Cleopatra sintió como si un témpano de hielo cayera sobre su corazón y

miró á su marido. Los había observado, ahora ella estaba segura de ello, y había sido al encontrar la mirada del viejo cuando Ulrico se volvió.

— ¡Arreat dijo Neoutof al cochero.

Volvieron á casa sin haber cambiado una palabra. El té estaba servido; tomaron una taza silenciosamente y se separaron.

Aquella noche Cleopatra tuvo un sueño delicioso.

Como durante su entrevista ella había estado cerca de Ulrico, pero no podían unirse el uno al otro; un obstáculo invisible los separaba. Se miraban con tal intensidad que poco á poco sus seres parecían desligarse de los lazos terrestres; sin dejar de mirarse, aunque sin poder unirse, subieron lentamente por cima de los árboles y comenzaron á vagar, caminando sobre el mundo, bastante cercanos, no obstante, para poder oír las armonías que flotaban á sus pies. El perfume de las flores, el encanto enternecido de los violines, el espectáculo de los parterres y los bosques se mezclaban con ellos; estaban como envueltos de aquellas cosas; todo lo que hay de bello y de tierno en la vida se convertía en su esencia; la embriaguez de

la mirada los penetraba de alegría, mientras que la imposibilidad de rozarse aún con la mano, les causaba un sufrimiento intenso, profundo, eterno.

Cleopatra se despertó con los ojos llenos de luz.

—¡Qué desgracia que no se pueda dormir siempre y siempre soñar así! pensó. Si la muerte fuera algo de parecida, ¡qué bueno sería morir!

Pasó todo el día medio adormida, procurando evocar las sensaciones exquisitas del sueño. Neótof la miraba con frecuencia y por largo rato; leía sobre aquel hermoso rostro demacrado la historia secreta del alma devorada por las penas. La expresión de los ojos de Ulrico se había quedado gravada en la mente del anciano y se acordaba que cuando joven también había amado á una mujer, de quien no podía esperar amor; las desesperaciones de aquel tiempo de su vida habían dejado huellas en sus recuerdos, ahora tan lejano.

—Se sufre mucho! decía entre sí, es la verdad. Y algunos se mueren.

Una piedad profunda se despertó en su alma á vista de aquella joven amodorrada;

por decirlo así, en su sonnolencia. Se preguntó entonces con qué derecho hacia sufrir á aquella criatura exquisita, cuyo martirio era causado por una delicadeza superior á todo lo vulgar.

—Soy un miserable egoísta, dijo después de larga meditacion. Ella ama mi vida más que la suya. . . . ó á lo menos no quiere cargar su conciencia con un remordimiento, aunque su libertad fuera conquistada á ese precio; y yo, yo que creo amarla mil veces más que ella, la tortura, únicamente para no privarme de su presencia. . . . No merezco el interés que se toma por mí. Pues bien, un poco de amargura, un poco de vergüenza quizás, son un trago que pronto se bebe. . . . ¿Seré acaso cobarde ante el dolor moral? Es una cobardía como otra cualquiera. . . . ¿La vejez me habrá achicado hasta ese extremo?

Veinte veces estuvo á punto de abrir la boca, y su boca permaneció cerrada. No podía decidirse á pronunciar la palabra que abriría el abismo eterno entre él y Cleopatra. Sabía que aquella palabra sería la señal de partida de aquella casa, de la que la joven era la vida, y el viejo cejaba ante aquella idea.

A la misma hora que la víspera, hizo disponer el coche, y como la víspera se dirigieron había el Wauxhall, de Pavlovsk; pero esta vez, por mandato del general, en el mismo sitio que el día anterior, se detuvo la pequeña calesa. La música había cambiado. Era un gran trozo sinfónico en que todas las borrascas de la pasión desencadenada rugían en los instrumentos de metal, palpitaban con las cuerdas de los contrabajos...

Los ojos muy penetrantes del general percibieron, entre el follaje de una alameda, la silueta de Ulrico, hábilmente disimulada. El joven no había podido menos que esperar; todo el día había aguardado; al anochecer, estaba él seguro de que vendría ella. Había acechado la pequeña calesa en un recodo del parque, la había seguido y ahora miraba á su querido ídolo.

¿En qué adivinaba la dama su presencia? ¿por qué milagro supo dónde él estaba oculto? Neoutof sintió correr un ligero e estremecimiento por los encajes del vestido de Cleopatra, que rozaba con sus mejillas; para no asustar á los amantes, bajó la cabeza y pareció profundamente absorto en sus pensamientos.

Se miraban con pena, se comían con los ojos llenos de embriaguez; aquellos dos seres que él condenaba al sufrimiento, eran horriblemente desgraciados, pero se amaban y esto era un goce infinito. Neoutof saboreó en toda su intensidad la amargura de los celos; vació hasta las heces la copa de la desesperación senil, la que nada espera del tiempo, porque cada día es un problema. Comprendía que en su vida había amado tan tiernamente á mujer alguna, tan profundamente como la que tenía ahora al lado, y ante su muerte inevitablemente cercana, dijo en su interior que si él se la daba al hombre que amaba ella, él sería tan grande como los más grandes. Un solo florón había faltado á su corona de hombre rico, bravo, dichoso: el sacrificio. Sentía bajar aquella palma sobre su cabeza desde el cielo que le sonreía; y con la cabeza siempre baja, mientras que los ojos de los pobres amantes se llenaban de lágrimas, su anciano corazón latía tan generosamente, vibró de orgullo y de alegría al pensar que aún podía hacer una buena obra antes de dejar este mundo.

El huracán de armonía se había apaciguado.

do, las últimas notas de la orquesta se extinguían en un murmullo insensible.

—Velvamos, dijo Neoutof.

Cleopatra lanzó un ligero suspiro y no respondió nada. ¡Qué pronto había terminado su efímera dicha!

—¡Pronto! dijo el general con impaciencia.

Los caballos trotaron rápidamente por el camino enarenado. En pocos minutos llegaron á la casa.

Neoutof bajó del carruaje con una rapidez que sorprendió á todos. Cleopatra le siguió lenta y abatida, como un sér que ha perdido todo. Iba á entrarse en su habitación.

—No, condesa á mi cuarto si gusta, le dijo el general.

Dió la jóven su sombrero y su abrigo á su doncella, y siguió á su marido al despacho. Neoutof cerró la puerta con sus propias manos, con una agilidad de movimientos poco ordinaria en él.

—Condesa, dijo, me ha reclamado usted un gran sacrificio; no me he creído capaz de él hasta hoy. Hoy he sondeado mi alma.... ¡Es usted libre!

Ella le miró con ojos incrédulos. ¡Era imposible! ¡No se anuncian estas cosas con ros-

tro tranquilo, casi alegre! Su marido le tomó una mano y la condujo al sitio que ella ocupaba de ordinario cerca del sillón.

—¿Ha oído usted bien? Es usted libre.... mi querida niña. He comprendido que era yo un viejo cobarde que retrocedía ante un sacrificio que no es más que una vagatela al lado del que usted aceptaba permaneciendo conmigo. Desde mañana, como usted lo ha deseado, puede pedir el divorcio contra mí. Yo tomaré las medidas necesarias para que no sufra dificultades por parte mia. Y bien, ¿no me dirá usted nada?

Cleopatra inclinó su cabeza hasta posarla sobre las manos de Neoutof, se hincó de rodillas delante, y como si estuviera orando, como se llora al borde del lecho de un moribundo, oró y lloró por el viejo.

—Séais bendito, padre mio, le dijo, mientras que sus lágrimas corrían inagotables, tan amargas como dulces; séais bendito por su bondad, que me salvó en otra época, por el tiempo dichoso que he pasado en esta casa, por su clemencia de hoy. Perdóneme, ¡oh! perdóneme, ahora y en la hora de mi muerte, el mal que le he causado y la vergüenza que le inflijo.

—No hablemos de eso, dijo Neoutof pasando su mano con caricia paternal sobre los cabellos de oro de la jóven. Usted tambien me ha dado muchos gozes, tantos que no sé cómo pagarlos. . . . Siéntese á mi lado, y hablemos.

Pero la jóven no pudo oírle, no hizo más que llorar. Su alma se derretía en torrentes de lágrimas, y no sabia si era pesar ó alegría lo que sentía tan dolorosamente desbordante. Todos sus propios esfuerzos, todas las tiernas palabras de Neoutof, no conseguían calmarla. Resolvió retirarse á su habitacion y meterse en la cama. El pensamiento de la dicha de Ulrico le parecia profano, así es que no quiso escribirle aquel día: parecíale casi que era viuda, y que no tenía derecho á regocijarse con el hombre que amaba cuando aquél de quien habia llevado el nombre se encontraba triste y solo.

XXIV

El día siguiente por la mañana, el general mandó llamar el más hábil legista de San Petersburgo, á fin de saber que dificultades podria encontrar su divorcio. La respuesta no fué muy satisfactoria. Sin duda el divorcio era posible; pero las condiciones en que la ley le conceda son penosas, casi igualmente, para ámbos esposos.

—No importa, dijo el general, estoy decidido á sufrir todos los fastidios imaginables

—No hablemos de eso, dijo Neoutof pasando su mano con caricia paternal sobre los cabellos de oro de la jóven. Usted tambien me ha dado muchos gozes, tantos que no sé cómo pagarlos. . . . Siéntese á mi lado, y hablemos.

Pero la jóven no pudo oírle, no hizo más que llorar. Su alma se derretia en torrentes de lágrimas, y no sabia si era pesar ó alegría lo que sentia tan dolorosamente desbordante. Todos sus propios esfuerzos, todas las tiernas palabras de Neoutof, no conseguian calmarla. Resolvió retirarse á su habitacion y meterse en la cama. El pensamiento de la dicha de Ulrico le parecia profano, así es que no quiso escribirle aquel dia: parecíale casi que era viuda, y que no tenia derecho á regocijarse con el hombre que amaba cuando aquél de quien habia llevado el nombre se encontraba triste y solo.

XXIV

El dia siguiente por la mañana, el general mandó llamar el más hábil legista de San Petersburgo, á fin de saber que dificultades podria encontrar su divorcio. La respuesta no fué muy satisfactoria. Sin duda el divorcio era posible; pero las condiciones en que la ley le conceda son penosas, casi igualmente, para ámbos esposos.

—No importa, dijo el general, estoy decidido á sufrir todos los fastidios imaginables

con tal de volver á mi mujer una libertad que he usurpado por bastante tiempo. Compréndame bien, caballero, es menester que todas las desventajas estén de parte mia. La condesa es una persona admirable, y digna de la más alta estima. Lo esencial es que salga intacta de una prueba en la que usted pueda darme el papel más ingrato que sea necesario.

El legista reflexionó: el caso que se le presentaba era seguramente muy raro; de ordinario uno de los cónyuges, por lo menos, se queja amargamente del otro; lo más frecuente es que los dos estén igualmente descontentos. Aquí el marido parecía adorar á su mujer; llamada la condesa, habló poco más ó menos en los mismos términos que su marido. El juriconsulto hubiera exclamado con gusto como don Basilio «¿A quién se engaña aquí?». Pero alguna mayor reflexión le hizo pronto adivinar á lo menos una parte del drama que iba á desarrollarse ante el Santo Sínodo. El conde volvía la libertad á su mujer para que ella pudiese proceder á su segundo matrimonio. . . . Nadie podría jamás alcanzar la profundidad de tan grande abnegación.

Siendo el matrimonio en Rusia una institución puramente religiosa, es el Santo Sínodo quien juzga los casos de divorcio, excesivamente raros en la alta sociedad. Siendo el emperador el presidente de este tribunal, á él había que dirigirse primero para obtener su beneplácito. Neoutof escribió su súplica en los términos requeridos, y añadió, escrita con su valerosa mano, una carta en la que imploraba particularmente la clemencia de su soberano, reconociendo que había hecho mal en encadenar á su existencia á una criatura tan encantadora como la condesa, pero que había contado conque le quedaría menos vida y que su viuda lo hubiera sido más pronto.

Nada hay secreto en una corte; la noticia de su petición de divorcio filtró tan rápidamente al través de las paredes, que todo el mundo la supo veinticuatro horas despues de haber sido depositada en las manos imperiales.

Fué un grito único. Jamás jauría de perros ladró con más uniformidad contra un desdichado ciervo perseguido. Y tanto la vispera aún, fué admirado el matrimonio Neoutof, cuanto ahora era recriminado. Neoutof

fué un viejo egoísta, imbécil, que se había casado á la edad en que las gentes honradas sin herederos directos tienen el derecho de firmar en favor de una comunidad religiosa y el deber de morir en un plazo convenientemente cercano. Cleopatra, por su parte, fué una jóven ambiciosa, que había hecho una boda de interés y que ahora se mordía los dedos.

Tales personas eran, en verdad, bien poco interesantes.

La princesita Charamirof se hizo notar en esta circunstancia por su celo excesivo en la buena causa. No sería á ella á quien lazos de parentesco impedirían juzgar las cosas conforme á la verdad. Desde luego ya lo habría dicho siempre; Cleopatra se arrepentiría un día de haber preferido la fortuna á la dicha.

Era exacto, lo había dicho siempre, sólo que olvidaba añadir en qué consistía aquella dicha desdeñada, y nadie se acordaba ya que aquella dicha inestimable era en otro tiempo para Cleopatra vivir como parienta pobre en casa de una hermana millonaria.

Bien pronto un nuevo horror vino á añadirse á los que la caridad pública acumulaba

sobre los esposos deseosos de separarse. Pedían el divorcio y continuaban viviendo juntos. Y amás se había oído hablar de nada parecida. Cuando dos se divorcian, es porque se detestan. ¿Qué podría pensar de gentes que querían separarse y que no podían abandonarse?

Esto era también exacto; á despecho de la costumbre y esperando que el emperador hubiese hecho saber si autorizaba ó no al general á presentar su instancia, Neoutof había suplicado á Cleopatra que continuara viviendo en la casa.

—Si obtenemos la autorizacion de separarnos, le dijo, siempre será tiempo para que se retire á un convento; si esta autorizacion no se consigue ¿para qué saldría de una casa á donde tendría que volver? Porque volvería usted, Cleopatra.

—¿Tendría el valor de vivir en otra parte que no fuera al lado de su viejo amigo, ante el cual á lo ménos podría llorar?

Ponía en sus discursos y en sus acciones un calor de alma, una generosidad tal, que su mujer se sentía cada vez mas atormentada. Aceptar la libertad de aquellas manos pródigas en beneficios le parecia abusar de

su bondad. El la colmaba de atenciones y de regalos, y cuando ella quería resistir.

—Deje que haga mi gusto, le replicaba, mientras tenga derecho a ello; y déjeme darle las gracias mientras que me hace dichoso.

Neoutof no ponía en esto ninguna afectación; era una alma elevada, que no retrocedía ante las consecuencias de sus decisiones. Había hecho el sacrificio de todo cuanto había de terrestre en el afecto que sentía por Cleopatra; en el gran arrebató de heroísmo que le impulsaba, no sentía ni la fatiga ni el dolor; al modo que un viajero que sube á una cima, no piensa ya, al verse tan próximo, en los peñascos que le desgarraban los pies, ni tampoco en la sed ni en la fatiga.

Ulrico había sido prevenido por un corto billete. Neoutof había insistido en que Cleopatra le diera á conocer el resultado de la lucha entablada entre ellos dos; el jóven había respondido y habíase establecido una correspondencia cotidiana, ardiente y mística por parte del sueco, comprimida y tímida por la de Cleopatra.

El jóven veía en ella á la esposa predestinada; su dicha alcanzada á través de tantos obstáculos, no le parecía ya dudosa;

decía que sus almas habían sido desposadas en la eternidad, y que nada podía impedirles que se pertenecieran.

Ella no sabía qué responderle; la alegría que hubiese podido experimentar no podía explayarse libremente bajo el techo del hombre de quien llevaba el nombre de esposa; comprendía que no sería dueña de sí misma sino cuando le hubiere abandonado, y todo su sér le dolía como una herida violentamente abierta, cuando pensaba en el día en que le dejaría solo.

Este día no parecía estar cercano. El emperador no daba á conocer su decisión, y Neoutof, aún alegrándose interiormente porque le guardaba algún tiempo más la alegría de sus ojos y de su corazón, comenzaba no obstante á inquietarse sobre el éxito de su diligencia.

Creía que la causa de esta tardanza era el descontento absoluto de la emperatriz, quien había decidido que con ceder este divorcio sería alentar la venalidad en los matrimonios. El alma muy pura, de la soberana no admitía ningún compromiso de pasión.

—¡Ha escogido su propia suerte, pues que se la guarde.

Era una sentencia.

Cleopatra fué informada de ella, y su desaliento fué estremo. Sus fuerzas, que parecían renacer despues de la decision de Neotof, decrecian ahora con gran rapidez.

La verdad es que la jóven no estaba sostenida por nada, y que se consumia viviendo de sí misma. Las cartas de Ulrico, ardientes como besos, la turbaban sin tranquilizarla. Lo que hubiera sido necesario para reanimarla era la presencia del hombre á quien amaba. Arrebatada en un torbellino de pasion vivísima, hubiese olvidado el resto del mundo; sola, con sus cartas y sus inquietudes, no podia ni pensar ni dormir.

—Es preciso que la condesa vaya en persona á ver á la emperatriz, dijo un dia el le-gista al general; solo con verla, se conmoverá Su Majestad.

Cleopatra, obediente, pidió una audiencia, que, contra lo que esperaba, fué concedida sin tardanza.

Fué á ella en un estado extraño de ánimo, con una resignacion casi de bestia, como si, no esperando nada bueno en este mundo, ya no temiera tampoco casi nada.

La emperatriz la recibió con tal frialdad, que desde las primeras palabras comprendió Cleopatra que no habia sido recibida sino con el solo fin de oír verdades muy duras.

—Ya la habia prevenido, señora, le dijo la soberana, no debia usted esperar ayuda más que de sí propia. A pesar de mis consejos, se obstinó usted en hacer un matrimonio que la religion y la razon reprobaban igualmente. Que caiga su falta sobre su cabeza.

Cleopatra se inclinó con respeto y salió.

Ni una lágrima brotó de sus ojos exhaustos. ¿Qué le importaba el vituperio, aunque desde muy alto cayera sobre ella?

Las conversaciones de sus antiguos amigos, de sus adoradores desdeñados, de las celosas, de las envidiosas, de los ociosos y de las ociosas, habian llegado hasta sus oídos de cien modos directos ó indirectos; la opinion pública la maldecia; pero ella no se preocupaba ya de la opinion pública. No obstante, si la emperatriz se mantenía en su rigor, el divorcio era imposible. ¿Qué sería de Ulrico?

Acababa de subir á su *coupé*, desde las primeras gestiones ya no salía más que en carruaje cerrado, cuando vió á Alsen, que se-

guía á lo largo la verja del parque, con la cabeza baja, sumido en la más negra melancolía. La dama tocó el botón de aviso, y el coche se paró delante del jóven. Sin r. fl. xio-
nar un segundo, Ulrico se sentó al lado de Cleopatra, y los dos ágiles trotones los llevaron por los bosques que prolongan el parque.

Sin cambiar una palabra, se habian tomado las manos como otras veces. . . . ¡cuánto tiempo hacia! y con los ojos cerrados, proseguian la vision deliciosa de los dias pasados.

Todo habia concluido, huido como humo por el aire puro y tibio: no tenian ya nada que temer; la emperatriz no estaba ya enfadada; nada importaba, puesto que estaban juntos.

—¡Ay querida mia! dijo Alsen cuando estuvieron bastante léjos para no tener encuentro con nadie; he creido que me moria de no verte. ¿Es posible ser á la vez tan feliz y tan desgraciado?

Ella sonrió con los ojos siempre cerrados, apretando su mano en la del jóven. Aquella mano que la tenia cogida era su fuerza, y su vida; sentia volverle el valor, como si él la hubiera trasfundido su sangre generosa,

—Pero ¡tú serás mia, no obstante? la dijo envolviéndola en una mirada apasionada.

—Sí, respondió ella como extasiada.

—¿Cuándo tendremos el divorcio?

—No lo sé.

El la soltó bruscamente la mano, pero ella se la cogió en seguida. Desde que no se tocaban, Cleopatra se sentia desfallecer.

—¡Cómo! No obtendremos el divorcio? exclamó Alsen; seria un crimen negarlo. Tu matrimonio era una falta tan grande ante Dios, que los que tienen poder para desahacerlo deben verificarlo. Adorada mia, me has cometido más que ésta falta, pero pesa gravemente sobre tí. No te librarás de esta carga sino el dia en que puedas obedecer á la vez de Dios y de la naturaleza.

Se exaltaba hablando; todo el fervor religioso de su educacion primera hervia en él con su amor contraido, mezcla singular de misticismo y de pasion.

Cleopatra apenas le escuchaba. Le tenia al lado, y esto le bastaba. Si siempre hubiese estado allí, no hubiera visto más que á él. El ausente, ella se quedaba sin vida. El orgullo que la habia sostenido tanto tiempo la faltaba ahora, se encontraba perdida en un

mundo de pensamientos y de impresiones nuevas donde todo era triste, donde nada traía ese rayo de sol sin el cual no puede vivir la raza humana.

—No me riñas, dijo ella humildemente. Ya bien sabes que he hecho lo que he podido. El se calmó inmediatamente.

—¿Qué dice la emperatriz? le preguntó, ¿Vienes de verla?

La pobre mujer suspiró al recordar lo que acababa de sufrir.

—No acceda, respondió con tristeza, Alsen reprimió un movimiento de impaciencia.

—¿Y qué vas á hacer?

—No lo sé.

El la tomó en sus brazos con trasporta.

—Es menester sin embargo que seas mi mujer. . . . Abrazá mi religion y obtendrás lo que aquí se te niega. . . .

Cleopatra secudió la cabeza.

—Tu religion no me querrá esposa infiel. Y luego ¡qué vergüenza! Decías que querías obtenerme tan pura y tan respetada como lo he sido siempre. . . . Ahora ¡cuánto fango en mi vestido blanco. . . .! Y no obstante, soy la misma que antes.

Alsen se tomó la cabeza entre las manos:

—Es por causa mi, dijo con amargura profunda. Hasta el dia en que nos conocimos, fuiste feliz. Vivias en el pecado, pero tu alma ignoraba su falta. Cuando te abrí los ojos, entraron con la luz todas las tristezas de la vida. ¡Oh, Cleopatra! ¿No hubiera sido mejor que no me hubieses encontrado en tu camino?

La jóven le abrazó locamente.

—No digas eso. Ahora no tengo más que á tí.

Y se estrecharon con toda la rabia de la desesperacion.

El cochero había terminado de dar la vuelta por el bosque que le había ordenado Cleopatra. Iban á separarse los amantes, sin saber cuándo se volverian á ver.

—Es tan dulce encontrarnos! dijo Cleopatra con su sonrisa melancólica.

—¿Cuándo nos veremos?

—Dios lo sabe.

—¿Qué vas á hacer?

—Pedir consejo al general.

Ulrico apretó los dientes.

—¡Le ódiol dijo.

Cleopatra tomó una actitud digna; semejante á su antigua actitud.

—Siento por ese anciano la veneración más profunda, dijo la jóven. Ese hombre es un héroe; no debes hablar de él sino con respeto y gratitud.

—Me quita tu persona.

—¡Ah! no sabes, al contrario, que es él quien me entrega á ti. Ulrico, si me amas, no hables jamás del conde sino para decir bien de él.

—Entonces no hablaré nada, dijo el jóven con acento sombrío.

Ya estaban á poca distancia de casa. Cleopatra le tomó las manos sin inquietarse de que pudieran verla.

—No nos separemos así, dijo, piensa en que yo no tengo más que tu recuerdo para sostenerme en mi lucha. Es muy cruel, te lo aseguro. Ulrico, sé bueno conmigo.

El la miró con sus ojos negros desbordantes de llama:

—Pero si te adoro, respondió; solo vivo para tí. Ya ves qué papel tan ridículo estoy aquí desempeñando. Píde mi salida por motivo de salud, y me quedo sin razón alguna

No saben que es por tí por lo que me quedo. . . . Tengo miedo de que se sepa.

Cleopatra hizo un ademán resignado:

—Quizás eso valdria más, dijo; el temor del escándalo forzaria á que nos dejaran pronto libres.

—Sí, pero tú ¿qué no sufrirás tú, tan activa?

—He sufrido tanto, dijo la jóven con indiferencia. Poco más, poco menos. Si sirviera para algo. . . . Ya estamos en casa. Adios, amor mio.

—Tuyo para siempre, vida mia.

El *coupé* se detuvo al pié del vestíbulo. Ulrico bajó y ofreció la mano á la condesa:

—¡Hasta la vista, señora! dijo inclinándose.

—Adios, caballero.

Y entró en la casa. Ulrico sombrío, bajó por la avenida para volver también á la suya.

Cleopatra fué en seguida al cuarto de su marido:

—La emperatriz te ha detenido mucho tiempo. ¿Qué noticias?

—Malas. Pero he visto á Ulrico de Alsen.

Estaba trasfigurada. El viejo la miró con compasión:

— ¡Qué cosa tan maravillosa es el amor dijo. Por verla así todos los días, yo abandonaré mi postrer orgullo. Pero con esto no adelantaremos nada. ¿Y la emperatriz?

— Se niega á escuchar nada.

— Neoutof dió algunos pasos por su gabinete.

— Eso se pone grave, dijo. Dijose un día que yo era el general más testarudo del ejército; aun podría ser que fuera el hombre más testarudo de Rusia. Es preciso consultar, obremos despues.

El legista fué llamado; comenzaba á interesarse en aquel divorcio singular que nada explicaba hasta ahora.

— ¿No hay entre la camarilla de la sobrana, alguien que tenga particular amistad por usted? dijo el general despues de haber reflexionado.

— No, dijo distraidamente Cleopatra.

Neoutof levantó la cabeza.

— Sí, dijo, el gran duque Boris.

Cleopatra se estremeció. Era muy cruel tener que suplicar á aquel hombre para que intercediera por ella. Neoutof leyó parte de

este pensamiento en el rostro de Cleopatra, porque añadió:

— Iré yo.

Otro día escribió á su ilustre amigo rogándole que le recibiera. La respuesta fué que siempre sería bienvenido.

El gran duque habitaba en este momento su palacio de las Islas: era un viaje muy largo para el general. Durante tres ó cuatro días trató de intentarlo, pero se vió obligado á renunciar á él. Sus piernas humilladas se negaban á llevarle.

— Será menester que vaya usted, hija mia, dijo á Cleopatra. Hubiera querido ahorrarla esta molestia, pero ya lo ve, no es culpa mia. . . .

La jóven bajó la cabeza. Habría que beber esta gota de hiel más, puesto que era preciso.

Al día siguiente partió para San Petersburgo, á donde el general había enviado el *coupé* la víspera, para que no tuviese necesidad la jóven de carruaje ajeno.

Durante el trayecto, su alma estaba llena de recuerdos y de pensamientos dolorosos. Y no es que se sonrojara ahora de pedir al hombre á quien había creído amar un día;

que la ayudara á casarse con otro Pasaba por cima de aquella vesgüenza. Pero, entonces era tan dichosa todavía Ahora aquel pasado dichoso se perdía como entre espesa bruma, el porvenir no existía; solo la perseguía el presente bajo un millon de formas, todas crueles. No había vuelto á ver á Ulrico, la tortura de la ausencia había tomado una intensidad increíble. Comprendía que lejos de él, se consumiría hasta perder las últimas fuerzas.

XXV

Cuando llegó al palacio de las Islas, se anunció. Introducida inmediatamente en el despacho del gran duque, le vió venir hácia ella con las manos tendidas y una viva expresión de sorpresa en el rostro. Habiendo adivinado el objeto de aquella visita dudaba que la hubiera hecho ella misma.

—¿Usted por aquí, señora? No hubiera podido esperar tanta dicha.

La joven se sentó en el sillón que le ofrecía, y le miró á la cara.

—¿Sabéis á qué vengo, monseñor? le dijo. Recobraba su orgullo; allí en una situación y en lugar que le recordaba su antigua existencia.

—Preferiría oírlo de su boca, dijo el gran duque.

Sin manifestarlo de una manera ostensible, la examinaba con curiosidad.

No era ya la mujer que había conocido, era otra distinta, tan transfigurada como desfigurada por la llama que le consumía.

—Pues, dijo ella sencillamente, yo era feliz con mi marido, el general Neoutof; habéis, monseñor, contribuido á que yo aceptara este matrimonio

—¿Yo?

Sus ojos se encontraron. No fué ella la que volvió los suyos. En aquella mirada, de un azul intenso, él había visto muchas cosas pasadas, que no le habían dejado más que un recuerdo honroso y dulce.

—Sí, monseñor. La bondad de Su Alteza Imperial fué un peso importante en mi resolución de casarme con su amigo . . .

—Me acuerdo, dijo Boris en tono conmovido; continúe, señora.

—Era dichosa con el general, que es el hombre más delicado, más noble y mejor del mundo . . . De pronto encontre á otro hombre que, sin la participacion de mi voluntad, fué dueño de mi vida.

—¿Le ama? preguntó Boris con una pequeña opresion en el corazón.

—Me muero por amarlo, respondió la joven en una expresion sencilla y profunda.

—¿Y se llama?

—Ulrico de Alsen, agregado militar en la embajada de Suecia. Ha presentado su dimision.

—¡Ah! ¿ese mozo?

Boris vió en su imaginacion la hermosa presencia y la noble figura del joven sueco.

—Sí, monseñor, ese, repuso Cleopatra, realzando el acento algo desdeñoso del gran duque.

—¿Y quiere usted casarse con él?

—Querémos casarnos.

Hubo un silencio absoluto en la vasta sala ordenada de sembrías tapicerías.

Boris fijó los ojos en la jóven.

—Arriesga usted muchísimo en su nuevo juego, le dijo. Si obtiene lo que pide, será para usted la desgracia, el destierro y probablemente la pobreza, porque ese jóven debe tener muy poca fortuna.

—Muy poca, monseñor. Es, en efecto, el destierro y la pobreza.

—Le costará trabajo acostumbrarse.

En el semblante de Cleopatra apareció la sonrisa de sus antiguos tiempos.

—He sido pobre toda mi vida, salvo durante los cinco años que acabo de pasar con el título de condesa de Neoutof. La pobreza decente es una antigua amiga, y nos alegraremos de volvernos á encontrar.

Boris hizo un movimiento lleno de respeto. Cleopatra era verdaderamente un espíritu superior.

—Pero... ¿y el disfavor? añadió Boris.

Otra sonrisa de los antiguos tiempos vagó por los lábios de la dama.

—El disfavor es ya para mí completo, respondió con finura, no me rehabilitaré jamás. Sólo la amistad que Vuestra Alteza Imperial

me dispensaba un tiempo ha sobrevivido quizás en este naufragio.

—Seguramente, replicó Boris con sinceridad.

Se reprochaba haber experimentado hacia poco un sentimiento egoísta.

—Entonces sufriré mi suerte, consolándome con lo que me haya restado en la vida, concluyó Cleopatra.

Boris se quedó otra vez silencioso. Tenía delante una existencia destruida, pero el amor bastaba para que surgiera de las ruinas de aquella otra nueva.

—Dígame, condesa, continuó al cabo un momento, hábleme como á un amigo antiguo. Sé que le tiran piedras; no se conoce el nombre del hombre que ha preferido usted, puesto que yo lo ignoraba, mas no sabe que hay alguien por medio. El daño hecho á su reputación creo, y lo temo, que es irreparable..... ¿Por qué no ha esperado hasta que Dios hubiese llevado á Neoutof á su seno?

—Míreme, monseñor, replicó la jóven en voz ahogada. ¿No vé usted que me muerdo entre mi amor y mis deberes? ¿Puedo soportar

tar la prolongación de semejante suplicio? Hay mujeres que se cortan una manga muy ancha para sus juramentos y sus capitulaciones y que viven tranquilas en medio de la pasión. No soy de esas; no he hecho jamás traición ni a nadie ni a nada... Pero mi vida corre.....

Boris se inclinó hacia Cleopatra y tomó su mano, que besó respetuosamente.

— Monseñor, repuso ella, al enviarme los Santos Evangelios, me disteis una gran lección; no es de los poderosos de la tierra de quienes se recibe de ordinaria los principios de humildad y de virtud; en aquel libro donde vuestro nombre firmaba la promesa de una eterna amistad, he jurado á mi marido ser una esposa fiel y no usar con él ni astucia ni engaño; por eso es por lo que vengo á suplicaros hoy que me ayude á desligarme de mi juramento de fidelidad.....

— ¿Le ama á usted, pues, mucho á ese joven? preguntó Boris con su poquito de tristeza celosa.

— No sé cómo aman los demás; pero si se tarda en darme la libertad, quizás se llegue tarde ciénselo monseñor.

— Haré cuanto pueda, dijo Boris honestamente á la cara, la prometo hacer todo lo posible, todo lo posible.....

El insistía, viendo que en verdad aquella mujer estaba al cabo de sus fuerzas; quería que ella se llevase de él una buena impresión, la certeza, en fin, de que seguía siendo para ella un verdadero amigo.

Cleopatra se levantó.

— Adios, monseñor, le dijo, siempre ha sido muy bueno para mí..... Mi corazón se lo agradecerá eternamente, créalo.

Se acordó él en este momento de su temor de que ella se hubiese desdenado por cobarde. Sus ojos se encontraron y se adivinaron los pensamientos.

— Merecía ser dichosa, dijo Boris recordando inconscientemente el pasado; Cleopatra, en verdad, parecía pertenecer poco al mundo de los vivos.....

La joven reflexionó un instante; después sonrió débilmente.

Me había creado un ideal ficticio de la existencia; la realidad se ha vengado. Adios, monseñor.

El la condujo hasta la puerta; luego desde su ventana, miró á la jóven subir á su carruaje.

—Si, pensó él, merecía ser dichosa, y yo ¿quién sabe? yo he pasado quizás al lado de la dicha.

XXVI

No había trascurrido una semana y el general Neoutof recibía la comunicacion de que podía dar curso á su instancia, puesto que ya el emperador no se oponía. El gran duque Boris había mantenido su palabra, había hecho lo que le había sido posible. Lo que nadie sabía ni supo jamás, fué que movió á piedad á la soberana, afirmándole que Cleopatra no viviría quizás el tiempo suficiente

para gozar de la libertad tan caramente pagada.

—Si debe morir, dijo la emperatriz, que Dios la perdone. No somos nosotros los mortales los que debemos juzgarla.

Era un hermoso día de verano. Los tilos embalsamaban el ambiente, como en la época en que bajo los árboles se encontraba Cleopatra con el gran duque. El viejo guardó algún tiempo en su mano la carta oficial; el lazo rojo que la había cerrado era el sello de su destino, roto como el. Era a la vez la ruina de su casa, y la aurora de una vida dichosa para Cleopatra; él lo creía a lo menos. Viviendo a su lado, viéndola todos los días, no había notado el cambio gradual que había hecho de aquella belleza imponente una sombra casi aérea. Ella no se quejaba, estando siempre dispuesta a responderle, a darle una lectura ó tocarle música, cómo había de notar él que la voz se volvía más débil, los dedos se cansaban más pronto, que el talle, siempre noble y gracioso, se doblaba en los sillones con aire de lirio tronchado?

Era cosa hecha, se iban á separar; las conveniencias y la ley exigían que desde ahora viviera Cleopatra bajo otro techo. La-

mó, dió orden de que pasara la condesa á su cuarto, y algunos instantes después entró la dama en el despacho del general.

—Hija mía, le dijo, no la llamaba de otro modo desde que le había devuelto su palabra, hija mía, tengo noticia que la interesan. . . . El emperador consiente el divorcio.

La joven tendió hácia el sillón del general sus dos manos demacradas, posándolas sobre el brazo de encina esculpido. Gustaba de este ademán, que la acercaba á su bienhechor sin contacto real.

—¿Está usted contenta? dijo él con una sonrisa algo sarcástica.

—Sí y no, respondió la dama. Voy á dejarle, y hubiera querido estar á su lado hasta el último día.

—Gracias, murmuró Neutof.

Después de un silencio, repuso.

—¿Dónde se va usted á ir? Es forzoso que deje esta casa lo más pronto posible.

—Al convento de las hijas nobles de San Petersburgo, respondió Cleopatra.

—Está bien pensado, aprobó el general. Estará usted cerca de nosotros. . . . ¿Cuándo parte?

—¿Cuándo tengo que partir?

—Hoy si puede. La ley exige un plazo de dos años; pero espero que será abreviado para usted.

Cleopatra se estremeció mirándola con angustia.

—Oh! dos años; no es posible, dijo la jóven lentamente.

El la miró, sorprendido de aquel acento desesperado, y la verdad se le apareció de repente.

—¿Usted sufre? dijo el general con afecto extraño, torpe, y sin embargo lleno de bondad.

La jóven sonrió y le tendió la mano en un ademán adorable de ternura filial.

—Ha sufrido, respondió. Ahora soy dichosa.

El general continuaba mirándola con sus ojos sin pestañas, y la veía tan débil que le produjo miedo.

—¿Qué puedo hacer por usted? le preguntó con el corazón apretado. Mi casa, mi fortuna y yo mismo estamos á su disposición. ¿Desea usted algo?

—Nada respondió la jóven, nada en este momento. Al irme le pediré algo.

—Entonces, querida hija mía, haga sus

preparativos. Parece como que yo la despidió, pero es en su interés, se lo aseguro.

Cleopatra se levantó; el general no podía acompañarla; ¡tanto sufría! En la puerta se volvió la jóven y le envió una de esas sonrisas de mujer amada que quiere que se acuerden de ella.

¡Sirena! pensó el general cuando hubo ella desaparecido, ¡admirable aparición! Tengo más felicidad que la que merecía. . . Vamos, valor. . . Se trata de saldar esta deuda; seamos honrados.

Se volvieron á encontrar en el desayuno y por un común acuerdo, se esforzaron en prolongarlo más allá de los límites ordinarios; jamás habían tenido tantas cosas que decirse, tantos pensamientos delicados que comunicarse. Si alguno de los dos experimentaba alguna amargura, pugnaba por ocultarla cuidadosamente, á fin de no envenenar aquellas últimas horas, de que debían guardar un recuerdo sin mancha. Cleopatra había enviado á Ulrico un telegrama para advertirle que saldría de Szarskoe Selo en el tren de las cuatro. Otro telegrama había advertido á la priora del convento de Hijas nobles. La priora era algo parienta de Neou-

toí, así es que éste la había suplicado con insistencia, por amor de él, que acogiese con bondad á la paloma venida que le enviaba.

Después del almuerzo, los últimos arreglos detuvieron á Cleopatra durante una hora próximamente en su habitación. Se llevaba poca cosa; ropa blanca y un vestido negro de larga cola, que llevaría al coro con las religiosas, con quien compartiría los ejercicios piadosos. Apareció, en fin, lista para el viaje, con un sombrero de encaje negro sobre sus hermosos cabellos dorados, un traje negro dibujando su talle admirable, aunque delgado; tenía el aspecto muy enfermizo; y sin embargo, una apariencia ideal de juventud flotaba á su alrededor.

Entró en el cuarto de su marido, trayendo una cajita tan pesada que la abrumaba bajo el peso. Depositó su carga sobre la mesa delante de él.

—¿Qué es eso? preguntó el general en voz ruda.

El conocía, sin embargo, aquella cajita; era la canastilla de boda que cinco años ántes le había enviado.

Cleopatra la abrió. Todas las joyas de los abuelos que había llevado desde su matri-

monio estaban allí, muy bien colocadas: zafiros, perlas y diamantes, pulseras y collares, alfileres y broches, todo estaba en su sitio, sobre el terciopelo azul oscuro, casi negro, de los compartimientos etiquetado.

—Son los diamantes de su familia, dijo Cleopatra. He guardado el anillo de esponsales, porque lo compré usted en casa de un joyero.

—Se las he dado todas. Neoutof no toma lo que da; replicó bruscamente el general, rechazando con un ademán la cajita.

—Y yo, repuso Cleopatra con su dignidad soberana, no puedo aceptar lo que debe volver á su familia.

—O á las iglesias, interrumpió el general.

—A las iglesias, sea. Solo me llevo el diamante de esponsales..... y el recuerdo de su increíble bondad.

Neoutof miró la sortija que brillaba en un dedo de la joven, y su mirada se hundió en la cajita; en medio de los brillantes, el lugar de honor estaba reservado á un simple anillo de oro, el anillo nupcial.

Neoutof retiró el suyo con trabajo de sus dedos nudosos, y lo depositó junto al otro.

—Que duerman juntos, dijo; todo esto irá á enriquecer á alguna imagen. Usted lo ha querido, señora; pero pienso sin duda, que no se puede pagar bastante la dicha.

—¡La dicha! repitió Cleopatra con tristeza. Dos lágrimas estaban á punto de correr sobre sus mejillas; supo retenerlas por un esfuerzo de voluntad.

—Yo le habia dicho que le pediria algo, repuso ella casi inmediatamente.

—¡Ah, sí, es verdad! dijo el general con solicitud.

—Deme su bendicion, padre mio, dijo la jóven, «porque he pecado contra el cielo y contra usted»; pero su alma está llena de misericordia.

La jóven se habia arrodillado ante el general.

—¡Hija mia! exclamó Neoutof en voz contenida. Que Dios te acompañe y te preserve de toda desgracia, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Habia hecho el signo de la cruz sobre la hermosa frente de ella, levantada hácia el cielo. Entonces la tomó en sus brazos y la estrechó largo rato.

—Que Dios te recompense, hija mia, le dijo, por la alegría que trajiste á esta casa... te la llevas consigo... ¡ojalá la lleves á otra parte más grande y más completa!

—El esfuerzo era superior á lo que puede soportar la naturaleza humana. Cleopatra le vió palidecer y caer para atrás.

—No es nada, murmuró con dificultad. No es nada....

Cleopatra seguia en pié delante de él, inquieta. El general la despidió con un ademán.

—Estoy mejor, dijo. No tema usted nada, no le daré el pesar de morirme, porque no lo ha merecido. Ve, hija mia, ve en paz.

Salió, y durante largo rato despues, el general miró la puerta por donde la jóven se habia marchado. Su comida solitaria le fué servida en un sillón. El dia terminaba; el crepúsculo invadió la habitacion tranquila, donde los brillantes lanzaban misteriosos fulgores; vino luego la noche. Neoutof no quiso que le trajeran luz, y hasta muy tarde permaneció inmóvil, mudo, con los ojos fijos en aquella puerta oscura, por donde no volveria á pasar más Cleopatra.

El convento es, no triste y sombrío como un claustro gótico, sino blanco, encalado, agujereado, de ventanas, como una manufactura; las celdas son claras y limpias á decir verdad son habitaciones, donde cada una lleva los muebles que le son queridos. Los grandes y anchos corredores, bien iluminados, se parecen á los de los colegios de señoritas; nada tiene de lúgubre ni de asético; allí anda una santificación para uso de las personas bien nacidas.

Solamente por la ventana de la celda de Cleopatra, se ven los monumentos pomposos de un cementerio. Es muy hermoso que le entierren á uno en Dievitcha; las rogativas son buenas; mejorés, según parece, que en ninguna parte, excepto en el Monasterio de San Alejandro Novsky. Desgraciadamente para este, ya no tiene terrenos disponibles, pero es suficientemente rico para contentarse con las fundaciones ya existentes.

XXVII

Cleopatra se habia acostumbrado á aquella vida piadosa y normal que adormia sus pensamientos dolorosos. Ahora estaba llena de esperanzas. Las formalidades necesarias se cumplian con regularidad; estaba al corriente de sus asuntos por las visitas de su abogado y por las cartas de Neoutof, que solia escribirle con frecuencia.

Tambien leia las cartas de Ulrico.

El convento es, no triste y sombrío como un claustro gótico, sino blanco, encalado, agujereado, de ventanas, como una manufactura; las celdas son claras y limpias á decir verdad son habitaciones, donde cada una lleva los muebles que le son queridos. Los grandes y anchos corredores, bien iluminados, se parecen á los de los colegios de señoritas; nada tiene de lúgubre ni de asético; allí anda una santificación para uso de las personas bien nacidas.

Solamente por la ventana de la celda de Cleopatra, se ven los monumentos pomposos de un cementerio. Es muy hermoso que le entierren á uno en Dievitcha; las rogativas son buenas; mejorés, según parece, que en ninguna parte, excepto en el Monasterio de San Alejandro Novsky. Desgraciadamente para este, ya no tiene terrenos disponibles, pero es suficientemente rico para contentarse con las fundaciones ya existentes.

XXVII

Cleopatra se habia acostumbrado á aquella vida piadosa y normal que adormia sus pensamientos dolorosos. Ahora estaba llena de esperanzas. Las formalidades necesarias se cumplian con regularidad; estaba al corriente de sus asuntos por las visitas de su abogado y por las cartas de Neoutof, que solia escribirle con frecuencia.

Tambien leia las cartas de Ulrico.

Eran expansiones llenas de éxtasis. Descantando su dicha futura, veía ya la jóven á su lado, á orillas de los lagos de Suecia, en aquellos paisajes fantásticos que tienen aspecto de decoraciones mágicas. Allí sería adonde la llevaría despues que el matrimonio se la hubiera dado por esposa; allí, donde olvidarían sus penas. Era cruel no verse ahora; pero al fin ya no se acordarian de las penas cuando estuvieran á las orillas venditas del rio del olvido.

Ulrico estaba lleno de fuerza de alegría, puesto que ya estaba seguro de obtener á Cleopatra. Esta desfalecía á cada momento, con el temor de ver á su amante. Había comprendido demasiado tarde la ternura real de Neoutof, y el dia en que el amor se apoderó de su existencia dijérase que Cleopatra quiso pagar sus atrazos.

Iba al coro con las religiosas y una ó dos damas ancianas que se hospedaban allí temporalmente. La trataban con cortesía, pero sin demostrarle una simpatía grande. Una mujer divorciada ó á punto de estarlo, era casi un objeto de escándalo entre aquellas piadosas doncellas. Cleopatra hubiera querido tener un perro para decirle, mirándole

á los ojos: "Tú sólo me quieres." Pero los perros no son permitidos en los conventos. Los gatos en cambio son tolerados, so pretexto de que cazan los ratones; pero Cleopatra se sentía incapaz de pedir ternura á un gato; les pasaba la mano sobre el lomo, cuando venían á restregarse contra ella, y nada más.

A mediados de Agosto, cuando era aniversario de su matrimonio, se celebraron en Diovitche pompas funerales por el alma de un jóven de alta familia. Oculta bajo su velo negro, Cleopatra estuvo en el coro durante la ceremonia fúnebre, pues todo le servía de distraccion en la monotonía de aquellos dias, semejantes unos á otros; ninguna de las personas presentes la había notado, porque se ignoraba su presencia. Sólo el gran duque Boris, que había sido padrino del jóven difunto, buscó bajo los velos de lana y reconoció á la que había sido la bella Cleopatra.

¡Allí estaba! La vió de pronto tal y como la encontró al pié de la vieja torre, en el parque; la aparición de aquella belleza triunfante, sonrosada por la emoción, se irguió delante de él con una intensidad extraordinaria. Olvidó los cantos fúnebres el duelo de la

familia, el catafalco cargado de bordados de plata; no vió más, que á Cleopatra, vestida con un ligero traje de verano, abrigada bajo una sombrilla de color de rosa, cuyo reflejo daba aún más brillo á su tez nacarada; vió el lebral, que se dejaba acariciar la cabeza por aquella fina mano enguantada con piel de Suecia; vió la sonrisa y el sonrojo, y la palidez que siguió á esta escena. ... Era cierto que la había amado, un só o minuto quizás, pero la había amado, pues no pudo, menos de llorar, viéndola velada de negro, apoyada contra un pilar. La familia, viendo al gran duque enjugarse una lágrima, dijo:

—¡Cómo amaba á su ahijado!

Después de la ceremonia, que pareció muy larga á Boris, fué á visitar á la priora, á quien había conocido de señorita de honor, cuando él era muchacho.

No vengo hoy á ver á usted sola, madre, le dijo al entrar en el locutorio, que era en realidad un salón. Quisiera ver á la condesa Neout-f. Me parece muy cambiada.

La priora replicó:

—Creo que se aburre. Su Alteza Imperial juzgá á por sí mismo. Voy á llamarla.

Casi inmediatamente entró Cleopatra. La

priora adivino que debía retirarse y quedarse ellos solos, y se marchó.

—Señora, dijo Boris, he querido verla.

Cleopatra sonrió. Su sonrisa tenía la misma gracia divina que otras veces.

—He venido á preguntarle si puedo hacer algo por usted.

—No he dado las gracias á Su Alteza, porque las palabras no espresarian fielmente mis pensamientos. Mi corazón no sabe manifestar lo que siente.

Boris rechazó con un ademán el agradecimiento.

—Y ahora ¿qué puedo hacer?

El rostro de la jóven tomó una expresión de ansiedad.

—Los procedimientos son muy lentos, monseñor, dijo ella. Parece que van á durar todavía más de un año.

—¡Un año! exclamó involuntariamente el gran duque.

Si..... No sé lo que siento aquí; será quizás la falta de aire y de ejercicio, ó acaso la disciplina..... no lo sé..... me tratan bien..... pero nó me hago á estar así. Sin embargo, no puedo salir de aquí sino cuando

se haya pronunciado el divorcio.... ¡Si fuera posible aligerar un poco las cosas!

—¡Un año! dijo entre sí Boris mirándola. Si sigue aquí, antes de un mes ha muerto.

De pronto la expresión ansiosa y diferente pintada sobre el rostro de Cleopatra, desapareció; sus ojos se hundieron, y puso sus dedos ardorosos en la mano del gran duque.

—Si alguna vez me ha tenido alguna afecto, le dijo a Boris muy por lo bajo, con una expresión que le hizo estremecer... dígalas que se den prisa... porque me muero...

—La dicha... contestó para calmarla.

Ella le detuvo con un ademán resuelto.

—Se lo dije hace seis semanas y se lo repito hoy: me muero. Que se den prisa, porque quiero salir de aquí viva.

Retiró sus dedos y se desvió un poco.

—Vivirá usted mucho, le dijo Boris, vivirá muchos años, pero no es razón para que pierda aquí uno. Voy a emplearme en su servicio.

—Que Dios os lo premie. Usted y el general han sido mis verdaderos amigos.

Cleopatra no hablaba de Ulrico. Sorpren-

diole esto a Boris, pero no era él quien debiera hacer alusión.

—¡Hasta la vista! le dijo en tono alegre.

—Adios, monseñor, respondió ella. Ya no nos veremos en este mundo, porque saldré de aquí para casarme y partiré el mismo día.

—Adios entonces, dijo él mirándola largamente. No olvidaré jamás sus ojos... ni su sonrisa. No es usted de esas mujeres que se olvidan, señora..... ¡Qué sea usted feliz!

Y partió.

Ocho días después se había pronunciado el divorcio, todas las formalidades se habían desvanecido como por encanto, Cleopatra era libre de casarse con Ulrico al día siguiente mismo.

XXVIII

Fué una boda modesta, casi una boda de pobres. Vestida de seda gris como una viuda, Cleopatra fué muy temprano por la mañana á la iglesia sueca, donde el pastor pronunció un discurso muy eucinto. ¿Qué se podría decir á una mujer tan recientemente divorciada, que no hiciese más ó menos alusión á su primer matrimonio?

En la iglesia rusa no pronunciaron ningun

discurso. Tres ó cuatro amigos de Ulrico asistieron solo á la ceremonia. Irene se escusó de asistir, mandando á su hermana una carta muy ágría en que le suplicaba que no volviese á poner más los piés en San Petersburgo.

Charamirof, ménos cruel, la envió un regalo y una carta cariñosa, deseándole toda la dicha posible.

Los esposos entraron en su casa, que era una habitacion del hotel. Ulrico habia adornado el salon con plantas verdes: los muebles, sin embargo, tenian el aspecto de casa alquilada. Pero salian al medio dia para una casa de campo que un amigo de Ulrico habia puesto á su disposicion en la frontera de Finlandia. Era su primera etapa hácia Suecia.

Lo que sorprendió mucho á Cleopatra al entrar en esta fútil habitacion, fué una cesta de flores virginales, Rosas blancas, tuberosas, flores de azahar se enlazaban como en otra ocasion en un ramo que recibió en la mañana de su primer matrimonio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque habia reconocido el envio de Neoutof. ¿Qué atención más delicada hubiera podido seña-

lar su amistad vigilante! Al inclinarse sobre aquellas flores vió que formaban una red-cilla por cima de un objeto cuadrado que descansaba en el fondo de la sesta; apartó las flores y vió una imagen de la Virgen, admirablemente encajada en oro y piedras preciosas. Un hilo de perlas incomparables cerraba el marco.

—¡Ah! pensó Cleopatra, ha encontrado un medio de obligarme á aceptarlas.

—Eran las alhajas de la familia, con que Neoutof había acompañado su regalo de boda, no se puede rehusar una imagen santa, y Cleopatra aceptó los diamantes ofrecidos de aquel modo.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó Ulrico arrugando las cejas.

—Es el general Neoutof que me felicita, dijo Cleopatra leyendo una tarjeta, en la que había escritas, en efecto, aquellas simples palabras.

Cleopatra escogió algunas flores entre las más bellas, las ligó con una cinta y las envió en seguida al General. Esta fué toda su respuesta.

En aquella habitacion indiferente, los

nuevos esposos no podian decirse nada; por eso se apresuraron á dejarla. Su coche de viaje estaba á la puerta; subieron en él, y bien pronto caminaron por el camino de Finlandia.

Era la primera vez que se veian despues de su larga separacion. Las ceremonias del casamiento les habian producido un efecto extraño. Habiendo llegado cada uno por su lado á la iglesia, sintiendo sobre sí las miradas curiosas, casi indiscretas de algunos desocupados, que habian ido "por ver," habian tenido conciencia de desempeñar en público un acto en cierto modo inconveniente, y para el cual hubiera sido preferible el secreto.

Pero ahora que se hallaban solos, mecidos por el movimiento de la berlina, recobraban al fin las impresiones de otras veces. El cielo estaba azul; la alegría melancólica de un hermoso día de otoño, porque ya habia comenzado Setiembre, brillaba en los follajes ambarinos, ya escasos, en las flores de los jardines deslumbradores, pero sin perfume.

El olor de las tuberosas les seguía, sin embargo porque Cleopatra habia querido llevarse algunas de estas flores. La preciosa imagen, encerrada en su estuche, estaba en

la delantera del coche. Así, rodeada de impresiones dulces y saludables, la joven se dejó penetrar por la realidad de su dicha.

—Al fin, dijo Ulrico sosteniéndola con su hombro, al fin eres mía; ya podemos amarnos siempre y sin pecado. ¡Qué dichosos vamos a ser, Cleopatra, porque hemos sufrido mucho!

—Sí, seremos felices, murmuró la esposa. Háblame, dime cosas tiernas. Me parece que he tenido helada el alma por mucho tiempo, y que con tus palabras se derrite dulcemente, ¿Te acuerdas de esos hielos del Neva?

—¡Te adoro! le dijo Ulrico, mirándola como el día de la revista.

—Más, más. Dime que me amas.

El esposo basaba suavemente los cabellos de ella, su frente, sus ojos cerrados. Cleopatra se estremecía.

—No, no me beses; me haces daño. Háblame para que vaya acostumbrándome. . . .

Ulrico no se atrevía a decirle cuán cambiada la hallaba, pero estaba seguro, con la confianza de la juventud, de verla florecer a su lado.

La noche vino muy pronto, envolviendo el pintoresco paisaje en un vapor luminoso: la luna había salido casi al mismo tiempo que había huido el sol, y todo estaba claro, argentino, como en la atmósfera de un sueño.

Después de una subida fatigosa, los caballos se detuvieron delante de la puerta de un castillo bastante antiguo, construido con granito de Finlandia, de una arquitectura, original, un poco macizo y severo, pero de un gran efecto.

—Hé aquí nuestra morada, dijo Ulrico, a lo menos durante el tiempo que te agrade.

Entraron en una vasta sala, con poca luz, porque hubiera sido menester una docena de antorchas para iluminarla, y algunos instantes después, se encontraron en un comedor confortablemente amueblado, donde una buena comida les fué servida en breve. El amigo de Ulrico no había olvidado nada para que su instalación le fuese grata.

Cleopatra apenas probó algunas frutas; estaba tan fatigada, que le repugnaba todo alimento; sentada frente a su marido le sonreía con una sonrisa de niña extasiada, que lo halla todo nuevo y divertido.

Quando hubieron terminado su comida pasaron á un saloncito contiguo á su sala. La luna llena flotaba en un cielo sin nubes y extendía su brillante claridad dentro de las dos habitaciones al traves de las ventanas.

Las flores traídas de San Petersburgo; ya colocadas en vasos, llenaban el aire de perfumes.

—Apaga las bujías, dijo Cleopatra, ¡es tan hermosa la luna! ¡Y qué vistas!

Se hundió en una gran butaca cerca de la ventana para gozar plenamente del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Era un paisaje austero, de rocas y de pinos, con un torrente que corría por el valle; se veía la espuma de su cascada refulgir á la luz de la luna; la ventana, bien cerrada, no dejaba penetrar la frescura de la noche, estando la atmósfera de la habitación tibia como de primavera.

—¡Ah! exclamó Cleopatra con el acento de una persona satisfecha, estoy fatigada; ¡No puedo más! ¡Me parece que no tengo fuerzas para mover una mano! Pero estoy contenta, muy contenta. ¡Qué hermoso

es esto! Vamos á ser felices como en los cuentos de hadas. Y luego lo que me hace más feliz es que estoy en paz con todo el mundo. . .

Ulrico se había sentado á su lado; ella se apoyó en su hombro. Era su refugio; en ninguna parte más que allí se encontraba bien.

—Ya ves, decía tomando una mano á su marido, yo no podía ser feliz sino casándome. ¿Quién me hubiera dicho antes que iba yo á amar de este modo, que no podía vivir sin tí? Yo me figuraba que el amor era una debilidad.

Y se hechó á reir con risa burlona y satisfecha.

—Es, por el contrario, la riqueza de la vida, prosiguió. Cuando noté que te amaba tuve tantas ideas en la cabeza, que no sabía qué hacer. ¿Comprendes tú esto?

—¡Oh, sí! dijo Ulrico, buscando los labios de su mujer.

Esta se estremeció un poco jadeante.

—No, te lo suplico. Cuando me besas me parece que casa de latirme el corazón. Si

durara mucho dejaría de respirar. . . . Espera, déjame contarte lo que pienso.

Se hundió más en la butaca. El marido sentía contra su pecho los latidos del corazón de su mujer volverse más débiles.

—Serás bueno conmigo cuando te hable del conde Neoutof. No debes estar celoso. Jamás padre alguno fué mejor para su hijo. Me ha enviado flores virginales. ¿Dónde está la imagen?

Se levantó un poco buscándola con la vista.

—En nuestra habitación, respondió Ulrico.

—Ve á buscarla, ¿quieres? La pondrás sobre una silla frente á nosotros. Así ya miraré el valle, ya á la Virgen.

El marido obedeció y volvió con la maravillosa imagen.

—¡Gracias! ahora soy completamente feliz, dijo volviendo á su sitio junto á su marido. Solo estoy fatigada.

—Es menester dormir, le dijo Ulrico besando sus cabellos cerca de la oreja. Ven.

—Ahora. Estoy muy fatigada. No tendré fuerzas para ir hasta mi lecho.

—Yo te llevaré.

—Espera un poco. Mira qué blanco está el valle. Una bruma ligerísima sube del torrente; parece que todo el paisaje está cubierto de muselina.

Ulrico miró: el aire era perfectamente puro.

Ulrico, dijo Cleopatra en voz cada vez más débil. No sé por qué te he amado. . . .

—Ven, le dijo su marido en voz baja.

—Sí, murmuró ella en voz más baja.

El se inclinó para levantarla en sus brazos; ella levantó los suyos y los pasó alrededor del cuello del joven. Este besó sus labios entreabiertos; esta vez se estremeció. Iba á levantarla de nuevo cuando dijo:

—Más.

Su voz era un soplo. El le dió un beso rápido. Ella lanzó un débil suspiro y Ulrico sintió que los brazos de Cleopatra pesaban sobre su cuello.

—¡Cleopatra! gritó aterrado, levantándose para desasirse.

Nada respondió ella y sus brazos cayeron inertes.

Tiró Ulrico de la campanilla y trajeron

luzes. El marido tomó en sus brazos á su mujer y la llevó al lecho nupcial.

¡ Estaba muerta!

Las flores virginales enviadas por Neoutof fueron el adorno de su mortaja.

Vestida con su peinador de lana blanca, fué colocada en la caja, y su marido la llevó á su patria, á sus dominios de Suecia, de donde no salió jamás.

Algunos pretenden que se volvió loco, pero nadie supo nada de cierto. En tal caso, su locura era inofensiva, porque gastaba todos sus bienes en obras útiles y piadosas.

La noticia de esa muerte repentina sorprendió á todos, excepto al gran duque Boris y á Neoutof.

—No se hacen esas cosas! dijo Irene. No hay nada tan inconveniente como casarse cuando se está enfermo!

Ésta fué la opinion de muchas personas sensatas.

Neoutof no se sorprendió, á su edad nada causa sorpresa.

Cuando le devolvieron la imagen que regaló á Cleopatra, no demostró ningun sentimiento. La puso de noche frente á su lecho de dia, frente á su mesa.

Por lo demás, no la vió mucho tiempo. Poco ménos de un mes despues, murió de la gota, que se le subió al corazon.

El gran duque Boris recibió tambien un fúnebre recuerdo. Un dia de invierno, le devolvieron el libro de los Evangelios que habia regalado á Cleopatra.....

—¡Le hemos llevado la desgracia! pensó el gran duque recorriendo las hojas.

"Mi reino no es de este mundo," leyeron sus ojos, detenidos en una página, quizás más frecuentemente leida que las demas.

Meditó un instante; luego, mirando por la ventana la nieve que caia en copos espesos y se amontonaba sobre las vidrieras:

—Su tumba está bajo la nieve, dijo entre sí; es una mortaja virginal que vá á durar hasta la primavera.... No se creia nacida para el amor..... y tenia razon, porque el amor la ha matado.

Y la nieve continuó cayendo tupida, blanca y suave, como el sudario de lana bajo el que dormia Cleopatra el sueño eterno.

DAVENPORT
LONG BRIDGE
1854

T
P
5